



Foro Internacional
de Acción Católica



ACTAS V ASAMBLEA ORDINARIA FIAC ROMA 2008

Por la *vida*
del *mundo*
(Jn 6,51)

**LAICOS DE ACCIÓN CATÓLICA
A 20 AÑOS DE LA CHRISTIFIDELES LAICI**

V ASAMBLEA ORDINARIA FIAC
Roma 27 de abril - 4 de mayo de 2008

ACTAS



Por la vida del mundo (Jn 6,51)
Laicos de Acción Católica
a 20 años de la *Christifideles Laici*

V Asamblea ordinaria del FIAC
Roma, 27 de abril - 4 de mayo de 2008

ACTAS

Damos las gracias a todos los que han contribuido al éxito de la Asamblea con la oración y con el apoyo organizativo. Un gracias especial para la Conferencia Episcopal Italiana - Servicio para las Intervenciones caritativas a favor del tercer Mundo.

La traducción de los textos originales en los diferentes idiomas es nuestra. Las citas corresponden a las siglas en el idioma original.

Se agradece en particular por las traducciones a: Anna Meucci, Araceli Cavedo, Beatriz Buzzetti Thomson, Ninette Borg Grech, María Laura Naticchioni e François Dufay.

Cubierta: Danilo Manissero

Impaginación: Maria Pia Pelosi

Redacción a cargo del Secretariado FIAC

© FIAC - Roma 2009
www.fiacifca.org

Impresión: Gráfica Comunicar
Buenos Aires
Argentina

PRESENTACIÓN

CON GRATITUD

Queridos amigos y queridas amigas:

Los momentos de encuentro y de reflexión son siempre para los cristianos momentos privilegiados de comunión, de oración y de formación. Así ha sido para nuestra V Asamblea Ordinaria del FIAC: hemos reflexionado sobre la novedad conciliar de la vocación especial de los laicos mirando a la primera comunidad cristiana y a los laicos que colaboraron con los apóstoles y con Pablo y nos hemos encontrado con el sucesor de Pedro junto a toda la AC.

Guiados por el tema "*Por la vida del mundo (Jn 6,51). Laicos de Acción Católica a los 20 años de la Christifideles Laici*", hemos compartido en Roma la alegría del encuentro con los hermanos de más de 40 países, obispos, sacerdotes y responsables laicos. En estos días de intenso trabajo hemos puesto en común nuestras realidades, nuestras aspiraciones y nuestras esperanzas. Las ponencias escuchadas en el curso de la Asamblea y las homilias con ocasión de las celebraciones eucarísticas que hoy con estas ACTAS ponemos a disposición de todos, expresan miradas diferentes sobre la realidad en referencia a dónde va el mundo, a la responsabilidad de los laicos en la evangelización y en la inculturación de la fe, con una atención especial a la dimensión misionera y a la identidad propia de la Acción Católica. Los trabajos de grupo de los diferentes componentes de la Acción Católica (niños, jóvenes, adultos) y los trabajos por continentes, han ofrecido orientaciones concretas para la puesta a punto de las líneas de acción para los próximos tres años. Los representantes de los países miembros han elegido el nuevo Secretariado compuesto por cinco países: Argentina, Burundi, Italia, Myanmar-Birmania y Polonia, a los que corresponde la responsabilidad de concretar lo que se ha decidido en la Asamblea hasta el 2011.

Esta Asamblea ordinaria ha vivido algunos momentos que la han hecho especial: el 30 de abril el recuerdo de los 20 años de la Christifideles Laici con las intervenciones incluidas en las ACTAS; el 1° de mayo la participación en la apertura de la XIII Asamblea Nacional de la Acción Católica Italiana, la peregrinación Paulina a la basílica de San Pablo y la participación en la vigilia de oración con los santos de la AC el 3 de mayo y - como colofón de nuestra cita romana

- el gran encuentro con el Santo Padre Benedicto XVI el 4 de mayo. Allí el Santo Padre nos ha regalado palabras que constituyen un gran estímulo para nuestro compromiso y una orientación para nuestras asociaciones que tienen un gran deber con toda la Iglesia: formar laicos santos. Quedarán siempre en nuestros ojos los rostros de los santos y de los beatos suspendidos en la columna del Bernini y resonarán en nuestros corazones las palabras del Santo Padre al indicárnoslos: *"La magnífica corona de los rostros que abrazan simbólicamente la Plaza San Pedro, es un testimonio tangible de una santidad rica de luz y de amor. Estos testigos, que han seguido a Jesús con todas sus fuerzas, que se han prodigado por la Iglesia y por el Reino de Dios, representan nuestra más auténtica tarjeta de identidad ¿Quizá no es posible, todavía hoy, para vosotros niños, para vosotros jóvenes y adultos, hacer de vuestra vida un testimonio de comunión con el Señor, que se transforme en una auténtica obra de arte de santidad? ¿No es precisamente este el fin de vuestra asociación?"*

Las ACTAS de una Asamblea tienen más de una finalidad.

La primera es la de recoger y transmitir lo que ha sucedido, aún siendo conscientes que no todo se puede transmitir: las emociones, los debates, las preocupaciones y las experiencias de quien ha participado, pero ciertamente son un documento para la historia y una aportación a la investigación. La segunda es la de ofrecer un material bastante rico, fruto de un trabajo común, para el estudio y la formación de los responsables, de los asistentes y de los miembros de todas las Asociaciones de Acción Católica del mundo en diferentes niveles.

La tercera es casi consecuencia, es la de poner a disposición, presentarlos, darlos a conocer en nuestras Iglesias locales y en los diferentes niveles de la vida de la Iglesia, como aportación de la Acción Católica a formar laicos evangelizadores, testigos de Cristo en la sociedad y en el mundo donde están llamados a ser santos en lo cotidiano.

Damos gracias a Dios por las personas que han trabajado para su realización, por la generosidad de los miembros del Secretariado que han concluido su tarea en esta Asamblea y por los días vividos juntos, en un clima de fraternidad cristiana y de amistad. Confiamos todo lo que hemos realizado al nuevo secretariado y a todas las Asociaciones de AC, bajo la protección de la Virgen Santísima, patrona de la Acción Católica, que nos acompaña en nuestra misión "por la vida del mundo".

Emilio Inzaurraga
Coordinador Secretariado FIAC

DISCURSO DE BENEDICTO XVI A LA ACCIÓN CATÓLICA

SED CIUDADANOS DIGNOS DEL EVANGELIO...

Queridos muchachos, jóvenes y adultos de la Acción Católica!

Es para mí una gran alegría acogeros hoy aquí, en la plaza de San Pedro, donde muchas veces en el pasado vuestra benemérita asociación se ha encontrado con el Sucesor de Pedro. Gracias por vuestra visita. Os saludo con afecto a todos, que habéis venido de las diversas partes de Italia, así como a los miembros del Foro internacional, que provienen de cuarenta países del mundo.

En particular, saludo al presidente nacional, profesor Luigi Alici, al que agradezco las sinceras palabras que me ha dirigido; al consiliario general, monseñor Domenico Sigalini; y a los responsables nacionales y diocesanos. Os doy las gracias también por el particular regalo que me habéis hecho a través de vuestros representantes y que testimonia vuestra solidaridad con los más necesitados. Expreso mi profundo agradecimiento al cardenal Angelo Bagnasco, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, que ha celebrado la santa misa para vosotros.

Habéis venido a Roma en compañía espiritual de vuestros numerosos santos, beatos, venerables y siervos de Dios: hombres y mujeres, jóvenes y niños, educadores y sacerdotes consiliarios, ricos en virtudes cristianas, crecidos en las filas de la Acción Católica, que en estos días cumple 140 años de vida. La magnífica corona de rostros que abrazan simbólicamente la plaza de San Pedro es un testimonio tangible de una santidad rica en luz y amor. Estos testigos, que siguieron a Jesús con todas sus fuerzas, que se prodigaron por la Iglesia y por el reino de Dios, son vuestro documento de identidad más auténtico.

¿Acaso no es posible también hoy para vosotros, muchachos, para vosotros, jóvenes y adultos, hacer de vuestra vida un testimonio de comunión con el Señor, que se transforme en una auténtica obra maestra de santidad? ¿No es precisamente ésta la finalidad de vuestra asociación? Ciertamente, esto será posible si la Acción Católica sigue manteniéndose fiel a sus profundas raíces de fe, alimentadas por una adhesión plena a la palabra de Dios, por un amor incondicional a la Iglesia, por una participación vigilante en la vida civil y por un constante compromiso formativo.

Queridos amigos, responded generosamente a esta llamada a la santidad, según las formas más características de vuestra condición laical. Seguid dejándoos inspirar por las tres grandes "consignas" que mi venerado predecesor, el siervo de Dios Juan Pablo II, os confió en Loreto en el año 2004: contemplación, comunión y misión.

La Acción católica nació como una asociación particular de fieles laicos, caracterizada por un vínculo especial y directo con el Papa, que muy pronto se convirtió en una valiosa forma de "cooperación de los laicos en el apostolado jerárquico", recomendada "encarecidamente" por el concilio Vaticano II, que describió sus irrenunciables "notas características" (cf. *Apostolicam actuositatem*, 20). Esta vocación sigue siendo válida también hoy. Por tanto, os animo a proseguir con generosidad en vuestro servicio a la Iglesia. Asumiendo su fin apostólico general con espíritu de íntima unión con el Sucesor de Pedro y de corresponsabilidad operante con los pastores, prestáis un servicio en equilibrio fecundo entre Iglesia universal e Iglesia local, que os llama a dar una contribución incesante e insustituible a la comunión.

Esta amplia dimensión eclesial, que identifica vuestro carisma asociativo, no es signo de una identidad incierta o superada; más bien, atribuye una gran responsabilidad a vuestra vocación laical: iluminados y sostenidos por la acción del Espíritu Santo y arraigados constantemente en el camino de la Iglesia, se os estimula a buscar con valentía síntesis siempre nuevas entre el anuncio de la salvación de Cristo al hombre de nuestro tiempo y la promoción del bien integral de la persona y de toda la familia humana.

En mi intervención en la IV Asamblea Eclesial Nacional, celebrada en Verona en octubre de 2006, precisé que la Iglesia en Italia "es una realidad muy viva, que conserva una presencia capilar en medio de la

gente de todas las edades y condiciones. Las tradiciones cristianas con frecuencia están arraigadas y siguen produciendo frutos, mientras que se está llevando a cabo un gran esfuerzo de evangelización y catequesis, dirigido en particular a las nuevas generaciones, pero también cada vez más a las familias" (*Discurso de clausura*, 19 de octubre de 2006: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de octubre de 2006, p. 8).

¿Cómo no ver que esta presencia capilar es también un signo discreto y tangible de la Acción Católica? En efecto, la amada nación italiana siempre ha podido contar con hombres y mujeres formados en vuestra asociación, dispuestos a servir desinteresadamente a la causa del bien común, para la edificación de un orden justo de la sociedad y del Estado.

Por consiguiente, vivid siempre a la altura de vuestro bautismo, que os ha sumergido en la muerte y la resurrección de Jesús, para la salvación de todos los hombres que encontréis y de un mundo sediento de paz y de verdad.

Sed "ciudadanos dignos del Evangelio" y "ministros de la sabiduría cristiana para un mundo más humano": este es el tema de vuestra asamblea; y es también el compromiso que asumís hoy ante la Iglesia italiana, aquí representada por vosotros, por vuestros presbíteros consiliares, por los obispos y por su presidente.

En una Iglesia misionera, que afronta una emergencia educativa como la que existe hoy en Italia, vosotros, que la amáis y la servís, sed anunciadores incansables y educadores formados y generosos.

En una Iglesia llamada a pruebas incluso muy exigentes de fidelidad y tentada de acomodarse, sed testigos intrépidos y profetas de radicalismo evangélico.

En una Iglesia que se confronta diariamente con la mentalidad relativista, hedonista y consumista, ensanchad los horizontes de la racionalidad con una fe amiga de la inteligencia, tanto en el ámbito de una cultura popular y generalizada, como en el de una investigación más elaborada y profunda.

En una Iglesia que llama al heroísmo de la santidad, responded sin temor, confiando siempre en la misericordia de Dios.

Queridos amigos de la Acción católica italiana, en el camino que tenéis delante no estáis solos: os acompañan vuestros santos. También otras figuras han desempeñado papeles significativos en vuestra asociación: pienso, por ejemplo, entre otros, en Giuseppe Toniolo y en Armida Barelli.

Estimulados por estos ejemplos de cristianismo vivido, habéis comenzado un año extraordinario, un año que podríamos calificar de santidad, durante el cual os comprometéis a encarnar en la vida concreta las enseñanzas del Evangelio. Os aliento en este propósito. Intensificad la oración, orientad vuestra conducta según los valores eternos del Evangelio, dejándoos guiar por la Virgen María, Madre de la Iglesia.

El Papa os acompaña con un recuerdo constante ante el Señor, a la vez que os imparte de corazón la bendición apostólica a vosotros, aquí presentes, y a toda la asociación.

Roma, Plaza de San Pedro - 4 de mayo de 2008

Roma, 27 de abril de 2008

SESIÓN INSTITUCIONAL

CELEBRACIÓN DE ACOGIDA

HOMILÍA

Jn 6,35-40; 47-51

PAN POR LA VIDA DEL MUNDO...

*S.E. Mons. Doménico Sigalini
Obispo de Palestrina
Asistente Eclesiástico del FIAC
Asistente General de la ACI*

Jesús les dijo: "Yo soy el pan de la vida. El que viene a mi no tendrá hambre, y el que cree en mi no tendrá sed jamás. Pero ya os he dicho que, aunque me habéis visto, no creéis. Todos los que el Padre me da vendrán a mi. Al que viene a mi no lo rechazo, pues he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y ésta es la voluntad del que me ha enviado, que yo no pierda a ninguno de los que Él me ha dado, sino que los resucite en el último día. Pues es voluntad de mi Padre que todo el que vea al Hijo y crea en él tenga vida eterna y yo lo resucite en el último día. Os aseguro que el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del cielo; el que come de él no muere. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo".

Hay palabras que en nuestra experiencia nos cuesta comprender, como infinito, eterno, siempre, nunca, ilimitado, perpetuo, perenne. Las utilizamos para decir algunas exageraciones o algunas exigencias que están en nuestra vida. Queremos amor eterno, posibilidades sin límites, prometemos por siempre, decimos que no olvidaremos nunca. Sobre todo si se piensa al tiempo que perdemos en los significados.

Jesús usa uno de estos términos con gran énfasis: eterno. Promete a quien se la pide la vida eterna, el que cree en él tendrá la vida eterna.

La vida que piensa para el mundo es una vida eterna. Eterno significa lleno, sin límites, más allá de todo tiempo, sin fin. ¿Es posible para nosotros pensar en algo que no termina nunca, que continua por siempre? En nuestra vida tenemos experiencias de realidades que tienen una vida breve, las cosas que vemos son limitadas, quizá de infinito solo haya algún pensamiento recurrente. Todo es caduco, todo es finito. Siempre y nunca no forman parte de nuestra existencia o al menos se refieren al tiempo de nuestra vida que no tiene nada de ilimitado, de eterno.

En cambio Jesús nos dice que quien cree en Él tiene la vida eterna, la plenitud, el infinito, lo perenne. Este es el regalo que quiere hacer al mundo, al universo, a los que han recibido de Dios el don de la vida. Hay una vida que ha sido ganada para nosotros por su cruz que tendrá la máxima felicidad y que no se oculta jamás. Solo Él es capaz de darnosla, de hacémosla vivir, de hacernos dignos de gozarla. Es su vocación, es la tarea que Dios Padre le ha encomendado. Su voluntad desde siempre establecida en el mundo, es que no se pierda nada de cuanto Él le ha dado. Dios es Padre y si ama, ama para siempre. Hay una vocación para cada hombre, un DON que no tiene ocaso y que caracteriza la vida: estar por siempre en su felicidad. Son pensamientos que nos producen vértigo, porque van más allá de toda experiencia, nos inundan de estupor y nos sumergen en una vida que no es la que experimentamos, pero sí seguramente la que deseamos y soñamos.

Y Jesús es el encargado solemnemente por Dios Padre de no perder a ninguno de nosotros. Comprendemos entonces todavía más aquella decisión suya irrevocable y sufrida de tomar la cruz. Quería agujerear el cielo y hacernos pasar a todos para habitarlo por siempre.

En tiempos de gran confusión como los nuestros tenemos muchas propuestas de vida plena, eterna, de felicidad sin fin. Nacen entonces preguntas del tipo: ¿Quién de todos estos tiene razón? ¿Los políticos, las televisiones, los que participan en tertulias, nuestros sabios ancianos, los revolucionarios? ¿La religión es todavía una perspectiva a seguir o es hora de dejarla a un lado, porque somos todos autosuficientes? ¿Dónde está el secreto para tener una vida verdadera, que no se deje dominar por extrañas teorías que de vez en cuando alguien nos vende como definitivas? ¿Es posible hallar plenitud de vida o tenemos que conformarnos siempre de recortes, de pequeñas adaptaciones?

El Evangelio no tiene dudas. La vida plena, bella, feliz, completa, digna de ser vivida, determinante, definitiva la tiene solamente quien cree, quien se fía, quien pone su vida en los brazos de Dios, quien ha puesto en Dios la dirección de su recorrido y lo continúa a seguir, a buscar, a recorrer. Para ser felices es necesario tener una fe, nosotros los cristianos decimos que es necesario tener fe en el Dios de Jesucristo. Desgraciadamente muchos dicen que la fe produce fanatismos e intolerancias, y que es mejor estar tranquilos, sin exponerse, ocupándose de sus asuntos.

La felicidad por tanto estaría en dejarnos dirigir la vida por los más espabilados, ponerse a merced de quien tiene la capacidad de hacernos razonar como él quiere, porque es potente, es persuasivo, tiene todas las imágenes posibles de felicidad que proporcionarnos en las diversas horas del día. A parte de que siempre es mejor cualquier litigio que la paz del cementerio; sin embargo es igualmente verdad que el hombre tiene una sed de vida que no puede pasar con la adaptación; el hombre es un volcán de energía, de amor, de inteligencia, de fuerza y debe hallar direcciones hacia donde expresarlas.

La dirección que el Evangelio nos dice es la de la fe y para tomar esta dirección Dios se pone en nuestra vida como pan, el alimento base, la sólida posibilidad de creer en Su perspectiva. Este pan es el sabor de la vida, el sabor es Él; es la fuerza de la vida y la fuerza es Él. Dice Jesús: Yo soy el pan de vida, yo estoy a vuestra disposición para cualquier hambre que tengáis, yo soy la fuerza de aquel Dios que no os abandona nunca, me pongo a disposición para la vida del mundo. ¿Alguien cree en esta gran posibilidad? Pues que se ponga detrás de mí para la vida del mundo.

Nosotros estamos aquí para dar respuesta.

NOS ENCONTRAMOS DESPUÉS DE TRES AÑOS...

Paola Bignardi
Coordinadora Secretariado FIAC

Un cordial saludo a todos: a su Eminencia el Cardenal Rylko, al profesor Guzmán Carriquiry que representan al Pontificio Consejo para los Laicos y por tanto la atención global de la Iglesia por los laicos. Un saludo cordialísimo a todos los miembros de la Asamblea del FIAC que con su presencia nos recuerdan la universalidad de la Acción Católica, la fuerza de un carisma de servicio a la Iglesia, que se expresa en el amor y en la tensión misionera en los diversos ámbitos del mundo. Así la Acción Católica se enraíza en los diferentes ámbitos y asume el rostro de las diferentes Iglesias, las características culturales de los distintos pueblos.

Nos encontramos después de tres años de trabajo; tres años en el transcurso de los cuales cada uno en su ámbito ha intentado vivir los compromisos que juntos asumimos en la Asamblea precedente: un compromiso especial por la promoción de la Acción Católica en el mundo, a través de la preparación y la formación de un grupo de animadores y diversos encuentros para poner en marcha la constitución de la Acción Católica en algunos países donde todavía no existía; una atención especial a los jóvenes, que se ha expresado sobre todo en la peregrinación a Tierra Santa, jóvenes de todas partes del mundo peregrinos de la paz en la tierra de Jesús, donde siguen la violencia y los conflictos y donde toda la población, y con ella los cristianos, sufren los asaltos de la violencia y del miedo; hemos continuado la reflexión sobre la condición del cristianismo en las diferentes partes del mundo, a través de congresos y seminarios y sobre todo a través de los encuentros continentales, que han puesto en el punto de mira los caracteres específicos del ser

cristianos y del ser Iglesia en nuestro tiempo.

Nos encontramos después del entusiasmante encuentro de la Acción Católica Italiana y de la Acción Católica del mundo en Loreto con Juan Pablo II. Recordamos con emoción el amor que nos mostró queriendo estar con nosotros, no obstante el sufrimiento que le costaba, no obstante el sacrificio, no obstante el cansancio. Todos conservamos en el corazón, antes que en nuestros recuerdos asociativos, la grata memoria de aquel encuentro que ha constituido un reconocimiento del que la Acción Católica tenía gran necesidad. Y al mismo tiempo advertimos la responsabilidad de dar concreción en nuestra vida a sus palabras: contemplación, comunión, misión. Cada uno de modo diferente en su tierra y en su Iglesia; todos con idéntica inspiración, conscientes de que también de este modo la Acción Católica crece y se muestra don de la Iglesia, fecundo y vivo también para la Iglesia de hoy.

Estamos aquí en Asamblea también para ayudarnos a encontrar ímpetu e ideas para ayudarnos a vivir el ideal común, aún en la dispersión de nuestras experiencias. Advertimos también la responsabilidad de traducir en la vida diaria lo que Juan Pablo II ha entregado a la Iglesia toda a través de la *Christifideles Laici*, de cuya publicación celebramos el veinte aniversario.

Nuestra reflexión de estos días - pensamientos, experiencias, intuiciones - nos ayude a encontrar el camino claro para vivir nuestro ser Acción Católica hoy y para mostrar a todos la fecundidad de este nuestro carisma humilde y fuerte.

En la perspectiva de la *Christifideles Laici*, nos preguntamos cómo volver a dar impulso a nuestra vocación de laicos y a nuestro ser laicos de Acción Católica, concretamente, también para los próximos tres años.

¡Buena Asamblea a todos!

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO? POR UNA LECTURA "SAPIENCIAL" DE LA REALIDAD Y DE LA HISTORIA

Federico Lombardi director de la Sala de Prensa
de la Santa Sede
entrevista a Sandro Calvani
director de UNICRI¹
y a Sor Amelia Kawaji mmb
Presidenta de la UISG²

La pobreza, el hambre, las enfermedades

P. Lombardi: La humanidad parece consciente de sus problemas y de sus responsabilidades, pero la consecución de los objetivos aparece siempre lejanísimo, en algunos casos cada vez más lejano. Hoy se habla mucho de crisis alimentaria, hay tensiones y conflictos debidos al aumento del costo de los cereales ¿La globalización hace aumentar la pobreza, el hambre, la marginación?

Calvani: En el Evangelio Jesucristo dice que "a los pobres los tendréis siempre con vosotros". Dag Hammarskjöld, segundo Secretario General de la ONU ha precisado "La búsqueda de la paz y del desarrollo no terminará en pocos años, ni en una victoria ni en una derrota. La búsqueda de la paz y del desarrollo con sus esfuerzos y sus errores, sus triunfos y sus pasos atrás no debe nunca ser ralentizada y no debemos abandonarla nunca".

¹ United Nations Interregional Crime and Justice Research Institute. Lo que aquí se ha expresado no representa necesariamente la opinión de las Naciones Unidas.

² Unión Internacional Superioras Generales.

La globalización por sí misma no hace aumentar la pobreza. Al contrario, la apertura de las fronteras comerciales y la abolición de las barreras aduaneras entre las regiones del mundo es una óptima ocasión de mercado para decenas de productos y servicios que el Sur del mundo puede vender mejor a igual calidad. El proteccionismo pre-globalización difundía los bienes, los servicios y el poder del dinero de los más ricos contra el de los países pobres. Reducir la fuerza del proteccionismo va, por tanto, en la dirección de la justicia global.

Pero la globalización todavía no ha encontrado y promovido sus nuevas reglas; sigue adelante sin reglas aceptadas y compartidas por todos; por tanto, por ahora sólo vale la ley del más fuerte. De esta manera aumenta la vulnerabilidad de las economías pobres. Por ejemplo no es culpa de la globalización si en Méjico demasiados cultivos de maíz se hacen con semillas no reproducibles y si el maíz producido va al mercado de los bio - combustibles y no al de los alimentos; la culpa es de la ausencia de reglas. El empeoramiento de la crisis alimentaria es por tanto efecto directo del aumento de la vulnerabilidad de las sociedades agrícolas tradicionales abandonadas a sí mismas sin poder legal para defenderse. También es efecto de la debilidad de los sistemas legislativos y políticos, económicos y sociales del Sur del mundo demasiado a menudo sin líderes capaces de defender los derechos de todos.

Sor Amelia: En este cambio de época y en un mundo globalizado como éste en que vivimos, la pobreza, el hambre y las enfermedades se presentan juntas y están relacionadas, tanto más ahora que hemos entrado en una crisis financiera global.

Sin duda hay países cuya situación, aún siendo difícil están en vías de *recuperación*, como es el caso de los países de Europa del Este. Pero hay otros cuya situación ha *empeorado* como Argentina, Guatemala, Bolivia por citar algunos, o Saipán, una pequeña isla del Pacífico que vivía del turismo, pero que desde que éste está en declive toda la situación ha cambiado.

En *África*, enormes minas son vendidas a los extranjeros a cambio de muy poco. China, por ejemplo, está obteniendo grandes riquezas de la República Democrática del Congo.

La *migración* es un fenómeno importantísimo. Las remesas de los emigrantes constituyen efectivamente una importante entrada en muchos países de Sud-América, de Filipinas, de Europa del Este.

Las enfermedades podrían disminuir si hubiera unas vacunas, la

malaria desaparecería si se pudiera hacer una buena bonificación, para el AIDS se puede hallar un tratamiento médico si se descubren los principios...pero estamos todavía muy lejos de todo esto. En el Congo hay muchos niños deformes porque sus padres están en contacto con el uranio, el cobalto de las minas...

La *malnutrición* golpea a África y a muchos países de Asia y Sud América. Sin duda "otro mundo es posible", otra África es posible, y en Sud África el sueño de Mandela se ha hecho realidad.

La comunicación, el diálogo y los conflictos

P. Lombardi: La globalización está en buena parte determinada por posibilidades nuevas y mayores de comunicación, de información y de encuentro entre personas, pueblos y culturas. Al mismo tiempo este proceso pone en crisis las culturas tradicionales, las relaciones entre generaciones, la identidad de los pueblos, y esto por una parte crea confusión y desorientación, por otra provoca reacciones de miedo y rechazo ¿Está aumentando la posibilidad de diálogo o la ausencia de referencias (el relativismo del que con frecuencia habla el Papa con preocupación), el riesgo del choque entre las culturas y las civilizaciones?

Calvani: El riesgo de choque entre las civilizaciones existe. No es el apocalipsis descrito por algunos futurólogos de best sellers, pero tampoco hay que infravalorarlo. La globalización tiene un lenguaje común que permite a todos los protagonistas de la economía entenderse y también competir pacíficamente.

Pero no es un lenguaje común para las diversas culturas y sociedades, que, en cambio, a menudo no se conocen y no se comprenden. Los líderes serios y verdaderos de tantas culturas y religiones han hecho notables esfuerzos de comprensión recíproca. Pero la amenaza más fuerte viene de los pobres de cultura y de los ignorantes arrogantes. Por ejemplo, quien va a apacentar cerdos para impedir la construcción de una mezquita es un analfabeto peligroso aunque el Islam no se hubiera acercado nunca a estas tierras.

En Italia existe una encuesta de jóvenes por el diálogo entre religiones para prevenir la contraposición, educar en el conocimiento recíproco y prevenir la radicalización de los extremismos. En la ONU

pensamos que la encuesta juvenil interreligiosa italiana es una buena práctica de diálogo intercultural que se puede repetir en otros lugares. La alianza entre civilizaciones propuesta por el Primer Ministro Zapatero y por el Presidente Erdogan, luego acogida como programa ONU por el Secretario General Kofi Annan es una red de diálogo que facilita la comprensión inter-religiosa en todas las orillas del Mediterráneo.

El relativismo cultural que afecta a algunos estilos de vida y la filosofía que hay detrás son efectos directos de una grave caída de principios éticos colectivos. La falta de principios fundantes del estar juntas tantas comunidades post-modernas, destruye su mismo crecimiento, antes aún de ser una amenaza para las relaciones con otras culturas y comunidades. El relativismo permite a comunidades humanas continuar estando juntas sin ningún valor y objetivo compartido; el conjunto se convierte así solo en unas individualidades a quienes interesa sobre todo sí mismo.

Sor Amelia: He vivido 36 años en Japón donde el cristianismo es un gran desconocido. Los católicos son solamente el 0,4 % de la población, una minoría, una pequeña simiente. *Asia es la cuna de las grandes religiones: Hinduismo, Budismo, Confucionismo, Sintoísmo, Islamismo, Cristianismo...* e indudablemente hoy el cristianismo es un "extranjero en Asia" que aún conserva un rostro occidental.

En Japón la convivencia entre las religiones no presenta problemas, y en general se admiran los valores cristianos, aunque se sigue pensando que es una *religión importada y europea*. Hay respeto recíproco y se colabora sin dificultades en acciones comunes que ayudan a la sociedad, como la defensa del artículo 9 de la Constitución según el cual Japón no puede tener ejército como protesta contra la guerra de Irak, etc.

Sin embargo hay que pensar no sólo en el diálogo interreligioso como proceso conceptual sino a lo que Panikkar llama el *diálogo intra-religioso*, lo que significa que si no descubrimos en nosotros el espacio donde el hindú, el musulmán, el budista, el hebreo y el ateo puedan encontrar un lugar - en mi corazón, en mi inteligencia y en mi vida - no seremos nunca capaces de tener con ellos un diálogo genuino.

No hay duda que todos tenemos la responsabilidad de crear una

sociedad en paz. Pero la *paz* está ligada a la *justicia* y las dos caminan de la mano. En los países donde son mayores la injusticia y los conflictos sociales es más difícil crear la paz, como sucede en estos momentos en Guatemala donde se vive en medio de una gran violencia.

Una buena *educación* en valores puede ayudar a crear la paz. Las *Comunidades de Base* pueden ser una gran plataforma para sembrar la paz. Y la *familia* es, sin duda, el centro que ayuda a crear generaciones coherentes, y todos los *movimientos sociales* que luchan y buscan el bien común y la justicia ayudarán poco a poco a crear entre todos la Paz.

La responsabilidad ambiental

P. Lombardi: Hoy se habla mucho de la responsabilidad común por el medio ambiente. Hay mucha preocupación por el cambio climático y sus consecuencias también en las condiciones de los pueblos más pobres, y para las generaciones futuras ¿Es, efectivamente, un aumento positivo de conciencia y responsabilidad común frente a los problemas urgentes y gravísimos, o hay ambigüedades e instrumentalizaciones de los que debemos cuidarnos?

Calvani: Esta generación de la humanidad es la primera que puede servirse a su gusto y sin límites de los recursos del planeta provocando un saqueo global sin precedentes. Ya en 1962 el Club de Roma advirtió que muchos recursos para el crecimiento son limitados y no renovables.

Esta generación es también la primera que puede robar lejos no sólo geográficamente, como hacía la generación precedente, sino también lejos en el tiempo, en el futuro, robando un ambiente saludable y recursos para el desarrollo a las próximas generaciones. En la práctica somos los primeros en la historia humana en arriesgar seriamente el comprometer las condiciones esenciales para la vida de aquellos que no han nacido todavía. Muchos ni siquiera saben qué es el cambio climático y si saben algo no lo quieren creer no obstante la abundante evidencia científica.

El "panel" de la ONU sobre el cambio climático, compuesto por 18 centenares de expertos de diferentes países, ha llegado a

conclusiones unánimes. No podemos permitirnos derroches tan abundantes de agua y energías no renovables, emisiones tóxicas; no podemos continuar manteniendo condiciones de desarrollo tan gravemente desiguales que siguen favoreciendo enfermedades y desnutrición. Sobre los retos del ambiente hay un crecimiento positivo de la conciencia colectiva, que sin embargo se expresa sobre todo en respuestas caritativas o filantrópicas. Sería necesaria una revolución de los sistemas de buen gobierno de los recursos, desde el nivel familiar hasta el global. Todavía no ha despuntado una alianza global para la ética y la justicia de las finanzas, de los recursos, de las oportunidades y de los derechos para todos.

Sor Amelia: El *diálogo de Dios con la humanidad* empieza con la creación. Hoy día conocemos algo más de la historia de la evolución del universo, del cosmos que ha durado millones y millones de años, hasta llegar a la aparición de los humanos y a su plenitud en Cristo.

La *tierra y el universo son imágenes de Dios*, y nosotros somos *co-creadores* con Dios, participamos de su obra creadora, tenemos que ser responsables con ella. El universo y el cosmos están habitados por Dios, existen en un círculo de *armonía* donde también entran los humanos y que debemos respetar...

En *el Budismo* hay un gran respeto por la naturaleza y por todos los seres vivos. Las piedras del jardín, el agua que corre, la brisa, todo forma parte de la vida y parte de uno mismo. Hay un espíritu contemplativo, una armonía que lo envuelve todo.

La experiencia del mal y la esperanza

p. Lombardi: El 11 de septiembre hubo una horrorosa demostración de la presencia del mal y de la violencia del odio. El terrorismo va en la misma dirección. Muchos conflictos - en el Medio Oriente y en otros lugares - manifiestan un odio radical, una incapacidad de esperanza. Frente a muchos aspectos del mundo (por ejemplo a la fuerza de los grandes intereses económicos) nos sentimos como impotentes. En este contexto ¿cuáles son los signos de esperanza, las sorpresas positivas que podemos reconocer y que pueden animarnos?

Calvani: El terrorismo es una expresión del mal que va más allá del 19

mal común como la guerra y la violencia. En el fondo el terrorismo por sí mismo no tiene como objetivo principal el matar. La muerte de tantas personas por causa del terrorismo es el instrumento adecuado para obtener el resultado de aumentar el terror, o sea, eliminar la esperanza de todos los que viven y sobreviven. Y funciona condenadamente bien para su finalidad; han conseguido el objetivo de asustarnos a todos, de manera que muchos odian a los diferentes, quieren venganza por sus miedos y sus ansias. El nuevo odio justifica nueva violencia que genera un odio más radical necesario para reclutar nuevos terroristas, poniendo en marcha un círculo diabólico y vertiginoso de muerte y desperdicio de recursos.

Pero también hay decenas de testimonios de diálogo, de convivencia y de búsqueda de comprensión recíproca entre pueblos y culturas que se han sentido enemigas. Son experiencias que animan a escuchar más a los desesperados, prevenir e impedir la radicalización y construir verdadera amistad entre enemigos reales y potenciales.

Todas las experiencias de diálogo inter-religioso van en ese sentido, como también las comunidades de vida y servicio en las áreas conflictivas, como por ejemplo Gaza y Palestina. La tolerancia y la comprensión de muchos territorios europeos por los lugares de culto no cristianos y tantos tentativos, de los que algunos se han conseguido, de reconciliación entre India y Pakistán. Las consultas con los grupos armados de Colombia; entre católicos y anglicanos en Irlanda, entre vascos y españoles, son otras tantas buenas prácticas que demuestran que la paz se puede construir incluso donde el terrorismo ha dejado graves heridas.

En este sentido creo que hoy hay necesidad de dar un salto en calidad y cantidad, de una época un poco pionera de pocos ejemplos proféticos a un movimiento más difuso que viva en la normalidad la convivencia entre las diferencias aún más extremadamente distintas.

Sor Amelia: En el mundo de hoy hay signos de esperanza, surgen nuevas sensibilidades, como el valor y el respeto a la persona, la condena de la pena de muerte, la tortura, etc.

El despertar de la mujer y de todos los valores femeninos. La mujer está tomando conciencia de su propia identidad, se trabaja para "darle poder", para poner fin al régimen patriarcal.

E indudablemente también en los países desarrollados nos encontramos con el fenómeno de la *violencia doméstica* que destruye tantas vidas.

La *mujer y el hombre* tienen valores complementarios, el ideal sería llegar a vivir, trabajar y colaborar en la paridad. Con respeto, aprecio mutuo y amor.

Estamos descubriendo poco a poco la riqueza que contiene lo *plural* y lo *diverso*. La solidaridad, el cuidado de la tierra, el saberse seres en relación, la búsqueda de la paz y de la armonía, la toma de conciencia de que somos una *única familia humana*.

La formación de los laicos cristianos

P. Lombardi: ¿Qué pistas y referencias de formación sugerir para los laicos cristianos hoy frente a este mundo que cambia y del que somos responsables? ¿La Doctrina Social de la Iglesia es actual y útil como referencia? El Papa nos habla no sólo de compromiso operativo, sino también de ideas, de respeto a la "verdad del hombre" que la fe nos ayuda a reconocer ¿Cuáles son las formas de compromiso más eficaces que usted ha encontrado y quisiera evocar?

Calvani: La Doctrina Social de la Iglesia ha sido frecuentemente profética y hoy sigue siendo actual. Bastaría con pensar en las grandes intuiciones e inspiraciones de la *Populorum Progressio* o en los nuevos principios de la *Mater et Magistra*. Pero mientras la doctrina queda, cambian rápidamente los nuevos retos y amenazas que tenemos en frente.

Construir a nivel planetario derechos humanos para todos, desarrollo sostenible, seguridad y justicia para cada ser humano es un deber tan difícil y complejo que incluso la Doctrina Social de la Iglesia podría revelarse como insuficiente. Si reflexiono sobre las crisis humanitarias y los sangrientos conflictos que he conocido de cerca en los últimos 20 años y sobre los de hoy, me parece claro que hay sobre todo necesidad de testimonios puros y duros, de *leadership* intelectualmente honestos.

El testimonio que cambia los conflictos y las crisis más enrevesadas es la que no da lugar a compromisos consigo mismos y sabe vivir las contradicciones con alegría y la esperanza de quien sabe amar verdaderamente sin condiciones. El *leadership* que sirve y que fun-

ción es el que construye comunidad, sabe servir eficazmente a las necesidades de los más débiles y busca el bien de todos sin discriminaciones de grupo o de parte.

Más aún que de obras de cristianos, partidos de cristianos y escuelas cristianas, hay necesidad de proyectos realizados de vida y de sociedad comprensibles para todos. Hoy más que nunca *leaders* y testigos que saben hacerse cercanos funcionan más y mejor que catedráticos, desde los púlpitos o desde los micrófonos.

Además he notado que los que se ponen al servicio para ofrecer una respuesta práctica a las contradicciones y a las injusticias en el mundo, sin pretender explicarlas o hallar culpables, normalmente son más felices que muchos que saben o tienen más pero dan menos.

Sor Amelia: Estamos en la época de los laicos, los cuales tienen un gran deber en la sociedad y en la Iglesia.

Hoy día todas las *congregaciones religiosas* tienen también laicos que viven el mismo carisma a partir de su realidad como laicos. La *Iglesia* nunca ha podido ni debido caminar sin los laicos y hoy con más razón.

No basta tener responsabilidades a nivel social o político, el laico debe tener su "*espiritualidad*". Debe ser una *persona de oración*, con sentido de la trascendencia, ser cercana al misterio de Dios, capaz de captar los *signos de los tiempos*, las necesidades de la sociedad concreta y del mundo de hoy.

La "*mística y la profecía*" deben caminar juntas. Un laico comprometido tiene que ser: *místico*, o sea cercano al misterio de Dios con mayúscula; y *profeta*, capaz de hablar y actuar con libertad ante la injusticia, la guerra, la pena de muerte, los problemas del ambiente y ante todo lo que deshumaniza.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

LECTURAS: *Hch* 8,5-8;14-17; *Jn* 14,15-21

HOMILÍA

EL CRISTIANO UN TESTIMONIO DE ESPERANZA

S.Em. Card. Stanisław Rytko
Presidente Pontificio Consejo para los Laicos

1. Saludo cordialmente, en mi nombre y en el del Pontificio Consejo para los Laicos, a los participantes de la V Asamblea Ordinaria del Forum Internacional de la Acción Católica. De manera especial a la Dra. Paola Bignardi, Coordinadora del FIAC, y al nuevo Asistente Eclesiástico, Su Excelencia Monseñor Domenico Sigalini, a quien le agradezco por haber aceptado el cargo, presentándole mis mejores augurios para la misión que lo aguarda. Estoy muy feliz de la invitación a presidir esta Eucaristía que inaugura vuestros trabajos, porque me ofrece la posibilidad de reconfirmar el papel peculiar de la Acción Católica en el contexto de la "nueva estación agregativa" del laicado, que está viviendo la Iglesia.

"Laicos de Acción Católica a 20 años de la *Christifideles Laici*" es el tema de esta Asamblea que se desarrolla en el vigésimo aniversario de la Exhortación Apostólica del Siervo de Dios Juan Pablo II, definida con razón la *carta magna* del laicado católico. Fruto del Sínodo de los Obispos del 1987 sobre la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, el documento recoge experiencias ricas y variadas del apostolado en el post-Concilio, señalando al mismo tiempo - como importante hito - el inicio de una nueva etapa en su camino.

A veinte años de su publicación bien se puede afirmar que su ímpetu y su fuerza profética no se han agotado. La *Christifideles Laici* continúa siendo una brújula segura para la formación y el compromiso de los laicos. Lo confirma la experiencia de la Acción Católica que inmediatamente hizo de ella un manual de base, un *vademecum* para

sus socios. Me congratulo por tanto con vosotros por haber querido conmemorar este aniversario también mediante un acto público previsto en el programma. Estoy seguro que la relectura de la *Christifideles Laici* que haréis estos días, en el marco de los nuevos desafíos que la misión de la Iglesia encuentra en nuestra época, llevará muchos frutos a la vida de los laicos de la Acción Católica.

2. Otro punto fuerte de los trabajos de la Asamblea será la mirada profunda sobre la vida de la Acción Católica después del inolvidable Congreso del 2004 que culminó con el encuentro, en el Santuario de la Santa Casa de Loreto, con el Siervo de Dios Juan Pablo II.

En espera del encuentro con el Santo Padre Benedicto XVI, ansiosos de escuchar su mensaje a la Acción Católica, recordamos las tres consignas que el Papa Wojtyła os dejó, propiamente en Loreto: la *contemplación*, esto es el camino hacia la santidad; la *comunión*, esto es la espiritualidad de la comunión con los Pastores de la Iglesia, con los hermanos en la fe y con las otras agregaciones eclesiales; la *misión*, es decir el compromiso de llevar el Evangelio a todos los areópagos del mundo contemporáneo. (cf. *Angelus*, "L'Osservatore Romano", 6-7 de septiembre de 2004). Y recordamos sus palabras de estímulo y esperanza «Coraje, Acción Católica! El Señor guíe tu camino de renovación! (...) La Iglesia te mira con confianza; el Papa te saluda y te bendice de corazón» (*Homilía*, "L'Osservatore Romano", 6-7 de septiembre de 2004). Palabras verdaderamente preciosas que la Acción Católica debe conservar como un tesoro: un depósito de esperanza para el presente y su porvenir no solo en Italia sino en todo el mundo.

3. Quisiera relacionar esto con la liturgia de la Palabra de este VI Domingo de Pascua que prepara el Pentecostes. En este pasaje del Evangelio Cristo dice a sus discípulos «Yo rogare al Padre y El os enviará otro Consolador para que este siempre con vosotros: el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le conoce. Vosotros en cambio lo conocéis porque el permanece con vosotros y estará en vosotros» (*Jn 14,16-17*).

El Espíritu Consolador, el Espíritu de esperanza que anima la vida de la Iglesia y la vida de cada discípulo de Cristo. El cristiano es un hombre de esperanza, de esa "gran esperanza", de la cual habla el Papa Benedicto XVI. En la segunda lectura San Pedro les pide a todos: «Glorifiquen en sus corazones a Cristo el Señor, estén siem-

pre dispuestos a responder ante cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen» (*1Pe 3,15*). Ésta es la misión de los cristianos en el mundo: ser testigos creíbles de la esperanza. Ésta es una gran tarea de la Acción Católica: ser para la multitud de laicos de nuestro tiempo escuela de esperanza, de la "gran esperanza"...

4. El mundo postmoderno es un mundo "líquido" (Z. Bauman), privado de certezas y de puntos firmes, signado por un aterrador vacío de valores, de una verdadera y propia "dictadura del relativismo" y de un "extraño olvido de Dios" (Benedicto XVI). Un mundo donde se propaga el nihilismo y la "cultura de la muerte" y en el cual cada vez hay menos esperanza.

El creciente número de suicidios, sobre todo entre los jóvenes, es un grito que reclama razones por las que valga la pena vivir y que no son reducibles al bienestar material, a las ilusorias mentiras de las ideologías viejas y nuevas, al mito del progreso científico, del poder, del dinero, del éxito... Para dar sentido pleno a la propia existencia el hombre necesita de la esperanza: la esperanza que no defrauda jamás, ni aun en las situaciones más dramáticas, la esperanza que arroja luz sobre el destino trascendente y definitivo.

En la Encíclica *Spe salvi* Benedicto XVI ha querido tocar propiamente este punto neurálgico de la existencia humana. Escribe el Papa yendo directamente a lo esencial: «El hombre tiene necesidad de Dios, de otra forma queda privado de la esperanza» (n. 23). No de un dios cualquiera, sino de aquel Dios que se manifestó visiblemente en la persona de Jesucristo. Es Dios la "gran esperanza" del hombre. La crisis actual de la fe no es otra cosa que una crisis de esperanza. «Quien no conoce a Dios, puede tener múltiples esperanzas, pero en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que anima toda la vida» (n. 27).

La esperanza nace del encuentro con Cristo. Por eso el Papa reitera con fuerza «No es la ciencia quien redime al hombre. El hombre es redimido por el amor (...) El ser humano tiene necesidad de amor incondicional. Tiene necesidad de aquella certeza que lo hace decir "Ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni el presente ni el futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor (*Rm 8,38-39*)» (n. 26).

Esta esperanza es totalmente distinta al individualismo y al replegarse sobre sí. La esperanza cristiana tiene una fuerte dimensión comunitaria. Debe ser testimoniada y compartida, porque Dios nos

salva como pueblo, esto es como Iglesia. De aquí la importancia, en nuestro mundo, de auténticos y creíbles testigos de la esperanza. De su esperanza surge esperanza para quienes viven en la oscuridad y el desconcierto. Escribe el Papa: «Su obrar y su vivir son de hecho una prueba de que la promesa de Cristo no es solamente una realidad a esperar, sino una verdadera presencia» (n. 8).

Estos testigos de la esperanza dan a los otros el coraje de apostar todo a Dios. Esto, por lo tanto quiere decir estar «siempre dispuestos a responder a cualquiera que les pida razón de la esperanza que vosotros tenéis» (1Pt 3,15).

Con el augurio de que esta Asamblea sea para cada uno de vosotros una ocasión de verdadero crecimiento en la esperanza, confío vuestros trabajos a la especial intercesión de María, Madre de la Esperanza, porque es madre de Cristo que es la “gran esperanza” del mundo.

Roma, 28 de abril de 2008

PROFUNDIZACIÓN Y ESCUCHA

ORACIÓN DE LA MAÑANA

Hechos 2,22-24

COMENTARIO

MISIONEROS DE LA ALEGRÍA Y DE LA VIDA

S.E. Mons. Luis Armando Collazuol

Obispo de Concordia

Asesor General de AC Argentina

Las manifestaciones de Jesús Resucitado y sus palabras son portadoras de gozo y paz, son un mensaje de Vida. Dice a las mujeres junto al sepulcro: "No temáis" (Mt 28,10). Saluda a los apóstoles: "La paz con vosotros... Los discípulos se alegraron de ver al Señor". (Jn 20,19-20). Y cuando acompaña y habla a los discípulos que, tristes y desconcertados por la muerte del Maestro, vuelven a lo suyo, éstos se dicen uno a otro "¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?" (Lc 24,32).

Esta experiencia de gozo, de paz y de Vida es la que luego transmiten incasablemente los apóstoles, en cumplimiento de la misión encomendada por Jesús, "en Jerusalén... y hasta los confines de la tierra" (Hch 1,8).

El discurso de Pedro en Pentecostés, que es el primer mensaje de la Iglesia a los judíos, a los prosélitos y a los pueblos, tiene como tema principal el fragmento que hoy hemos escuchado: la Muerte, la Resurrección y la Glorificación de Cristo, anunciadas y preparadas por las profecías del Antiguo Testamento. Los demás discursos de Pedro y los Apóstoles en su predicación testimonial, ante los perseguidores, y misionera, ante judíos y paganos, están centrados en este anuncio fun-

damental, el "kerygma", que resume el plan salvífico de Dios. La proclamación de la Pascua de Jesús incluye un llamado a la conversión y al bautismo para obtener el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo, en espera de la Manifestación gloriosa del Señor.

Así, la primera proclamación a los pueblos de la Iglesia naciente en Pentecostés es el anuncio de Cristo Resucitado, el que vive para dar Vida. Por esta Buena Nueva también nosotros hemos conocido a Jesucristo en la fe; este es nuestro gozo.

El documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en Aparecida, hace una imperiosa invitación a ser misioneros del gozo y de la Vida. Es un mensaje a la Iglesia de América, pero contiene un valor universal: "La alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades; deseamos que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, llegue a todos cuantos yacen al borde del camino, pidiendo limosna y compasión (cf. Lc 10, 29-37; 18,25-43). La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo" (DA 29).

Nuestros ojos se iluminan con la luz de Jesucristo Resucitado, y por la gracia del Espíritu Santo lo seguimos como discípulos. Pero al llamarnos y elegirnos, el Señor nos ha confiado también el encargo de transmitir, como misioneros, este tesoro a los demás. No queremos ser evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos.

Aquí, como en Pentecostés, nos hemos reunido de distintas lenguas y naciones. El Espíritu Santo nos hace hoy discípulos y misioneros. La fe en nuestro propio destino y la fuerza del Espíritu deben empeñarnos en la evangelización y la transformación del mundo hasta sus confines, no sólo geográficos sino también culturales y religiosos, para que a todos alcance el Señorío salvífico de Aquél que por su resurrección es "la plenitud del que lo llena todo en todo" (Ef 1,23).

El individualismo, el sectarismo, la injusticia, la exclusión, la ruptura del vínculo social, la desesperanza, la violencia... que caracterizan muchas situaciones humanas actuales, son signos de muerte, de que no se ha recibido suficientemente el Evangelio, no se lo vive, no se ha encontrado en Cristo la Vida en plenitud.

Queremos ser gozosos misioneros de la Vida para un mundo que sufre, aunque quiera olvidarlo en evasiones superficiales. No nos detenemos a llorar la muerte ni sólo lamentar sus manifestaciones.

Ser misioneros de la Vida requiere escrutar atentamente los signos de esperanza presentes en el corazón de los hombres y en las culturas nuestros pueblos, signos a menudo ambivalentes o débiles, para que, animados por el Espíritu, podamos ofrecer una esperanza que sea colmada en el encuentro con Jesús.

Nos animará en el gozo evangelizador ver que en la Iglesia hay muchas señales de esperanza. Son los signos de Vida que percibimos hoy, entre otros, en tantos cristianos que procuran una escucha más atenta de la voz del Espíritu Santo, especialmente por la lectura meditada, contemplada, orada y vivida de la Palabra que nos hace discípulos; la aceptación de los carismas; la promoción de los laicos; una conciencia misionera que atañe a todos; el generoso servicio de tantos hacia la infinidad de sufrientes; un más hondo compromiso en favor de la unidad de los cristianos y un mayor reconocimiento de la importancia del diálogo con otras religiones y con la cultura contemporánea.

Por la cercanía cordial a todos, por el testimonio de una caridad ardiente y universal sobre todo a los más débiles, los pobres y los excluidos, por el anuncio sin fronteras de la Palabra, por el diálogo desde nuestra identidad cristiana, por la fermentación cristiana de los ambientes, por la predicación y la celebración de los sacramentos, cuyo centro y cumbre es la Sagrada Eucaristía, nuestra actividad misionera de Acción Católica hace presente a Cristo, Camino, Verdad y Vida. Renovemos nuestro compromiso apostólico.

La Acción Católica, al dirigir sus pasos misioneros hacia los pueblos, vuelve su mirada hacia María, cuya profunda escucha del Espíritu Santo como discípula, abrió como misionera el mundo al gran acontecimiento de la Encarnación del Señor de la Vida, fuente de toda nuestra esperanza.

PABLO Y SUS COLABORADORES EN EL ANUNCIO DEL EVANGELIO

Romano Penna
Biblista

El acontecimiento acaecido en el camino de Damasco afectó obviamente solamente a Pablo. Pero no sabemos nada de la suerte que corrieron aquellos a los que Lucas en los *Hechos* llama «los hombres que hacían el camino con él» (*Hch* 9,7), también porque Pablo en sus cartas no los menciona, limitándose al punto focal de su propia experiencia.

Pero una cosa es segura: ¡en su actividad apostólica Pablo nunca actuó solo! Aún diciendo solamente de sí mismo de haberse retirado a Arabia después de aquel acontecimiento (cf. *Ga* 1,17), cuando poco después vuelve a Jerusalén «intentaba unirse a los discípulos» (*Hch* 9,26), aunque éstos todavía no se fiaban de él. Se trasluce ya de este «intento» su idea de Iglesia como el compartir vivido desde la fe en una comunidad de hermanos. Es cierto que cuando empieza sus viajes apostólicos, ya desde el principio no hace las cosas él solo.

En efecto, dicho sintéticamente, Pablo tuvo toda una serie de colaboradores que compartieron no solo su pensamiento sino también su suerte apostólica. La lista, para nada pequeña, es más bien bastante nutrida, y comprende a hombres y mujeres: hombres como Bernabé, Timoteo, Tito, Epafrodito, Tíquico, Clemente, Aquila; y mujeres como Lidia, Priscila, Febe, María, Juana, Trifena, Trifosa, Preside, Julia. Luego originó también una posterior tradición teológica llena de las llamadas cartas deuteropaulinas como de algunos autores posteriores (como Ignacio de Antioquía, Justino, Ireneo de Lyon), que fueron por así decirlo, sus compañeros «post

mortem».

A continuación paso lista de una serie de estos colaboradores, cuya individualización sirve no solo a descubrir su efectiva figura histórica, sino también a darse cuenta del rico perfil humano de Pablo que se deja integrar por fisonomías y perfiles diferentes.

1. - Su primer colaborador es *Bernabé*, un levita judío originario de Chipre. Él fue el que se hizo garante de la conversión de Saulo ante la comunidad cristiana de Jerusalén (cf. *Hch* 9,27s). Enviado a Antioquía de Siria, fue a recoger a Saulo-Pablo a Tarso, donde se había retirado (cf. *Hch* 9,30; 11,25), y juntos pasaron un año entero dedicándose a la evangelización de la importante ciudad de Antioquía, en cuya Iglesia Bernabé era conocido como profeta y como médico (cf. *Hch* 11,26; 13,1).

Desde la Iglesia de Antioquía fueron enviados los dos en misión, cumpliendo así lo que va bajo el nombre de primer viaje misionero de Pablo. En realidad se trata de un viaje misionero de Bernabé, siendo él el verdadero responsable del itinerario, al que en este caso se agregó Pablo como colaborador, tocando las regiones de Chipre y Anatolia centro - meridional con las ciudades de Atalia, Perge, Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe (cf. *Hch* 13-14). También fueron juntos al llamado Concilio de Jerusalén donde, con todos los Apóstoles, se estableció desvincular la práctica de la circuncisión de la identidad cristiana (cf. *Hch* 15,1-35).

Los dos luego se enfrentaron, al principio del segundo viaje misionero, probablemente por dos motivos: sea porque Bernabé era de la idea de tener como compañero a Juan Marcos, mientras que Pablo no quiso por el hecho de que se había separado de ellos durante el viaje precedente (cf. *Hch* 13,13; 15,36-40), o porque Bernabé había vuelto a la observancia de las prescripciones alimentarias judías, de las que ya Pablo se había distanciado (cf. *Ga* 2,13).

2. - Otro compañero de Pablo fue *Sila*, nombre griego, de un original hebreo (quizá *sheal* «pedir, invocar», que tiene la misma raíz del nombre «Saulo») y que tuvo también su nombre latinizado en *Silvano*: el nombre está solo en el *libro de los Hechos*, mientras que el segundo se halla solo en las cartas paulinas. Era un judío de Jerusalén, uno de los primeros que se hizo cristiano, y en aquella Iglesia gozaba de gran estima (cf. *Hch* 15,22) siendo considerado incluso como

profeta (cf. *Hch* 15,32).

Fue el encargado de llevar y explicar las decisiones tomadas en el Concilio de Jerusalén «a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia» (*Hch* 15,23. Evidentemente era considerado capaz de actuar en una especie de mediación entre Jerusalén y Antioquía, o sea, entre judaísmo y paganismo. Y cuando Pablo se separó de Bernabé, el Apóstol lo asumió precisamente a él como nuevo compañero de viaje. Con él Pablo llega a Macedonia (a las ciudades de Filipo, Tesalónica y Berea), donde Sila se detuvo mientras Pablo siguió hacia Atenas: Sila lo alcanza luego en Corinto, donde cooperó a la predicación del Evangelio; en efecto, en la segunda carta dirigida por Pablo a aquella Iglesia, el Apóstol habla de «Jesucristo, que hemos predicado entre vosotros, yo, Silvano y Timoteo» (*2Co* 1,19). Se explica así porqué Pablo lo asocia a sí como co-remitente de las dos cartas a los Tesalonicenses (cf. *1Ts* 1,1; *2Ts* 2,1).

3. - Otros dos colaboradores estuvieron más que otros unidos estrechamente y por tanto queridos por Pablo: *Timoteo* y *Tito*, a los que son dirigidas tres cartas respectivamente: dos al primero y una al segundo.

Timoteo es un nombre griego que significa «que honra a Dios». Mientras Lucas en los *Hechos* lo menciona seis veces, Pablo en sus cartas lo menciona bien diecisiete veces (además de una vez en la *Carta a los Hebreos*). Se deduce que a los ojos de Pablo gozaba de gran consideración, aún si Lucas no nos cuenta todo lo que le afecta. El Apóstol en efecto, le encargó misiones importantes y vio en él casi un alter ego, como se ve en el gran elogio que le hace en la *Carta a los Filipenses*: «Yo no tengo nadie de ánimo tan igual (*isópsychon*) como él, que sepa ocuparse tan de corazón de vuestras cosas, ya que todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo» (*Flp* 2,20-21).

Timoteo había nacido en Listra (unos 200 Kms. a noroeste de Tarso) de madre judía y padre pagano (cf. *Hch* 16,1). El hecho que la madre no lo hubiera hecho circuncidar, junto al matrimonio mixto de sus padres, sugiere que haya crecido en una familia no muy practicante, aunque conocía las Escrituras desde la infancia (cf. *2Tm* 3,15). Conocemos también el nombre de la madre, Eunice, incluso el de la abuela, Loide (cf. *2Tm* 1,5).

Cuando Pablo pasó por Listra al principio del segundo viaje misionero, lo escogió como compañero, ya que «él era muy apreciado por los hermanos de Listra y de Iconio» (*Hch* 16,2), pero lo hizo circuncidar «por respeto a los judíos que se encuentran en esas regiones» (*Hch* 16,3). Con él y con Sila, Pablo atravesó después Asia Menor hasta Triade, desde donde pasó a Macedonia. Pero en Filipo, donde Pablo y Sila fueron involucrados en la acusación de ser alborotadores públicos, hasta el punto de ser encarcelados por un caso de explotación de una joven como adivina por parte de algunos individuos sin escrúpulos (cf. *Hch* 16,16-40). Timoteo no fue involucrado.

Habiendo sido obligado Pablo a proseguir hasta Atenas, aquí Timoteo lo alcanzó y desde aquí fue enviado a Tesalónica para recabar noticias de aquella joven Iglesia y para confirmarla y exhortarla en la fe (cf. *1Ts* 3,1-2). Se reunió luego con el Apóstol en Corinto, llevándole buenas noticias de los Tesalonicenses y colaborando con él en la evangelización de esa ciudad (cf. *2Co* 1,19).

Encontramos a Timoteo en Éfeso durante el tercer viaje misionero; es desde allí que quizá Pablo escribiera a Filemón y a los Filipenses y en ambas cartas Timoteo está presente como co-remitente (cf. *Flm* 1; *Flp* 1,1). Desde Éfeso Pablo lo manda a Macedonia junto a un cierto Erasto (cf. *Hch* 19,22) y después también a Corinto con el encargo de llevar una carta en la que recomienda a los Corintios de dispensarle una buena acogida (cf. *1Co* 4,17; 16,10-11). Lo hallamos otra vez como co-remitente de la *Segunda a los Corintios*, y cuando desde Corinto Pablo escribe la *Carta a los Romanos* incluye, junto con otros, los saludos de Timoteo (cf. *Rm* 16,21).

Desde Corinto partió para ir a Troade en la orilla asiática septentrional del Mar Egeo y allí esperar al Apóstol que se dirigía hacia Jerusalén al final del tercer viaje misionero (cf. *Hch* 20,4). Desde ese momento en la biografía de Timoteo las fuentes no nos dicen nada. Lo encontramos en la conclusión de la *Carta a los Hebreos*, donde se lee «Sabed que nuestro hermano Timoteo ha sido puesto en libertad; si llega pronto os veré junto con él» (*Hb* 13,23).

En cuanto a la figura de *Tito*, cuyo nombre es de origen latino, sabemos que era griego de nacimiento, o sea pagano (cf. *Ga* 2,3); Pablo lo condujo consigo a Jerusalén para el mencionado concilio apostólico, cuando fue solemnemente aceptada la predicación a los paganos, libre de los condicionamientos de la ley mosaica. En la carta que le dirige, el apóstol lo elogia definiéndolo como «mi verdadero hijo en la fe común» (*Tt* 1,4).

Después que Timoteo partió de Corinto, Pablo envió a Tito con el encargo de reconducir aquella indócil comunidad a la obediencia; y, por lo que parece, su misión tuvo plenamente éxito, reconciliando de nuevo aquella Iglesia con el Apóstol, que le escribe así «Dios, que consuela a los afligidos, nos ha consolado con la venida de Tito, y no solo con su venida, sino con la consolación que ha recibido de vosotros. Él, en efecto, nos ha anunciado vuestro deseo, vuestro dolor, vuestro afecto por mí... A esta nuestra consolación se ha unido la alegría más grande por la alegría de Tito, ya que su espíritu ha sido reanimado por todos vosotros» (2Co 7,6-7.13).

En Corinto Tito fue otra vez enviado por Pablo, que lo califica como «mi compañero y colaborador» (2Co 8,23), para organizar la conclusión de las colectas a favor de los cristianos de Jerusalén (cf. 2Co 8,6).

4. - Otro compañero de Pablo se llamó *Apolo*, probable abreviatura de Apolonio o Apolodoro. Aún tratándose de un nombre de imagen pagana, era un ferviente judío de Alejandría de Egipto. Lucas en el *libro de los Hechos* lo define como «hombre culto, versado en las Escrituras... lleno de fervor» (Hch 18,24-25). Entra en la órbita de la historia cristiana a partir de la ciudad de Éfeso, donde había ido, habiendo sido instruido en la fe por el matrimonio cristiano Áquila y Priscila (cf. Hch 18,26; cf. debajo).

De allí pasó a Acaia llegando a la ciudad de Corinto: aquí llegó con el apoyo de una carta de los cristianos de Efeso, que recomendaban a los Corintios de dispensarle una buena acogida (cf. Hch 18,27). En Corinto, como escribe Lucas, «fue muy útil a los que por obra de la gracia se habían hecho creyentes; en efecto, rebatía vigorosamente a los judíos, demostrando públicamente a través de las Escrituras que Jesús es el Cristo» (Hch 18,27-28).

Su éxito en esa ciudad tuvo, sin embargo, un aspecto problemático, por cuanto hubo algunos miembros de aquella Iglesia que en su nombre se oponían a los otros (cf. 1Co 1,12; 3,4-6; 4,6). Pablo en la *primera Carta a los Corintios* aprecia mucho su actuar, pero les reprocha el lacerar el Cuerpo de Cristo, o sea la comunidad, subdividiéndose en grupos contrapuestos. Su lección es que ambos, Pablo y Apolo, no son otra cosa que *diákonoi*, o sea, simples ministros a través de los que se llega a la fe (cf. 1Co 3,5), teniendo cada uno un trabajo diferenciado en el campo del Señor: «yo he plantado, Apolo ha regado, pero es Dios quien ha hecho

crecer... En efecto, somos colaboradores de Dios y vosotros sois el campo de Dios, el edificio de Dios» (1Co 3,6-9).

De retorno a Éfeso, Pablo lo invitó a volver a Corinto, pero Apolo se negó, posponiendo el viaje a una fecha posterior que ignoramos (cf. 1Co 16,12). De él no sabemos nada más, aunque algunos estudiosos piensan en su persona como autor de la importante *Carta a los Hebreos*.

5. - Pablo también se apoyó en muchas *figuras femeninas*, que desarrollaron un efectivo, precioso e insustituible papel de colaboración para la extensión del Evangelio. Su recuerdo no puede ser olvidado por cuanto Jesús mismo dijo de la mujer que le ungió la cabeza poco antes de la pasión: «En verdad os digo, allá donde sea predicado este Evangelio en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho para recuerdo suyo» (Mt 26,13; Mc 14,9).

Dejando aparte las mujeres que tuvieron un papel activo en el cuadro de la misión de Jesús (cf. especialmente las mujeres que seguían a Jesús para asistirlo con sus bienes y donde en Lc 8,2-3 se transmiten los nombres específicos de María de Magdala, Juana, Susana y «muchas otras»), las hermanas Marta y María que lo acogieron en casa (cf. Lc 10,38-42; Jn 11,20-38 s), en el ámbito de la Iglesia primitiva la presencia femenina es todo menos secundaria.

Aún sin insistir en las cuatro hijas innombradas del «diácono» Felipe, residentes en Cesárea Marítima y todas ellas dotadas del «don de la profecía», o sea, capaces de intervenir públicamente bajo la acción del Espíritu Santo (Hch 21,9), debemos precisamente a San Pablo una amplia documentación sobre la dignidad y el papel eclesial de la mujer. Parte del principio fundamental según el que para los bautizados no solo «no hay ya ni judío ni griego, ni esclavo ni libre» más paradójicamente ni siquiera «hombre ni mujer»: el motivo es que «todos somos uno solo en Cristo Jesús» (Ga 3,28), o sea, todos unidos en la misma dignidad, aunque cada uno con funciones específicas (cf. 1Co 12,27).

Pues bien, el Apóstol admite como cosa normal que en las Asambleas cristianas la mujer pueda intervenir para «profetizar» (1Co 11,5) o sea, a pronunciarse abiertamente y públicamente bajo el influjo del Espíritu, a condición de que sea para la edificación de la comunidad, por eso la siguiente exhortación a que «las mujeres callen en las asambleas» (1Co 14,34) va más bien relativizada y va

comprendida, si no precisamente como interpolación de escritura post-paulina (por eso algunos comentarios con referencia a *1Tm* 2,11-15), sí al menos como simple toque de atención al buen orden de las asambleas mismas.

Además se constata que la breve Carta del Apóstol a Filemón en realidad está dirigida también a una mujer llamada «Afia» (cf. *Flm* 2), que la *Vulgata* de San Jerónimo especifica como *soror queridísima* y de quien se debe decir que en la comunidad de Colosios debía ocupar un puesto de relevancia. En todo caso, ella es la única mujer mencionada por Pablo entre los destinatarios de su carta.

En otro lugar el Apóstol menciona a una cierta «Febe», calificada como *diákonos* de la Iglesia de Cencreas, la ciudad portuaria al este de Corinto (cf. *Rm* 16,1-2): aunque el título no tenga un valor específico ministerial de tipo jerárquico, ello demuestra un verdadero ejercicio de responsabilidad por parte de esta mujer a favor de aquella comunidad cristiana.

En la misma *Carta a los Romanos*, Pablo menciona incluso una pareja, «Andrónico y Julia» que son definidos ambos como «apóstoles insignes» (*Rm* 16,7): reconoce que fueron cristianos antes que él, y no se puede excluir de ningún modo que hayan participado en la misma fundación de la Iglesia de Roma. En el mismo contexto epistolar el Apóstol, con trazos de delicadeza, recuerda otros nombres de mujeres: una cierta María, luego Trifena, Trifosa y Perside «queridísima», además de Julia, de las que escribe abiertamente que «han trabajado para vosotros» o «han trabajado en el Señor» (*Flp* 4,2): si es verdad que Pablo los llama a una necesaria concordia entre todos, también es verdad que debían desarrollar una importante función al interior de la comunidad.

6. - Hay que mencionar también a un matrimonio. Se trata de los cónyuges *Áquila y Pricilla*, que gravitan en la órbita de los muchos colaboradores de San Pablo. En *Rm* 16,4 incluso hace preceder el nombre de la mujer al del hombre, y esto es un signo de especial consideración hacia ella. Parece ser que ellos son la única pareja casada, que tengamos noticia que hayan desarrollado un papel positivo en tiempo de los orígenes post pascuales de la Iglesia. También la figura de Andrónico y Junia se asocian en la *Carta a los Romanos* (cf. 16,7), pero no sabemos si eran matrimonio, aunque parece lo más probable, o hermanos.

Los nombres de *Áquila* y *Pricilla* son latinos, pero corresponden a un hombre y una mujer de origen hebreo. Al menos *Áquila* provenía geográficamente de la diáspora de Anatolia septentrional, que se asoma al Mar Negro mientras que *Priscilla*, cuyo nombre se encuentra a veces abreviado como *Prisca*, era probablemente una hebrea proveniente de Roma (cf. *Hch* 18,2). De todas formas desde Roma llegaron a Corinto, donde Pablo los encontró al principio de los años 50 del siglo primero; allí él se asoció a ellos porque, como nos cuenta Lucas, ejercían el mismo oficio que era el de obreros de tiendas para uso doméstico, y lo acogieron incluso en su casa (cf. *Hch* 18,3).

El motivo de su llegada a Corinto consistía en el hecho que el Emperador Claudio había expulsado de Roma al menos a algunos judíos de la ciudad, los cuales, como certifica el historiador romano Esvetonio, «provocaban tumultos por causa de un cierto Cristo». Se refiere probablemente a Jesucristo (cf. *Las Vidas de Doce Césares, Claudio* 25). Se deduce que habían abrazado la fe cristiana ya en Roma en los años 40, y ahora hallaban en Pablo alguien con quien compartirla.

En segundo lugar ellos se trasladaron a Asia Menor, a Éfeso. Fue allí que tuvieron una parte determinante en la conversión al cristianismo del judío alejandrino Apolo, de quien hemos hablado antes; ya que él conocía someramente la fe cristiana, «Priscilla y *Áquila* le escucharon, luego lo tomaron con ellos y le expusieron con mayor detalle el camino de Dios» (*Hch* 18,26). Cuando después, desde Éfeso el Apóstol Pablo escribió la primera Carta a los Corintios, él, junto con sus propios saludos manda también explícitamente los de «*Áquila y Prisca*, con la comunidad que se reúne en su casa» (*1Co* 16,19).

Así sabemos del papel importantísimo desarrollado por esta pareja en el ámbito de la Iglesia primitiva: el de acoger en su casa al grupo de los cristianos locales, cuando se reunían para sus asambleas litúrgicas. Es más, precisamente este tipo de reuniones no es otra cosa que «Iglesia», *ekklesia*, o sea, convocatoria santa, cuyas específicas connotaciones originales son genuinamente domésticas.

Los cristianos, efectivamente, hasta el siglo III no tenían lugares de culto: esos fueron, en un primer momento, las sinagogas hebreas, o sea, hasta que el cristianismo no se separó de su raíz judaica con identidad propia socio-religiosa; tales fueron sobre todo las casas privadas de algunos cristianos, los que de vez en cuando (probablemente cada siete días) transformaban su casa en una verdadera iglesia: en esas ocasiones se leían las Sagradas Escrituras y se celebraba la Eucaristía

(cf. 1Co 11,17-34). Eso sucedía también en Corinto donde Pablo menciona a un cierto «Gaio, que me acoge a mi y a toda la comunidad» (Rm 16,23), o en Laodicea, donde la comunidad se reúne en casa de cierta Ninfa (cf. Col 4,15), o en Coloso, donde la reunión sucedía en la casa de un cierto Arquito (cf. Flm 2).

Cuando después Áquila y Pricilla volvieron a Roma, continuaron desarrollando esta preciosísima función también en la capital del Imperio. En efecto, Pablo, escribiendo a los Romanos, manda este precioso saludo: «Saludos a Prisca y Áquila, colaboradores míos en Jesucristo; para salvarme la vida han arriesgado su cabeza, y no solo yo les estoy agradecido, sino todas las Iglesias de los Gentiles; saludos también para la comunidad que se reúne en su casa» (Rm 16,3-5).

En estas palabras tenemos el elogio mayor que se podía hacer a este matrimonio verdaderamente especial, y a hacerlo es nada menos que el Apóstol Pablo. Reconoce explícitamente en ellos a verdaderos e importantes colaboradores a su apostolado. La referencia al hecho de haber arriesgado la vida por él va unido probablemente a alguna intervención a su favor durante algún período de prisión, quizá en la misma Éfeso (cf. Hch 19,23; 1Co 15,23; 2Co 1,8-9). Y que a la propia gratitud de Pablo asocie incluso la de todas las Iglesias de los Gentiles, aunque esta expresión se deba considerar hiperbólica, dice de todos modos, cuán vasto haya sido el radio de acción o el influjo de su actuar a favor del Evangelio.

Una lección, y no la última, de su ejemplo consiste en el hecho que cada casa puede transformarse en una pequeña Iglesia: no solamente en el sentido que en ella debe reinar el típico amor cristiano hecho de desinterés y de atención recíproca, sino todavía más en el sentido que toda la vida familiar, en base a la fe, está llamada a girar en torno al único señorío de Cristo Jesús. No es casual que la carta paulina a los Efesios compare la relación matrimonial con la que existe entre Cristo y la Iglesia (cf. Ef 5,32 ss) e indirectamente la vida de la Iglesia entera a la de una familia.

7.- En conclusión, si consideramos unitariamente todas estas figuras, nos damos cuenta de algunos datos muy interesantes. Lo más importante es que Pablo se sirve de muchos y diferentes colaboradores para el desarrollo de sus misiones. Él es el Apóstol más importante, fundador y pastor de muchas iglesias.

Es más, no consta que el pensamiento expresado en sus cartas se deba a otras aportaciones. Pero se nota que no lo hace todo solo, sino que se apoya en la ayuda de otras personas de confianza que comparten (o con los que él comparte) sus fatigas y sus responsabilidades, ya sean misioneras o pastorales.

Otra observación relacionada con la disponibilidad de estos colaboradores. Los datos que les afectan ponen de relieve o, de todas formas dejan entrever su prontitud en el estar junto a Pablo y en el asumir varias competencias, consistentes en representarlo personalmente, aún en ocasiones difíciles. El cristianismo no habría sido el que fue y es, si no hubiera existido la generosa aportación de muchos colaboradores, incluidas las mujeres. Especialmente para éstas Juan Pablo II escribió en la *Mulieris dignitatem* que «la Iglesia agradece todas las manifestaciones del "genio" femenino aparecidas en el curso de la historia, en medio de todos los pueblos y naciones» (§ 31).

Es verdad que cada uno ha servido al Evangelio con sus propias peculiaridades, entre las que está la diferente procedencia geográfica y cultural, pero también un diversificado carisma personal.

El hecho que Pablo haya representado su común *trait-d'union* dice que la colaboración no debe perder de vista el referente común, el de un motivo y un objetivo unitario que es Jesucristo, pero también quien en la Iglesia lo representa de modo especial. Precisamente la recíproca comunión es un trazo irrenunciable de la cooperación.

N.B. - Posteriores desarrollos se pueden hallar en la voz "Collaboratori" en el *Dizionario di Paolo e delle sue Lettere* por G. F. Hawthorne-R.P. Reid, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo 1999, pagg. 256-266.

EVANGELIZACIÓN E INCULTURACIÓN EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

Don Juvenal Ilunga Muya
Pontificia Universidad Urbaniana

Introducción

La conciencia de la importancia y urgencia de la evangelización, como deber misionero fundamental de la Iglesia y la opción vital por su esencia, se hace notar cada vez más. Entre los numerosos factores que hacen hoy urgente la evangelización apuntamos solo a la globalización, fenómeno en el que dominan las dinámicas económicas, políticas, tecnológico-comunicativas y culturales¹. De cualquier forma que este proceso sea entendido, constituye una "chance" y un desafío para la misión evangelizadora de la Iglesia que invita a reflexionar profundamente en el proceso de inculturación. En un primer momento buscaremos, por tanto, manifestar en que sentido la globali-

¹ En su gran acepción, este término remite a varios fenómenos característicos de nuestro tiempo: desarrollo de intercambios internacionales, distribución mundial de los bienes (ciertamente no igualitaria), red de comunicaciones a escala planetaria, sin olvidar el inglés como idioma vehicular, el sentimiento creciente de pertenencia a un mundo que se funda en un conjunto de relaciones múltiples y complejas entre los pueblos, un mundo donde las categorías de relaciones se convierten en imprescindibles: Juvenal Ilunga Muya, "Les grands défis pour les églises d'Afrique en cette première décennie du XXIème siècle" en *Eglise d'Afrique*. Revue d'études et d'expériences pastorales, avril 2001 n. 1 pp. 72-87.

zación es una "chance" para la evangelización, después intentaremos recoger los retos que esto pone a la evangelización y por fin intentaremos pensar, a partir de esta situación, la evangelización y la inculturación con una atención especial al papel del laicado.

I. La globalización como "chance" para la evangelización

El proceso de globalización actualmente en curso puede ser acogido como un terreno fértil para la vocación universal del cristianismo. En efecto, desde sus orígenes, la comunidad de fe cristiana está guiada por una visión católica, o sea, que se comprende de las palabras de su fundador y Señor como comunidad llamada a ser "luz" del mundo y "sal" de la tierra (Mt 5,13ss), a comunicar la vida en plenitud al mundo entero (Jn 10,10). Que esta misión deba extenderse por el mundo entero lo tenemos en el mandato mismo del Resucitado «Sed mis testigos hasta los confines del mundo» (Hch 1,8).

La apertura al otro, hacia el mundo entero es constitutiva de la comunidad cristiana, por eso Orígenes podía escribir en su Comentario a Juan: «La Iglesia es el mundo cuando está iluminado por el Salvador»². La Iglesia ha estado siempre convencida de tener una responsabilidad especial con respecto al futuro de la «tierra habitada» (*Oikumenè*). Esta convicción no explica solamente el desarrollo de las misiones hasta los confines de la tierra; ha sido también un factor determinante de invenciones en la historia de las técnicas y de las ciencias, en el orden social y político, y más globalmente en todos los campos donde se tratara de humanizar la naturaleza y el mundo.

Una convicción así se funda ciertamente en datos fundamentales de la tradición bíblica: el mandamiento de someter la tierra (Gn 1,28); la vocación de toda la humanidad a dejarse envolver por el anuncio de la salvación (como se puede deducir de algunos textos más universalistas del Antiguo Testamento), la revelación del Verbo hecho carne, compar-

² Origène, *Commentaire sur Saint Jean*, t. II, livre VI, chap. 59 ligne 304, Sources chrétiennes 157, texte grec, avant propos, Cerf, Paris 1970, p. 365.

tiendo plenamente la condición de los hombres y dando su vida «por muchos»; el acontecimiento del segundo Pentecostés (Pedro en casa de Cornelio) y la misión de los cristianos, encargados de cooperar en la transformación del mundo para hacerlo acogedor al Espíritu del Resucitado.

La vocación y el apostolado mismo de los laicos deben colocarse en esta única misión de la Iglesia de difundir el Reino de Dios por toda la tierra y de hacer a todos los hombres partícipes de la redención y salvación en Cristo Jesús³. Hoy como ayer, el testimonio del laico se extiende por el mundo entero. Cada cristiano está efectivamente llamado a «brillar como las estrellas en el cielo, ofreciendo el mensaje de vida» (Flp 2,15) al mundo entero. No puede sustraerse a esta vocación universal como lo dice muy bien san Juan Crisóstomo: «No digas que no puedes producir ninguna impresión sobre el mundo: si eres cristiano, es imposible no producir efectos. En efecto, es tan contradictorio decir que un cristiano no puede hacer nada por el mundo, como lo es decir que el sol no puede dar luz»⁴.

Por eso se puede decir que el cristianismo traicionaría su propia identidad si no se preocupase del futuro del mundo entero - esto no hay que entenderlo solo en sentido geográfico, sino en el sentido según el cual la universalidad, la catolicidad cristiana debe obrar en las situaciones humanas más expuestas a la separación y a la exclusión: «Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28).

Desde esta perspectiva puede parecer evidente para la misión que las iglesias estén particularmente dispuestas a acoger la globalización. ¿Cómo pueden no ver una oportunidad para realizar hoy más que nunca una vocación inscrita en los orígenes mismos de la tradición cristiana? Desde esta perspectiva la globalización constituye una verdadera “chance”, una oportunidad para un verdadero relanzamiento de la misión. Pero en ella se esconden también los problemas cotidianos concernientes a la evangelización y a la inculturación. En este sentido, la globalización constituye un reto para la misión evangelizadora de la Iglesia.

³ Concilio Ecuménico Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem* 2.

⁴ Juan Crisóstomo, en *Acta Apost.* Hom. 20 n. 4: pg 60, 162.

II. La globalización como reto a la evangelización

Es necesario analizar desde cerca el cambio cultural que estamos viviendo a nivel mundial, provocado por el proceso de globalización a nivel económico, tecnológico-comunicativo, político y cultural.

II. 1. La dimensión económica

El aspecto económico de la globalización que más golpea es el del mercado o del capitalismo neo-liberal. Ello constituye un reto a la evangelización por cuanto estimula el consumismo y favorece, en cierto modo, el secularismo, haciendo difícil la apertura a los valores cristianos y a su práctica. Poniendo el aspecto material del hombre en el centro, esto no favorece en la persona la apertura a la trascendencia.

Si esta forma de capitalismo, además, ha provocado cambios positivos a nivel global para los nuevos países emergentes como India, China, Brasil, Sud-África y otros, es preciso decir que ha contribuido también a crear un abismo cada vez más profundo entre pobres y ricos, a promover una visión del mundo basada en una competición sin piedad y en la innovación continua, donde quien no es capaz simplemente es excluido, creando una antropología diferente de la *Gaudium et Spes*. En este contexto, el cristianismo es aceptado sólo en la medida en que da una mano para resolver los problemas materiales del hombre, o sea, contribuye al progreso de la humanidad con el riesgo de reducir la misión de la Iglesia a puro humanismo, filantropía⁵.

Esta situación exige replantearse la evangelización en relación a la Doctrina Social de la Iglesia, como sugiere la Encíclica del Pontífice Benedicto XVI, *Deus caritas est*. Se trata de coger el lado positivo de la globalización y proponer la antropología que pueda dar un rostro humano a los nuevos cambios y permitir al no creyente percibir la singular novedad de la fe cristiana.

⁵ Cf. Benedicto XVI, “La caridad, alma de la misión”, en *El Osservatore Romano*, sábado 3 de junio 2006, p. 5.

II. 2. Las nuevas tecnologías de las comunicaciones

Las nuevas tecnologías de las comunicaciones nos ofrecen nuevas posibilidades para entrar y estar en contacto directo e inmediato con realidades cercanas y lejanas a nosotros. Esta capacidad de comunicar con una pluralidad de pueblos, accediendo rápidamente al "World Wide Web" y a Internet ha cambiado la calidad de la existencia humana. Estas tecnologías están hoy ampliamente difundidas: también en los países más pobres, en efecto, se encuentran móviles y posibilidades de Internet. ¿Cuáles son el significado y el impacto de todo esto para la globalización?

La primera recaída es que los misioneros no están aislados ni obligados a esperar mucho para tener informaciones provenientes de Roma. Existe la posibilidad de coordinar y reorganizar mejor la comunicación con las diócesis y los operadores de la evangelización a través de todo el mundo. Se están estudiando aún más a fondo las posibilidades que nos ofrecen las nuevas tecnologías para la comunicación de los contenidos mismos de la fe, para hacerlos accesibles a quien todavía no conoce a Cristo Jesús, por la creación de una red de solidaridad para la evangelización de todos los pueblos, con vistas a llevar el Evangelio y consolidar la presencia de la Iglesia en todas las naciones. Sin embargo, no se puede olvidar que estas mismas tecnologías tienden a instalarse como nuevos absolutos, que poco a poco, pretenden sustituir cualquier religión o de convertirse en un nuevo tipo de religión.

En esto merece la pena recordar las palabras del siervo de Dios Juan Pablo II el 14 de febrero de 1982 en Kaduna a los laicos: «Como laicos, sabéis bien que vuestro apostolado especial es el de llevar los principios cristianos al orden temporal, o sea llevar a Cristo a los varios ámbitos de la vida, como el matrimonio y la familia, el comercio, las artes y las diferentes profesiones, la política, las culturas y las relaciones nacionales e internacionales». La globalización pone en evidencia cuánto sea urgente el redescubrimiento de la llamada de los laicos a ser misioneros en los diferentes ambientes culturales donde trabajan y viven.

II. 3. La dimensión política

La globalización lleva consigo la privatización de los servicios públicos y la disminución del sentido de la responsabilidad del Estado

hacia sus ciudadanos, que tiende a producir la atomización de la sociedad en consumidores individuales. Por eso, la necesidad de hallar nuevos modos para fundar y consolidar la unión social: la fe cristiana puede y debe contribuir a la formación de tal unión.

En efecto, si consideramos la historia de los últimos decenios, nos damos cuenta de cómo ha crecido en los pueblos la conciencia del valor de la persona humana, de los derechos humanos y de los pueblos, la aspiración a la paz, el deseo de superar las fronteras y las divisiones raciales, la tendencia al encuentro entre los pueblos y las culturas, la tolerancia hacia quien es considerado diferente, el rechazo del autoritarismo político con la consolidación de la democracia y la aspiración a una más equitativa justicia internacional en el campo económico.

No podemos, por tanto, perder de vista que con la globalización se desarrolla también una red subterránea de violencia, de terrorismo, de criminalidad, así como el nacimiento de nuevos sistemas de injusticia y el crecimiento del abismo entre ricos y pobres. La fidelidad creativa al Evangelio exige una globalización de la responsabilidad y de la solidaridad con los pobres y los débiles. En este contexto es donde la Iglesia se convierte inevitablemente en promotora de la nueva unión social, de nuevas formas de solidaridad⁶ y de identidad. Por eso, la necesidad de revalorizar en la evangelización, lugares a partir de los que se pueden favorecer el emerger de estas formas nuevas de identidad y solidaridad: escuelas, hospitales, servicios de la caridad cristiana.

Es posible volver a dar vida en la esfera pública a los valores cristianos. En este contexto se comprende la pertinencia del laicado al que se le confía específicamente la consagración del mundo a Dios mediante el testimonio de la santidad de vida de los laicos⁷. Desde esta perspectiva, Hans Urs von Baltasar hablaba del laico como el cristiano, discípulo de Jesús, que participa de la vida de Cristo y representa en el mundo su creativa libertad, su sorprendente misión⁸.

⁶ Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est* nn. 28-29.

⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica* n. 901.

⁸ Hans Urs Von Baltasar, *Gli stati di vita del cristiano*, Jaca Book, Milán 1983, pp. 185-191.

Otra característica política de la globalización es el fenómeno de las migraciones. El empobrecimiento demográfico de algunas partes del mundo ha traído consigo un flujo migratorio de los pueblos especialmente impresionante en las sociedades occidentales. Una de las consecuencias de estas migraciones es la creación de sociedades multiculturales. Es normal encontrar hoy una pluralidad de culturas y pueblos diferentes que comparten el mismo espacio político y por tanto están llamados a vivir juntos.

Estas situaciones sin embargo, son potencial de conflictos y tensiones entre los grupos y constituyen nuevos aerópagos para la evangelización. Por esto es significativo que el documento del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Migrantes y de los Itinerantes haya localizado en la inmigración «un signo de los tiempos y un reto para la Iglesia»⁹. En cuanto signo e instrumento de la comunión con Dios y de los hombres entre ellos, la Iglesia está llamada a ser, también en estas situaciones, instrumento para la creación de nuevas identidades y nuevas uniones sociales, esto es, anticipar ya sobre la tierra la imagen de la Jerusalén celestial.

II. 4. El aspecto cultural-religioso

El deseo natural de la persona de querer mejorar su nivel de vida lleva consigo el crecimiento de la urbanización. A esta se unen, sin embargo, los varios cambios culturales. La *Gaudium et Spes* ha tratado ampliamente en los números 53-57 la cuestión del verdadero desarrollo de la cultura. Vale la pena hoy, en vistas a la evangelización, profundizar en los impactos de la urbanización en los procesos de transformación de la cultura. Se nota sobre todo en los jóvenes de los centros urbanos una búsqueda de sentido, de seguridades, de formarse una personalidad y una identidad, y al mismo tiempo una inclinación a ver la identidad, la verdad, el sentido mismo como realidades relativas, a reformular de vez en cuando según las circunstancias¹⁰. Por eso, un nuevo impulso misionero exige

⁹ Pontificio Consejo para la Pastoral de Migrantes e Itinerantes, *Erga migrantes* n. 12.

¹⁰ Es iluminante desde esta perspectiva la *Homilía* del Santo Padre Benedicto XVI para la XX Jornada Mundial de la Juventud.

métodos y medios para formar en el sentido profundo de la verdadera identidad y personalidad. Esto se coloca en la perspectiva de lo que el Papa Juan Pablo II llamaba los nuevos “aerópagos” de la misión¹¹. La Misión no atañe solo a zonas rurales, sino que hoy debe involucrar mucho más a los centros urbanos, en los que las culturas tradicionales sufren cambios.

Es verdad, en efecto, que en los últimos decenios, la crisis de ideales se ha hecho más profunda: vacío de ideales y de valores, crecimiento del relativismo. Con la globalización, los profundos mutamientos sociales y culturales iniciados en occidente, con evidentes reflejos en la vida religiosa, tienden cada vez más a difundirse por todo el mundo. Asistimos, en efecto, al emerger de sociedades cada vez más plurales con tendencia de las culturas a secularizarse, con todas las consecuencias que ello implica: tendencia a la no creencia, a la indiferencia religiosa y al relativismo moral.

Esto no significa la desaparición de la religión, más bien el renacimiento del sentido religioso entre los pueblos, que por ahora queda como un fenómeno ambiguo, caracterizado por el aumento de pluralidad de tendencias religiosas¹² que se manifiestan a través del interés por lo esotérico, por los rituales asiáticos, en la búsqueda de influjos mágicos y místicos, con el deseo de una mistificación del mundo y en la proliferación de los movimientos pentecostales.

De cualquier modo que sea la ambigüedad de este fenómeno, es preciso decir que precisamente estas situaciones, que llevan a las personas al límite de la desesperación, ofrecen nuevos “chances” para la evangelización e invitan a buscar nuevas vías para comunicar la fe a quien la ha perdido o tiene otras creencias. De aquí la necesidad de poner las religiones en el marco más amplio de la cultura.

Un intento semejante exigiría ver ya sea el diálogo interreligioso que el diálogo con la ciencia, las tradiciones y costumbres de los pueblos, desde el punto de vista de la inculturación, o sea desde el horizonte de la conversión que el Evangelio debe suscitar en el

¹¹ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio* n.37.

¹² En su *Homilía* para la XX Jornada Mundial de la Juventud en Colonia el Papa Benedicto XVI habla del boom religioso.

encuentro con ellos. Este acercamiento permite evidenciar mejor la unicidad y la singularidad de la figura de Cristo Jesús y por tanto del cristianismo en referencia a otras religiones y culturas. La fe cristiana se debe confrontar con estas situaciones. De aquí la exigencia de pasar en varias partes del mundo de la pastoral tradicional a un renovado compromiso misionero de primera evangelización, o sea de promoción de la conversión y de una inicial adhesión al Evangelio. Por esto la urgencia de promover y sostener una conciencia misionera en toda la Iglesia.

III. Una nueva conciencia misionera

La promoción de semejante conciencia difusa en toda la Iglesia presupone el compromiso de suscitar el interés por la fe cristiana; abatir críticas y prejuicios contra ella, ofrecer información de primera. Se trata, sobre todo, en un mundo cerrado a Cristo de hacer posible el encuentro de los no cristianos con el Evangelio, preparando sus corazones para que acojan su mensaje y se conviertan. El Concilio Vaticano II insiste sobre algunos deberes esenciales:

- la Iglesia debe estar enraizada en el ambiente, inserta en los reagrupamientos humanos, como Cristo se unió mediante la encarnación a su ambiente socio-cultural (AG n. 10; cf. también *Rmi* n. 43);
- todos los cristianos deben manifestar con el compromiso de su vida y el testimonio de su palabra al hombre nuevo, que ha sido revestido en el Bautismo y fortalecido en la Confirmación, que supone que cada cristiano debe tener una relación de estima y amor con las personas con las que vive, ser miembro vivo del grupo humano y tomar parte en la vida cultural, social, política y económica, conocer las tradiciones nacionales y religiosas de los otros para descubrir las semillas del Verbo (AG n. 11; cf. también *Rmi* n. 42);
- dar expresión concreta a la caridad cristiana, amor desinteresado, solidaridad con los pobres y los que sufren, colaborar a la justa

solución de las cuestiones económicas y sociales, dar su aportación a los tentativos de los pueblos que luchan contra el hambre, la ignorancia y las enfermedades, esforzarse por crear mejores condiciones de vida y actuar para establecer la paz, promover la dignidad de las personas y su unión fraterna (AG n. 12)¹³;

- a todos con franqueza y con firmeza debe anunciar al Dios viviente y al que Él ha enviado para la salvación de todos, Jesucristo (AG n. 13; cf. también *Rmi* nn. 44, 45). Es preciso aquí afirmar que el anuncio busca la conversión, la adhesión plena y sincera a Cristo y a su Evangelio (*Rmi* n. 46), la cual está conectada con el bautismo.

El Espíritu Santo está presente en la Iglesia y la guía en la evangelización. Consuela saber que no nosotros sino Él mismo es el protagonista de la misión. Es el que suscita, también en nuestro tiempo, esta nueva conciencia para la misión a las gentes. Semejante conciencia debe estar siempre nueva y fresca en la Iglesia ya que una Iglesia que no evangeliza, dimite y por tanto muere. Querría, especialmente aquí, detenerme sobre el compromiso misionero de los laicos.

III. 1. Los laicos y la evangelización

No podemos partir de otra cosa sino de la palabra misma del Señor: «Id, haced discípulos míos por todo el mundo y bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28, 19). El contexto de este texto es el post-pascual, en el que la mirada está dirigida hacia las perspectivas futuras de los discípulos.

A tales perspectivas pertenecen: la edificación de la Iglesia, la concentración sobre el anuncio del Evangelio, la administración de los Sacramentos, especialmente el Bautismo y la Eucaristía, por fin la

¹³ En esta perspectiva es iluminador y cargado de significado el mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la LXXX Jornada Misionera Mundial, cuando invita a no reducir la misión a mera actividad filantrópica y social y nos recuerda que «Ser misionero significa... amar a Dios con todo el corazón hasta dar, si fuera necesario, la vida por él»: Benedicto XVI, «La caridad, alma de la misión», en el *Osservatore Romano*, sábado 3 de junio de 2006 p. 5.

mirada hacia el mundo entero en el que los discípulos deben testimoniar al Señor crucificado y resucitado. El lugar de esta visión que narra Mateo es la montaña. El monte es el lugar de la revelación. En efecto también aquí, los discípulos cuando lo ven, lo adoran (Mt 28,17), como sucedió cuando lo vieron ir a su encuentro en el mar; también allí, los discípulos «se arrodillaron ante Jesús y le dijeron: ¡Verdaderamente tu eres el Hijo de Dios!» (Mt 14,33).

La lectura de Mt 28,16-20 contiene elementos decisivos para el Testamento que el Resucitado deja a los suyos: «Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18). En todo el pasaje es importante como Mateo insiste en el “todo”: «Todo el poder», «todos los pueblos», «todos los hombres», «observar todo», «todos los días». En el principio está por tanto el amor ilimitado de Dios, el Creador, que se extiende por todo el universo. Al principio, la misión está en ir hacia los no cristianos, no católicos. Ello encuentra su concreción, su materialización en la administración del sacramento del bautismo. El discipulado no es una realidad desencarnada, abstracta, a colocarse puramente en el interior. El aspecto exterior del discipulado lleva a caminar, a salir de sí mismo para constituir la Iglesia visible, la comunidad.

Cierto, todo lo que sucede en el mundo está impregnado por la presencia del Resucitado, el cual ha prometido a los suyos: «Estad seguros, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». La expresión «todos los días» nos remite al futuro en el espacio y en el tiempo. Dondequiera que los discípulos vayan y estén, Él estará con ellos, todos los días, porque el Dios que nos envía a la misión se revela en el Resucitado como el Emmanuel, el Dios con nosotros y por nosotros. Se trata del motivo de nuestra esperanza, o sea del fundamento de nuestra convicción de deber comprometernos fuertemente por el acontecimiento de esta nueva primavera misionera.

Semejante fundamento de la misión pone en evidencia que de ningún modo la actual insistencia sobre la inculturación nos debe hacer perder de vista la necesidad de una evangelización clara y decidida de los cristianos a los no creyentes todavía en Cristo Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre. Se necesita un nuevo coraje para la confesión de la fe no solo por nosotros mismos que ya creemos, sino también y sobre todo por aquellos que no creen aún o tienen otras creencias. Es una urgencia para nuestros tiempos el

manifestar siempre más el carácter público de nuestra fe. En cualquier lugar en que el cristiano laico se encuentre debe manifestar este carácter público de su fe.

Ser cristiano no puede limitarse a creer, rezar y esperar solo para sí mismo, sino que exige comunicar, difundir y compartir con otros los bienes experimentados en el encuentro con Dios¹⁴. Las palabras de Pablo son hoy más urgentes que nunca para cada cristiano: «Ay de mí si no evangelizare» (1Co 9,16). La evangelización es una dimensión básica y constitutiva de la fe cristiana, «un compromiso irrenunciable y permanente»¹⁵, ninguna situación moderna la puede alterar o paralizar, en cambio los desafíos modernos exigen renovarla y relanzarla.

Es cierto que el primer sujeto de la evangelización es la Iglesia en su totalidad como nos lo recuerda el Concilio Vaticano II: «Toda la Iglesia es misionera; y la obra evangelizadora es deber fundamental del pueblo de Dios» (AG n. 35). Vale la pena volver a destacar la imagen eficaz que tenían los Padres de los primeros siglos hablando de la Iglesia como “Iglesia madre”¹⁶. Como madre, debe concebir en su propio vientre a los nuevos creyentes para luego regenerarlos con el bautismo. Concretamente, la evangelización llamada en causa a distintos niveles, diferentes responsabilidades y operadores.

Se podría decir que con el Concilio ha ido creciendo siempre más la conciencia según la cual la misión no es solo cosa de las congregaciones e institutos religiosos misioneros. El decreto conciliar *Ad Gentes* ha resaltado el papel misionero de los laicos en la Iglesia: «Todos los bautizados están llamados a ser testigos de Jesús» (AG 6). O también en AG 36 donde se afirma que «Todos los fieles, como miembros de

¹⁴ En este sentido es importante la última nota doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota sobre algunos aspectos de la evangelización, 3 de diciembre de 2007.

¹⁵ Benedicto XVI, “La caridad, alma de la misión” en el *Osservatore Romano*, sábado 3 de junio de 2006 p. 5.

¹⁶ Baste recordar: Metodios, Obispo de Olimpo, *Symposium* 8, 6, en *Sources chrétiennes* 95, p. 187 y Agustín, *Sermón* 228, 1, NBA 32/ 1.

Cristo vivo, tienen la obligación de cooperar a la expansión y a la dilatación de su cuerpo» (AG 36; cf. 28,41). Cada cristiano es y debe ser misionero. En efecto, «a cada discípulo se le confía el deber de difundir la fe» (LG 17).

El compromiso de los laicos, especialmente desde el Concilio, es una de las novedades sorprendentes y una de las riquezas de la actividad misionera de la Iglesia. Movimientos laicales, grupos de familia, voluntarios, etc., constituyen hoy un instrumento providencial y en continuo crecimiento de la misión, sobre todo en las áreas de primera evangelización. La misión es el parámetro de verificación de la veracidad y autenticidad de la fe. Nos lo recordaba ya al principio de su Encíclica misionera *Evangelii Praecones*, el Papa Pío XII, cuando afirmaba: «¿Qué ofreceremos al Señor a cambio de la fe?... El espíritu misionero es, de todos modos, la respuesta primera de nuestra gratitud a Dios al comunicar a nuestros hermanos la fe que hemos recibido»¹⁷. Se anticipaba así a las afirmaciones de la *Redemptoris Missio*: «¡La fe se refuerza dándola!»¹⁸. Desde esta perspectiva es valorado y promocionado el compromiso misionero de los movimientos laicales.

Los movimientos eclesiales son en efecto ante los actuales desafíos a la evangelización, expresión de nuevos carismas, métodos educativos, modalidades y compromisos apostólicos, que dan un nuevo tono a la Misión. Su conciencia de la “novedad” que la gracia bautismal lleva la vida, su singular anhelo de profundizar en el misterio de la comunión con Cristo y con los hermanos, su sólida fidelidad al patrimonio de la fe transmitido por el flujo vivo de la tradición constituyen un presupuesto que da un renovado impulso misionero que empuja a los miembros de estos movimientos a ir hacia los que aún no creen o que han perdido la fe en la situación contemporánea de secularismo. La evangelización tiene como meta la creación nueva, que se realiza en el hombre transfigurado por el amor de Dios.

III. 2. Evangelización e inculturación

Colocándonos en el contexto de la Biblia, hay que decir que en

¹⁷ Pío XII, *Evangelii Praecones*, 2 de junio de 1951, Introducción.

¹⁸ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, n.2.

ella la comunicación de la Palabra de Vida supone que quien la comunica se implique de un modo radical en lo que anuncia. El contenido de la Palabra de Dios remite a la transformación de uno mismo, o sea, a la conversión. Remite a un estilo de vida que nace de una lectura continuada de las Escrituras que provoca un verdadero cambio de la persona: la referencia a la voluntad salvífica de Dios, a la manifestación de su amor como se narra en las Escrituras, remite a quien las lee a buscar y realizar este amor. En esta búsqueda de dar forma concreta a este amor aparece el nuevo ser, el nuevo estilo de vida impregnado simultáneamente por el Evangelio y por la cultura.

Cada vez que acontece una verdadera acogida del Evangelio, ésta se traduce en una nueva expresión contextualmente, o mejor, culturalmente conectada. Semejante proceso no puede estar determinado anticipadamente por nuestros criterios, ya que es fundamentalmente obra del Espíritu en el tejido concreto de la vida de los hombres y de las mujeres que quieren vivir de su Palabra. En la autenticidad de sus vidas se revela el potencial de humanización contenido en el Evangelio y su capacidad de impregnar todos los ámbitos de la vida de las personas.

La *Dei verbum* dice a su manera esta correlación que existe entre Evangelio y experiencia, cuando habla del crecimiento de la percepción tanto de las cosas como de las palabras transmitidas, «ya sea con la reflexión y el estilo de los creyentes, los cuales meditan en su corazón (Lc 2,19 y 51), ya sea con la profunda inteligencia que prueban con las cosas espirituales» y remite al hecho que la Iglesia misma, en el transcurso de los siglos, «tiende incesantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella lleguen a cumplimiento las palabras de Dios»¹⁹. La inculturación se convierte así en una iniciación a la experiencia de Dios, el cual mediante su Espíritu obra en los corazones de las personas.

Es lo que parece sugerir *Ecclesia in África* cuando dice «que la nueva evangelización este centrada en el encuentro con la persona viviente de Cristo»²⁰. La credibilidad de toda inculturación se apoya

¹⁹ *Dei Verbum* 8 en Giuseppe Alberigo, dir., *Les Conciles oecuméniques 2^o Les Décrets. De Trente à Vatican II*, París, Cerf, 1994, p. 1977.

²⁰ Juan Pablo II, *Ecclesia in África* 57 que cita la *propositio* 4.

por tanto en la capacidad de una comunidad de poder dejarse interrogar y cambiar por el Evangelio "sine glosa". Remite al testimonio de una experiencia vivida. ¿Cuál puede ser este testimonio sino el del amor de Dios por nosotros? Amor que encuentra una forma concreta en nuestro interés por el otro. Este acercamiento a la relación Evangelio y cultura comporta necesariamente implicaciones para nuestra comprensión de la fe y de su carácter misionero.

La correlación que existe entre Evangelio y cultura exige tomarse en serio la dimensión antropológica de la fe y de la evangelización²¹. Tomar en serio la dimensión antropológica de la fe significa dejar que el mensaje cristiano desarrolle sus potencialidades, su capacidad de proponer un mensaje capaz de sostener y orientar el camino de la humanidad hacia su plena realización.

La importancia dada al impacto antropológico de la fe y la misión se traduce en la puesta en valor de la "experiencia espiritual" no como una simple realización emocional de uno mismo, sino como un "modo de existir". «Si tu supieras el don de Dios» decía Jesús a la Samaritana (Jn 4,20). La fe cristiana se vuelve entonces esencialmente fuente de vida nueva, o sea, estructuración interna de las personas; petición de discernimiento, y fuerza para construir una sociedad donde sea posible respirar y esperar. Así entendida, la misión se define como el verdadero movimiento de "humanización" ya que revela a la persona el misterio de su existencia, personal y colectiva (GS 22).

La experiencia espiritual es aquí un camino de conversión, o sea, la acogida de la novedad introducida por Jesús en el corazón de la

²¹ De cualquier modo se podría decir que esta dimensión se pone de manifiesto en la dinámica que anima a la Iglesia desde los años 60. Se hablaba entonces de apertura al mundo y el Papa Juan XXIII se reveló entonces como figura emblemática excepcional como persona de acogida, de presencia amistosa, del diálogo y de la apertura, el Concilio mismo fue definido como "una ventana abierta al mundo". Según Pablo VI se trata de "tender un puente hacia el mundo contemporáneo". Paul VI, *Discours prononcé à l'ouverture de la deuxième session du Concile* 29 .9.1963 en Doc. Cath., 60, 1963, n° 1410, col. 1357.

vida de las personas. Pero este camino de vida y de verdad se abre solo a través de una experiencia pascual donde el mal es reconocido por lo que es, donde el pecado es nombrado, donde el amor liberado de sus inhibiciones, de sus miedos, da el máximo de sí mismo.

En este sentido ya el Papa Pablo VI invitaba a una comprensión de la inculturación como evangelización en profundidad cuando afirmaba: «Es necesario evangelizar - no de manera decorativa, a semejanza de un barniz superficial, sino de modo vital, en profundidad y hasta las raíces - la cultura y las culturas del hombre... El Evangelio y la evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas todas sin solaparse ninguna»²². La prueba de una verdadera inculturación es si los creyentes se vuelven más comprometidos con la fe cristiana ya que ésta empapa todos los ámbitos de su vida y de su cultura.

Desde esta perspectiva, los laicos tienen un papel de máxima importancia. Son llamados a transformar la sociedad, en colaboración con los pastores, infundiendo el "pensamiento de Cristo" en las mentalidades, en las costumbres, en las leyes y en las estructuras del mundo secular en el que viven (cf. LG 31; Rmi 71).

El futuro de la evangelización y de la inculturación depende en buena parte no solo de su buena formación humana, cultural, profesional y religiosa, sino sobre todo de su espiritualidad, que el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia articula entorno a los siguientes elementos: la referencia a la Palabra de Dios; la celebración litúrgica del Misterio cristiano; la oración personal; la experiencia eclesial auténtica, enriquecida por el especial servicio formativo de sabios guías espirituales; el ejercicio de las virtudes sociales y el perseverante compromiso de formación cultural y profesional²³. De su vida espiritual, o sea de la comunión íntima con Cristo, los laicos podrán, en cuanto miembros de la Iglesia, imprimir, con la vida y el anuncio, el Evangelio de Cristo en la historia del mundo.

²² Pablo VI, EN 20; cf. Juan Pablo II, Rmi 52-53; *Ecclesia in Asia* 21.

²³ *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* 546.

A VEINTE AÑOS DE LA CHRISTIFIDELES LAICI

1. ¿La Iglesia es más misionera? ¿Los laicos están más concientes de la propia vocación y misión?

Tullio Citrini
Teólogo

Rector del Pontificio Seminario Lombardo

He tratado de superar, impulsado por la presión de una larga amistad con la Acción Católica, la dificultad que me viene del hecho que desde hace un tiempo no me ocupo de estas cosas, por lo cual me resulta más difícil aún encarar esta situación. Digo "todavía más difícil", porque la dificultad más profunda es de naturaleza sustancial. En efecto, la respuesta más simple y verdadera a la pregunta que me proponen debe tomar la forma de otra pregunta: ¿Por qué me lo preguntan a mí? ¿Si no lo saben ustedes ¿cómo puedo saberlo yo?

Reordenando mis archivos he encontrado uno que documenta que he debido afrontar una situación análoga con la Acción Católica de mi diócesis hace unos veinte años. Y tanto entonces como ahora pregunto ¿por qué me lo preguntan a mí? Pero aunque no sea su profesión, a quien se ocupa de teología le gusta escrutar los signos de los tiempos e interpretarlos y profetizar y a menudo se lo invita a hacerlo. Uno que se ocupa de teología - para simplificar lo llamamos teó-

logo - puede ayudar más a elaborar las preguntas que a hipotetizar respuestas, sobre todo si las respuestas hacen referencia a hechos concretos a constatar.

El sentido de la pregunta

Busco entonces ahora interpretar la pregunta propuesta, en sí misma y con referencia a la *Christifideles Laici*. Me pregunto si de la *Christifideles Laici* podemos esperar algo más que un término de referencia cronológico: hace veinte años. El Sínodo de 1987, como es sabido, se ha trabado precisamente en temas más complejos y comprometidos para la implicación de los laicos en la misión de la Iglesia de nuestros días: tales como los de los ministerios y de los movimientos eclesiales. Sobre estos temas se avizoraron organismos ulteriores que ofrecerían reflexiones y propuestas, pero de todo esto después no se vio nada.

El Sínodo del 1987 ha dicho muchas cosas ya sabidas y ha ayudado poco a escrutar los horizontes de la misión. Análogamente la *Christifideles Laici* es una gran catequesis. Cuando salió, recuerdo haberla encontrado aburrida y carente de lanzamiento: una exhortación apostólica que no exhorta, pero hace dormir. Quizá me equivoco, pero el impulso se debe percibir, no puede ser simplemente supuesto, solo porque tiene la firma del Papa.

Quedo ahora al altísimo nivel del magisterio papal, y hago esta referencia, siendo este un forum internacional. El análisis de los niveles básicos del tejido eclesial sería interesantísimo, pero sería un trabajo sin fin. A nivel altísimo no todo es aburrido; así si se ve bien rápidamente en la encíclica *Redemptoris missio*, uno de los documentos más estimulantes del largo pontificado de Juan Pablo II. Quizá en referencia ella, como luego a las páginas introductivas al tercer milenio, sí se puede útilmente preguntar si la Iglesia ha devenido más misionera. Pienso en la *Novo millennio ineunte*, con la reproposición del imperativo ¡*Duc in altum!* Que después del inicio del tercer milenio sobre el escenario mundial se ha revelado y continúa revelándose imprevisiblemente complejo y trágico, quizá no esclarece alguna dinámica eclesial, pero quizá provoca a las iglesias a una más atenta misionariedad.

¿Pero qué sentido dar a esta «misionariedad», y en qué sentido la

Iglesia puede ser motivada a devenir más misionera? Por una parte la Iglesia es absoluta, esencialmente misionera, nace en y de la misión y en este sentido es además difícil imaginar cómo pueda serlo más. Puede ser diversa, sin embargo la atención puesta en esta dimensión, en el equilibrio general de la existencia eclesial; diverso el peso de las relaciones externas a la comunidad respecto de las internas, diverso el reflejo del amor salvador y universal de Dios derramado en nosotros por el Espíritu de Jesús.

¿Y en qué cosas podemos evaluar el estado de la sensibilidad misionera de la Iglesia hoy? ¿Con qué parámetros? ¿En referencia a qué objetivos? ¿Cuáles comunes? ¿Cuáles más típicos de los laicos? Y podríamos continuar: ¿cuáles gestos, cuáles iniciativas pastorales, de cuáles es posible razonar en términos universales, señalando la misionariedad de la Iglesia hoy? ¿En qué sentido esto interpela a la Acción Católica? ¿En qué sentido interpela al FIAC? ¿Evaluamos la sensibilidad misionera, por ejemplo, en el compromiso con la evangelización y con la iniciación cristiana de los adultos? ¿En el desarrollo según la dimensión religiosa de las comunicaciones entre los pueblos? ¿En la disponibilidad a la (re)estructuración de la comunidad cristiana y de sus ministerios?

Podremos también dar vuelta la pregunta: ¿cuando decimos que un contexto, un tiempo de la Iglesia en su historia, evaluado con la distancia que ofrece una mejor objetividad, era, fue escasamente misionera, qué cosa nos permite decirlo? ¿Qué cosa queremos decir?

Aquí es fácil responder que se trata de fenómenos de replegamiento de los intereses de la comunidad eclesial (de los fieles y de los pastores) sus objetivos de escaso alcance, su finalidad interna y de poco o ningún valor evangélico (poder, vanidad, prejuicios, autosuficiencia, poco amor...). El ánimo misionero se sostiene en vez, donde según la palabra de Jesús, se busca el reino de Dios y su justicia, seguros que lo demás nos será dado por añadidura. (Mt 6,33; cf Lc 12,31).

Desearía en todo caso dar una respuesta afirmativa al mejoramiento del sentido misionero de la iglesia en general y de los laicos en particular. Daría el fundamento de esta respuesta - en el momento que la necesaria revelación de los hechos resulte imposible - a través de algunos parámetros, sobre la base de los cuales evaluar el ánimo misionero de la comunidad cristiana. Me detendré

sobre estos tres:

- una Iglesia más simple para una misión más compleja;
- una Iglesia que para la misión cree normal participar de los sufrimientos de Cristo;
- una Iglesia en la que la identidad vocacional forma un tejido compartido sin envidias.

Una Iglesia más simple para una misionaridad más compleja

El rostro de la Iglesia diseñado por el Vaticano II es ciertamente más simple que otros a los que estábamos habituados, y que han hecho su servicio, pero que han expirado su tiempo y su actualidad. «Existen en la Iglesia diversidad de ministerios pero unidad en la misión» (*Apostolicam Actuositatem*, 2). Es difícil imaginar una formulación más simple aunque si se intenta articular y explicar se puede entrar en un laberinto.

No se puede evitar la complejidad; pero es necesario que la raíz sea una intuición simple. No debe ser ni simplificada ni simplista, esto es debe tener una simplicidad no artificial ni falsa. Y tal intuición debe continuar transparentándose sin embargo a través de la complejidad. Esta transparencia es esencial al menos en cuanto a la existencia de cualquier cosa que transparente.

¿Pero, hay una necesidad de una eclesiología más simple o de una Iglesia más simple? Evidentemente. La idea de una Iglesia más simple para una misión más compleja evoca la imagen, ya usada por el Papa Juan, de David frente a Goliat. Consigue vencer librándose de la armadura muy pesada que lo estorba.

El desafío no es sólo el de mantener la pureza de corazón, que ya es difícil de custodiar cada uno en lo pequeño. Con más razón la complejidad de las estructuras, de los proyectos, de los problemas no permiten ver fácilmente las grandes líneas que llevan al misterio del reino. En este nivel cada cosa requiere tanto dinero, se entrelaza con problemas de interacciones y de justicia muy complejas. Buscar el reino de Dios y su justicia resulta muy difícil. Bajo un derecho com-

plicado, la eclesiología y la espiritualidad misionera deben y pueden permanecer evangélicamente lineales.

Esto en gran parte es realidad, pero también gran desafío para la Iglesia toda, especialmente para el laicado. Digo esto porque hablo en este lugar, para el clero, para las estructuras religiosas no lo es menos. En la historia, los grandes momentos de relanzamiento de la misión han estado signados al menos por personas o grupos que han asumido un estilo de vida simple, y que por esto han podido asumir los desafíos del momento. Pienso en los orígenes de la orden Dominicana, de la Compañía de Jesús, etc. - justamente para no descender directamente a la Iglesia apostólica y a San Pablo, para que no se imaginen que aquellos eran extraordinarios. Lo mismo vale para los laicos. Podemos decir sin más que la pobreza evangélica es la fuerza de la misión; y diremos la verdad.

Muchos de los grandes iniciadores de la Acción Católica en la época contemporánea en realidad provenía de familias pudientes: la buena posición económica de base les permitía dedicar mucho tiempo al apostolado, no pudiendo contar con un sistema de ayuda económica como el clero. Estas historias ameritan un estudio y una meditación larga, aunque aquí están fuera del tema.

Me quedaré aquí en este primer punto y diré sintéticamente así: más recientemente la iglesia ha crecido en la misión, entre otras cosas, en la medida en que no va a buscar complicaciones inútiles, sino que simplemente ha aceptado aquellas que encontraba en la lógica de la misión, la lógica de compartir el sufrimiento de los pobres. Donde se ha hecho diversamente el impulso misionero se ha estancado.

Una Iglesia que cree normal sufrir con Cristo

La calidad de la tensión misionera crece también por una interacción entre la mayor conciencia eclesial que la eclesiología del Concilio produjo - más radicada en el Evangelio, más libre de triunfalismos que el Concilio denunció - y la situación difícil con que la Iglesia se ha tenido que medir en muchos países del mundo en particular con los de la antigua cristiandad.

En verdad las dificultades son recurrentes, pero la oscilación entre los momentos buenos y aquellos más difíciles tienen fases y tiempos diversos en diversos lugares y países. El Siglo XX ha sido un gran siglo de mártires, pero antes nunca han faltado. El pensamiento corre a Francia, a España, a México. Corre a los países del oriente donde grandes grupos han sido recientemente introducidos en el calendario litúrgico: Japón, Corea, Vietnam. Pienso en Rusia y en los países de Europa del este, donde se reanudó la libertad religiosa hace unos veinte años, la no menos insidiosa cultura secularizada de América y de todo el occidente, con gran sufrimiento interior de Juan Pablo II, cuyos llamamientos estrictamente pastorales son ahora llevados por las palabras de Benedicto XVI en su visita a Polonia. Mientras tanto los epicentros del martirio se han trasladado, sin abandonar la experiencia eclesial. Sobre ella pesa en «Ay de Ti» de Jesús como pregunta para los tiempos demasiados tranquilos: los padres «así trataban a los falsos profetas» (Lc 6,26).

La conexión entre martirio y misión en la actual conciencia eclesial es alta. En verdad no basta el sufrimiento, sólo a través de un fuerte sentido de fe, la conexión se activa. Dos delincuentes fueron crucificados con Jesús. Hay diferencia entre ambos, según Lc 23,41 la sentencia pronunciada por uno de ellos, es más objetiva que la de Pilatos que justamente lo había condenado. Nosotros merecemos esta pena, dice el ladrón a su colega, pero él no ha hecho ningún mal. Retoma esta diferencia la *Primera Carta de Pedro*: «Más vale padecer por obrar el bien, si esa es la voluntad de Dios, que por obrar el mal» (1P 3,17). «Que ninguno de vosotros tenga que sufrir ni por criminal, ni por malhechor ni por entrometido. Pero si es por cristiano, que no se avergüence, que glorifique a Dios por llevar ese nombre» (1P 4,15-16).

El triunfalismo exigió un retorno satisfactorio de honor y de amor a la Iglesia de parte de quien la Iglesia se empeñaba más en amar. Pero la misión exige un testimonio que refleje lo mejor posible el estilo respetuoso y apasionado del amor de Dios, casi inimaginable humanamente, y en el que el demonio de la mentira busca de difundir la sombra de la sospecha como en la tentación original. El amor de Dios, *ágape* y *eros* al mismo tiempo, según la estupenda encíclica de Benedicto XVI, no se cansa de perseguir pero sin forzar la respuesta: así se expresa en la vida y en la muerte de Jesucristo, así se refleja en la gratitud de los mártires, en su dulzura y su fortaleza, don del Espíritu

hanto, con quien resisten a la violencia de quienes los golpean y se distancian en modo absoluto de ella.

Una Iglesia sin envidias

Finalmente, como ya en el tiempo de los apóstoles, más que en otros tiempos, la disponibilidad misionera de la Iglesia me parece que se juega sobre la libertad del espíritu de celos y de confrontación. La página de *1Co* sobre la lucha por la pertenencia (yo soy de Pablo, de Apolo, de Cefas) me parece más actual que nunca. La envidia no sólo contrasta con la caridad evangélica sino que va replegando la atención de la Iglesia sobre sí misma y sobre los aspectos menos verdaderos y más contingentes, a menudo mezquinos, de su existencia. Tengo la impresión que a menudo las dinámicas y las contraposiciones internas de la Iglesia pueden inhibir la misión no menos de cuanto lo hacen las dificultades históricas concretas de la misión misma.

Naturalmente la viva multiplicidad de modos de entender la misión provoca en la Iglesia una dialéctica interna, que es de buen signo si nace del deseo de encontrar mejor las raíces comunes y de aprender a través de el testimonio de cada persona y grupo una mejor percepción de lo que el Espíritu dice hoy a la Iglesia. Si se puede aprender los unos de los otros está muy bien hacerlo. En vez, si la confrontación no se realiza teniendo alta la mirada en el Señor - «glorificando a Dios», dicen los *Hechos de los Apóstoles* - se cierran las mejores fuerzas y las mejores estructuras de la Iglesia. La Acción Católica, en mi opinión, corre riesgo si se introduce en esta tentación.

Quiero concluir releendo con ustedes aquello que, en mi opinión, es uno de los más intensos testimonios del sentido cristiano de la misión y de la vocación que la historia cristiana haya transmitido. Sobre estas palabras, las últimas escritas de su puño por Teresa de Lisieux tres semanas antes de su muerte, podemos medir bien, me parece, la disponibilidad de cada uno y de todos a vivir y amar la propia tarea en la Iglesia en comunión con todos los otros. Escribe así: *¡Oh María si yo fuera la reina del Cielo y tú fueras Teresa, querría ser Teresa, con el fin de que tu fueras la Reina del Cielol... Aunque no esto fuera todo, estas dos líneas le valdrían el título de patrona de las misiones.*

Retomemos el sentido de estas palabras. Teresa era aquella que hubiera querido para sí todas las vocaciones que el Espíritu suscitare y se guiaba por la *Carta a los Corintios* que sobre todos los carismas pone

la vía superlativa del amor.

Este famoso texto no fue escrito siendo adolescente como si estuviera buscando su propio camino: Teresa lo escribe el año anterior a su muerte, en plena madurez espiritual. Teresa no eligió el Carmelo casi confundiendo *tout court* la vocación contemplativa con la vía superlativa del amor; pero al interior de una vocación carmelitana más que consolidada encontró en la vía de la caridad el modo de vivir la propia identidad no como una entre tantas, sino como realización del todo en el fragmento. Porque el amor, nos recuerda, anima los misioneros y sostiene los mártires.

Para cada uno la propia vocación es el modo real, concreto de «ser el amor» en la Iglesia; porque para esta carmelitana lo era y sólo identificándose como vía del amor podía expresar su última verdad.

Había sentido en sí todas las vocaciones, en el amor las había reencontrado a todas. En el punto de llegada de su breve e intensa vida, la encontramos frente a María que es icono pleno de amor en la Iglesia y frente a la Iglesia, tanto que nosotros hablamos de dimensión mariana para decir la vida cristiana y eclesial de fe, esperanza y caridad. Sin renegar de querer ser en la Iglesia «el amor», Teresa en un razonamiento paradójico precisa la tensión hacia su identidad escribiendo: «querría ser Teresa», feliz de que María sea «la reina del Cielo». Ciertamente María no es la Reina del Cielo porque Teresa se lo concede, sino en la lógica paradójica de esta su breve invocación. Pero Teresa ama que María lo sea y está feliz.

Nosotros no estamos llamados a ser Teresa, pero sí, cada uno sí mismo. La identidad de los otros depende poco de nosotros y a veces nada, pero una solidaridad feliz puede producir en la Iglesia un inmenso coro de agradecimientos. Y en todo lo que dependa de nosotros abrir a los otros la vía para que sean ellos mismos, estamos llamados a hacer nuestra con toda el alma, esta lógica. Estar agradecidos de ser uno mismo, y que (o porque o de manera que) los otros sean sí mismos en el Señor, es la suprema condición de la misión, sobre la cual evaluar-se. Dinámicamente, corresponsablemente, no replegándose perezosamente sobre sí.

Por amor. En la paz.

2. La Acción Católica ¿cómo vive la propia identidad?

Emilio Inzaurraga
AC Argentina
Secretariado FIAC

En el dinamismo de la "promoción del laicado", a la luz de la renovada "eclesiología de comunión", recomendando vivamente el "apostolado asociado de los fieles" y las "formas organizadas del apostolado seglar" en cuanto respuesta adecuada "a las exigencias humanas y cristianas de los fieles" y al mismo tiempo, signo de comunión y de unidad de la Iglesia en Cristo" (cf. AA 18), el Concilio Vaticano II destacó la importancia de la Acción Católica y precisó sus notas características (cf. AA 20,21), destacando también la *necesaria simultaneidad* de estas cuatro notas:

- el fin apostólico de la Iglesia
- responsabilidad propia de los laicos en la dirección
- organicidad de comunión
- bajo la dirección superior de la propia Jerarquía: directa colaboración con los pastores.

Luego el Concilio la *recomienda* encarecidamente, *invita a sacerdotes y laicos* a que trabajen en ella, *cumplan* las notas enunciadas y *cooperen* fraternalmente con otras formas de apostolado asociado.

El Concilio explicitaba nuestro carisma y planteaba todo un programa de trabajo para desarrollar en las Iglesias locales (diócesis y parroquias).

En la exhortación apostólica *Christifideles Laici*, Juan Pablo II, a fines de 1988, reflexionando sobre la vocación y misión de los laicos resalta la dignidad de los fieles laicos en la Iglesia-Misterio, su participación en la Iglesia-Comunión caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y la complementariedad y presenta los criterios de eclesialidad de las asociaciones laicales.

Dentro de este desarrollo advierte el Papa, redefiniendo a la AC, que «Entre las diversas formas apostólicas de los laicos que tienen una particular relación con la Jerarquía, los Padres sinodales han recordado explícitamente diversos movimientos y asociaciones de Acción Católica, en los cuales "los laicos se asocian libremente de modo orgánico y estable, bajo el impulso del Espíritu Santo, en comunión con el Obispo y con los sacerdotes, para poder servir, con fidelidad y laboriosidad, según el modo que es propio a su vocación y con un método particular, al incremento de toda la comunidad cristiana, a los proyectos pastorales y a la animación evangélica de todos los ámbitos de la vida"» (CFL 31).

Para desarrollar luego la corresponsabilidad de los fieles laicos en la Iglesia- Misión:

<p>IDENTIDAD</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Laicos, santidad de índole secular, corresponsables de la vida y la misión de la Iglesia, desde una vocación particular.
<p>CARISMA</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Misionariedad: existe para Evangelizar. Mismo fin apostólico que la Iglesia. • Organicidad: la organización al servicio de la misión. • Diocesaneidad: es decir la encarnación en la Iglesia local. • Laicidad: dirigida por laicos.
<p>MINISTERIO Un carisma en estado de servicio, al servicio de toda la comunidad.</p>	<p><i>Plantatio Ecclesiae</i> Para servir</p> <ul style="list-style-type: none"> • al incremento de toda la comunidad cristiana, • a los proyectos pastorales, • a la animación evangélica de todos los ámbitos de la vida.

Colaboración - Participación - Corresponsabilidad

Pero la pregunta es: la Acción Católica ¿cómo vive la propia identidad?

Quisiera entonces que reflexionemos juntos sobre la vida de la AC real, la que palpita en cada una de las diócesis y las parroquias, la que intenta cada día, ser fiel a su identidad, a su carisma, a su ministerio.

¿Cómo lo vive? ¿Cómo lo vivimos?

1. Ofreciendo caminos de discernimiento maduro de la propia vocación

Cada una de las Asociaciones de AC, propone a sus miembros asumir la propia vocación e ir descubriendo en ello la voluntad de Dios. Como toda vocación, frente a la propuesta requiere de una decisión libre y personal.

Sinceramente creo que hay muchos más que podrían dar una respuesta positiva a esta invitación del Espíritu. No creo que la propuesta de la AC sea para pocos, todo lo contrario.

- El desafío hacia el futuro es brindar un ambiente favorable al discernimiento de esta vocación, asumir el compromiso que genera y testimoniarla alegremente.

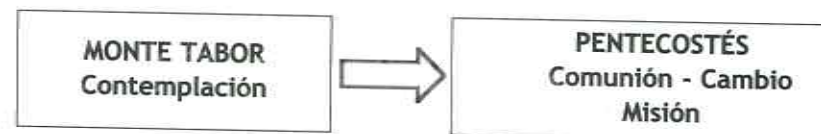
La invitación de Dios es una propuesta permanente:



No existe un compromiso puramente teórico, abstracto e intelectual. Las promesas uno las hace con la totalidad de lo que es, no solo con el pensamiento.

La reflexión que nos propone el Papa en la *Christifideles Laici* es sobre el pasaje evangélico "A nadie le es lícito permanecer ocioso". Porque están aquí parados. Es que nadie los ha contratado.

"Id también vosotros a mi viña" (Mt 20,6-7).



2. Escuela de santidad

Los que estamos acá sabemos que esto no es un slogan, no es una frase hecha, es una realidad. Tenemos tantos amigos en el cielo. La AC enseña a vivir la santidad en las coordenadas de la vida diaria, sin gestos extraordinarios, sino más bien proponiendo la ordinariedad de la vida misma "haciendo bien, muy bien las pequeñas cosas de todos los días".

Nuestra tarea consiste en vivir y testimoniar a Cristo en medio de las alegrías y sufrimientos de cada día, en medio de esperanzas y desilusiones, en medio de aciertos y de fracasos. Ahí el laico de AC es signo de fe, de caridad activa y de esperanza cierta y durable.

Si "por los frutos los conoceréis", ¡que orgullo, que compromiso! Y no me refiero solamente a los que ya integran las páginas preciosas de nuestro libro que presentaremos próximamente con todo el elenco de venerables, siervos de dios, beatos y santos o a aquellos que por sus virtudes demostradas, la Iglesia los pone como testimonio, como ejemplo.

Me refiero también a tantos otros que a diario en las comunidades parroquiales y diocesanas, en sus ambientes cotidianos viven a pleno el Evangelio. Podría decir que tuve la gracia de conocer, en este tiempo, a muchos Albertos, Piere Giorgios, a muchas Gianas, a muchos... Seguramente ustedes, recorriendo su historia personal encontrarán a

muchos que con íntima convicción “pondrían” en los altares.

El desafío es seguir proponiendo la santidad de lo cotidiano.

Es posible ser santos.

Es posible hoy ser santos.

3. La pertenencia a una comunidad

Nuestro ser laico, insertos en la Iglesia local, en comunión con nuestros Obispos, convierte a nuestra parroquia en nuestra “casa” y “escuela”, allí la comunidad del grupo alimenta nuestro camino ordinario, y también allí “la comunidad dispersa” encuentra un signo, una fuente de agua Viva, donde “encontrarse” y dejarse “encontrar”.

No solo los que nos vemos cada semana. Nos asociamos a otros, en una “aventura comunitaria”. Me es difícil imaginar la AC sin recordar a cada uno de los amigos con quienes compartimos la fe y la misión. En los distintos niveles, parroquial, diocesano, nacional, internacional, en los distintos ambientes. Ellos han sido ejemplo para mí de que es posible encarnar esta idea.

La AC es una realidad asociativa en la que pudimos crecer, revisar nuestra vida apostólica, sentirnos Iglesia y sentir con la Iglesia y relanzarnos renovados al trabajo de cada día en clave evangélica.

Les propongo que hagan memoria, hagan el ejercicio de recordar a sus amigos en la AC, a sus dirigentes, a sus asesores, a los que han tenido que ver para que hoy estén acá, a los que los han ayudado en el camino.

Comunión con los Pastores y Sacerdotes

Agradecer...

70 *Reconocer...*

Creo que si se hiciera un trabajo que recopile, desde el posconcilio hasta hoy, las múltiples iniciativas, instituciones, movimientos y organizaciones que tuvieron como “fundadores” a quienes habían sido miembros activos de la Acción Católica nos asombraríamos.

Alentar...

Por cada laico que asuma un activo compromiso en las instituciones que integran nuestra sociedad, probablemente habrá un laico menos merodeando nuestras sacristías. ¡Cuántas veces nos hemos encontrado que frente a esto la reacción ha sido la del lamento, cuando no la de la queja!

Acompañar...

Ser capaces de estar pastoralmente presentes en aquel compromiso de los laicos, desde la propia función ministerial, supondrá abrirse a otras lógicas que no son, muchas veces, las de la vida intra eclesial, lo que demanda eso que tanto le reclaman a los laicos: formación. Es decir pensamiento.

4. Formación

Ofreciendo recorrer un itinerario de formación integral que abarca desde la infancia hasta la vejez en forma permanente, en todas las situaciones formales y no formales.

Me imagino nuestros grupos maduros (de cualquier edad), en las parroquias y en los ambientes como en un aeropuerto. Un aeropuerto en donde es necesario que lleguen los aviones, pero también es necesario que partan. Al llegar podremos compartir la alegría del encuentro, pero también limpiarnos de la miseria del viaje, tendremos que cargar combustible, tendremos que redireccionar la ruta, compartir experiencias, soñar y planificar proyectos, actualizarnos, recordar los fundamentos, pero lo importante también será volver a partir.

No es rentable un avión que se queda en el aeropuerto. En el aeropuerto el avión está solo lo necesario. A veces hacemos tanto hincapié en cuidar los aviones que se olvidan de volar.

71

Esta formación integral no solo es ir acercándose a la Palabra de Dios y a la Doctrina del Magisterio de la Iglesia, especialmente a la Doctrina Social sino que este encuentro transforma nuestra manera de vivir.

Una fé sólida, una caridad pastoral intensa, que genere una mística, un entusiasmo incontenible en la tarea de anunciar el evangelio.

Por eso nuestra formación es misionera. Hoy como siempre necesitamos dar razón de nuestra esperanza, de nuestros valores para proponerlos con inteligencia, rescatando las semillas de verdad que hay en cada persona.

5. Organicidad

Siempre hemos dicho que la AC está orgánicamente constituida. La organicidad, necesita de la organización como método de que cada cosa tiene un lugar, cada miembro un rol, hay procesos establecidos, hay mecanismos de coordinación, hay reglas, normas. De hecho cada una de nuestras Asociaciones tiene un estatuto, un reglamento.

También refleja la vida de la Iglesia y nos ayuda a sentir con ella. Los niveles parroquiales, diocesanos, nacionales e internacional, la organización en los ambientes, la organización por realidades de vida.

Esto es distinto a crear superestructuras, a quitar la riqueza de la vida asociativa por quedarnos atrapados en las normas y los procesos.

La organización nunca debe ser una limitación, sino siempre una posibilidad. Creo que la organicidad expresa la comunión y debe estar al servicio de la misión. Por eso es una de las riquezas que tenemos en el FIAC es la variedad de formas que va adoptando en los distintos países la encarnación de la AC.

Esta vida orgánica como la sangre que fluye por las venas y fluye a los capilares, necesita mi "mejor versión", dar lo mejor de mí, ponerme en común.

El rol que me toca, no solo tiene que ver con mis intereses, sino que también tiene que ver con lo que Dios quiere de mí y con las decisiones comunitarias. Hay aspectos de esta vida orgánica que me pueden resultar más simpáticos que otros.

Trabajar orgánicamente no significa que uno esté en todo, sino que es fiel al rol que la comunidad le ha confiado y que ha aceptado libremente y en primer lugar, hace bien lo que le toca hacer, para el proyecto común. ¡Que buenos sería, que cada uno de nosotros hiciéramos bien lo que nos toca hacer!

6. Propuesta evangelizadora en tres dimensiones

Decía Juan Pablo II "El campo de vuestra actividad apostólica se ensancha hasta perderse de vista, es vasto como la misión misma de la Iglesia".

En estas tres dimensiones.

Sirviendo:

- al incremento de toda la comunidad cristiana,
- a los proyectos pastorales
- a la animación evangélica de todos los ámbitos de la vida (CFL 31).

La experiencia de vivir la alegría del Evangelio de manera concreta y diaria.

De contemplar a Jesús en los acontecimiento de la familia, la profesión, la sociedad. En el rostro del hermano que sufre y también en el que es feliz.

De "construir la comunión" hacia adentro pero también "hacia fuera", invitando a poner en común los valores humanos trascendentes, que son los valores del Evangelio de Cristo e imbuir de estos valores, las decisiones, las estructuras.

Tenemos mucho para aportar, para proponer y es necesario.

Los laicos de AC no estamos de misión, o hacemos misión, los laicos de AC somos "misioneros" porque somos discípulos de Jesús con

Quien nos hemos encontrado en el camino. Quien nos ha “seducido” y transformado nuestras vidas de modo tal “que no podemos permanecer ociosos o indiferentes” (CFL 42), porque nos urge comunicar en el trabajo, en nuestras relaciones personales, en la escuela o la universidad, en la fabrica, en la vida civil, cultural, política y económica de nuestros pueblos que Dios es amor y que en él la vida tiene sentido.

Los laicos de AC debemos vivir el Pentecostés permanente que nos abre a los demás, que despeja los temores y pone en marcha toda la fortaleza de la fe, para hablar el idioma de las gentes y desde ellos comunicar la Verdad de Cristo.

Deberíamos ser especialistas, reparadores de la fractura entre la Fé y la Vida. Quizás muchos de nuestros compañeros de trabajo, de nuestros amigos la oportunidad más concreta que tengan de leer el Evangelio sea con nuestro propio testimonio de vida.

De todo lo que hay para hacer, de los grandes problemas que vimos ayer cuales van a formar parte de nuestro objetivos. Frente a todo esto, con nuestras capacidades, con nuestros recursos ¿qué vamos a hacer? ¿que vamos a modificar positivamente?

7. Formando dirigentes

Un proyecto no se impulsa, no se implementa sin dirigentes que lo animen que lo hagan creíble:

Para la AC, como para la Iglesia la **Autoridad = Servicio**. Así entendemos la **autoridad** en la AC, como un **servicio**.



Si estamos aquí, no es sobre nadie, no es como en un puesto de privilegio, no es un punto de llegada, sino como un rol de servicio.

Servicio:

- a la misión que anima a la Institución y
- a nuestra gente.

Somos dirigentes, si estamos aquí es porque tenemos responsabilidades directivas en nuestras asociaciones.

Eso no significa un “cuadro de honor” aunque seguramente ustedes habrán hecho méritos suficientes para merecer cada cargo, pero ese cuadro es un lugar de servicio. Creo que nuestro rol de *servicio dirigencial* debería realizarse con espíritu militante.

O sea la dirigencia supone la militancia en sus antecedentes (no es posible conducir lo que no se conoce) y también en su quehacer cotidiano (o sea en el ejemplo que se espera de nosotros) y también en el futuro. No hemos “alcanzado” este rol para siempre.

Hablo de una actitud militante en nuestro rol dirigencial que me hace trabajar “en lo alto de la conducción” pero con los pies en la tierra o sea en las diócesis, en las parroquias. Donde principalmente se juega el partido. Nuestra gente también es nuestra tierra de misión. Y esto no es posible dirigirlo a distancia. Los aparatos se conducen a control remoto, la gente no.

Esto no tiene que ver con la distancia de nuestra casa a este lugar o a la sede de cada una de sus asociaciones, a cuanto vivimos de ACA: 30 km. 200, 1800, 10000. Tiene que ver a cuanto nos acercamos a la realidad que nos toca conducir, como acompañamos la vida de nuestras comunidades, aprovechando todos los medios disponibles.

Hoy la tecnología nos da oportunidades que no tenían los que hicieron grande esta institución, a los que comenzaron hace 140 años.

Como dirigente, podemos explicar lo que entendemos, pero solo podemos enseñar lo que somos. Lo que hagamos hablará, con mucha más fuerza, por sí mismo que lo que digamos.

EL ejemplo, el ejemplo, el ejemplo...

El ejemplo del dirigente debe ser, no solo el ejemplo de lo que somos, sino también el ejemplo de estar en camino hacia lo que deberíamos ser. Haber encarnado, los valores, los objetivos, las propuestas de la institución.

Darse cuenta, es posible, vale la pena.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

LECTURAS: *Hch* 16,11-15; *Jn* 15,26-18,1-4

HOMILÍA

SOBRE LOS PASOS DE AQUILA Y PRISCILLA...

S.E. Mons. Francesco Lambiasi
Obispo de Rimini
anteriormente Asesor Eclesiástico FIAC

Quisiera hacer una reflexión con vosotros sobre algunas figuras de laicos, preciosos colaboradores en la tarea de evangelización y recorrer en particular el camino de dos de ellos - Aquila y Priscilla - para tomar de su perfil apostólico los aspectos más actuales de nuestro gran ideal y de nuestra más verdadera e íntima identidad.

Esta pareja es particularmente apreciada por nosotros integrantes de la Acción Católica: ha sido frecuentemente mencionada como una suerte de "progenitores" nuestros cuando, después del Vaticano II, el magisterio pastoral de la Iglesia ha querido extraer nuestro rasgo más característico, aquel de una ligazón directa y orgánica con los pastores en vista de la evangelización: "los laicos pueden también ser llamados de distintos modos a una colaboración más inmediata con el apostolado de la jerarquía, a la manera de aquellos hombres y mujeres que ayudaban al apóstol Pablo en el anuncio del Evangelio y hacían mucho por el Señor" (*Lumen Gentium* 31).

Sobre los pasos de Aquila y Priscilla nosotros recogemos sintéticamente una historia, una palabra, una diaconía.

1. Una historia

Aquila es un judío, originario de la provincia romana del Ponto. Prisca o Priscilla, un diminutivo, es también ella probablemente una judía, con un nombre latino, según una costumbre difundida en ese tiempo.

Según los *Hechos*, la pareja llegó a Corinto, luego de la expulsión de los hebreos de Roma, por orden del emperador Claudio, alrededor del año 49. Si, como parece, el edicto de Claudio culpaba solo a los jefes y a los activistas, se puede concluir que la pareja era señalada en la capital del imperio por su fervor misionero.

Aquila y Priscilla eran "fabricantes de cortinas" y deberían tener buenos recursos económicos, dado que en Éfeso su casa era una domus eclesial: en ella se reunía una comunidad cristiana (1Co 16,19; Rm 16,4). Tenían una fábrica de cortinas, donde trabajó durante su estada en Corinto, también el apóstol, su huésped (Hch 18,3). En aquel período, ellos colaboraron con Pablo durante un año y medio (Hch 18,11-18). Y posteriormente durante el tercer viaje de Pablo, por otros dos años y tres meses (Hch 19,8) se encontraron en Éfeso, donde fue escrita la *Primera Carta a los Corintos*.

Durante otros años, entre el segundo y el tercer viaje del apóstol, los dos cónyuges continuaron sin él, la evangelización de Éfeso. Uno de los resultados más felices de su labor fue la transformación de Apolo en apóstol completamente instruido en el "camino de Dios" (Hch 18,24-28).

2. Una palabra

La denominación que Pablo da a Prisca y a su marido es la de "colaboradores". En el uso profano y religioso del mundo griego la palabra *sunergos* indica a cualquiera (un dios o un hombre) que presta una ayuda o una cooperación a otro, o colabora en vista a un determinado fin con otros.

En lo que respecta al Nuevo Testamento, el término se repite trece veces y siempre se refiere a personas: 12 veces en Pablo (1Ts 3,2; 1Co 3,9; Flp 2,25; Flm 1,24; 2Co 1,24; 8,23; Rm 16,3.9.21; Col 4,11) y una vez en 3 Jn 8. Se trata por tanto, de un término típicamente paulino que el apóstol usa exclusivamente en referencia a

su acción misionera y en un sentido diferente a aquél que la palabra tenía anteriormente a él. Por lo tanto, él lo utiliza con el significado de un apelativo para indicar a las personas comprometidas con él en la labor misionera, como verdaderos "co-laboradores".

3. Una diaconía

Aquila y Priscilla se caracterizaban como una pareja al servicio de la acogida y al servicio de la palabra de Dios.

3.1 Al servicio de la acogida

Aquila y Priscilla reciben a Pablo en Corinto y le procuran trabajo (Hch 28,2ss). El apóstol se encuentra en una situación difícil: después del fracaso en Atenas, ha llegado a Corinto, deprimido y bien pronto tendrá que ponerse a litigar con la poderosa colonia judía del lugar (Hch 18, 6-7; 1Ts 2,14-16). La amistad de la pareja judeo-cristiana fue el primer servicio que Pablo ha recibido de Aquila y Priscilla, un servicio del cual estará siempre agradecido.

Otro servicio que Aquila y su esposa prestaron a la evangelización fue la hospitalidad a la comunidad cristiana. Esto confirma la situación de holgura económica de la pareja; debían poseer una casa lo bastante grande como para poder realizar en ella las reuniones de grupos, de 30 a 50 personas y que se reunían en la casa para compartir la fe, rezar, celebrar la Eucaristía y compartir el ágape fraterno (1Co 11,20-34).

En la parte final de la *Primera carta a los Corintos*, Pablo pondera a Stefana y a su familia, por el servicio a la paz y a la unidad. También Aquila y Priscilla deben haber brindado un servicio de este tipo. Ellos podían hacerlo: como judíos de la diáspora, estaban abiertos tanto al mundo judío como al mundo greco-romano. Pablo pondera especialmente la gratitud de las Iglesias de los Gentiles en las confrontaciones de nuestra pareja (Rm 16,4). Esto supone un esfuerzo constante para superar todas las consideraciones étnicas, religiosas y sociales, para construir la comunión, la *koinonía*.

3.2 Al servicio de la Palabra

Ha de recordarse que en el Nuevo Testamento no son solo los apóstoles los responsables de asegurar el servicio de la Palabra (Hch 2,4). También Stefano y Filippo anuncian la *buena nueva* (Hch 6.10ss; 8,5-10). Pero todos los colaboradores de Pablo están al servicio del anuncio de la Palabra. También Aquila y Priscilla, en cuanto *sunergoi* de Pablo, colaboran con él, en el nacimiento de la comunidad de Corinto y de Efeso. En particular ejercitando este ministerio en los enfrentamientos con Apolo, después de su llegada a Éfeso. Judío de Alejandría, probablemente discípulo de la escuela filoniana, gran orador, Apolo era ya cristiano, pero su doctrina estaba muy vinculada a los ambientes de la secta de los "bautistas" del cristianismo primitivo. La pareja, bien pronto se dio cuenta de los vacíos de las enseñanzas de Apolo y se hace cargo de "presentarle más exactamente todavía el camino de Dios" (Hch 18,26), ofreciendo así a Pablo a uno de sus más brillantes colaboradores. ¿Es exagerado afirmar que esta pareja, de la cual nunca se menciona a sus hijos, ha generado para la Iglesia, un verdadero apóstol?

Conclusión

En estos colaboradores de Pablo encontramos algunos párrafos que definen bien a los laicos de Acción Católica: anunciar a Jesucristo, fatigarse con el apóstol, jugarse la vida por salvar la de los otros, acoger a la comunidad cristiana en su propia casa. En síntesis, podremos decir que el ideal apostólico de la Acción Católica es anunciar el evangelio como laicos - en comunión con los pastores - para la salvación del mundo.

Roguemos al Espíritu Santo, el protagonista invisible y siempre presente de la evangelización, en comunión con María y con Juan Pablo II, inquieto evangelizador del viejo y nuevo milenio; roguemos para que el Señor no deje faltar en su Iglesia laicos cristianos apasionados que anuncien con palabras simples de vida - como Aquila y Priscilla - el único Nombre bajo el cielo, del cual recibimos la salvación, el Nombre de Jesucristo, Señor nuestro, "Porque no existe bajo el cielo otro Nombre dado a los hombres, por el cual podamos alcanzar la salvación" (cf. Hch 4,12).

80 "No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: '¡Yo estoy con vosotros!'" (NMI 29).

Roma, 29 de abril 2008

ACCIÓN CATÓLICA
"EN ACCIÓN"

ORACIÓN DE LA MAÑANA

Hechos 22-24

COMENTARIO

TESTIGOS DEL RESUSCITADO HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA

S.E. Mons. Atilano Rodríguez Martínez

Obispo de Ciudad Rodrigo

Asesor AC España

La lectura del libro de los *Hechos de los Apóstoles*, que acabamos de proclamar, pertenece al discurso que Pablo dirige a los judíos en la sinagoga de Antioquía de Pisidia. El centro de este discurso está en el hecho de que Dios ha cumplido su promesa resucitando a Jesús de entre los muertos.

A pesar de que los habitantes de Jerusalén y sus autoridades no entendieron las palabras de la Escritura, Pablo quiere dejar claro que con la resurrección de Jesucristo comienza un tiempo nuevo. Las apariciones del Señor a quienes lo habían acompañado de Galilea a Jerusalén ratifican la nueva presencia del Resucitado en medio de los suyos, manifiestan que Dios no abandona nunca a sus hijos y son una invitación a dar testimonio porque se han cumplido las promesas de Dios.

La exhortación que Pablo hace a sus oyentes para que entiendan y acepten las enseñanzas divinas es una invitación también para cada uno de nosotros. Si hemos participado de la muerte y resurrección de Jesucristo en virtud del sacramento del bautismo, debemos considerarnos muertos al pecado y vivos para Dios. Debemos vivir como hombres y mujeres nuevos, renovados por la gracia divina. Los que nos hemos encontrado con el Señor resucitado y participamos de

su vida, debemos permanecer en actitud de permanente conversión, desterrando de nosotros el pecado, viviendo la Alianza y experimentando constantemente en nuestros corazones la alegría y la paz de Dios.

Pero no podemos contentarnos con vivir la fe en el Resucitado de forma individual, pensando únicamente en nosotros o en los de nuestro grupo. El Señor nos llama y envía, como a Pablo, para ser testigos de su resurrección hasta los confines de la tierra. Este es el gran reto de la Iglesia y de la Acción Católica: dar testimonio de la resurrección de Jesucristo a los de dentro y a los de fuera, a los judíos y a los gentiles, a los justos y a los pecadores. Debemos asumir con gozo este reto porque todos los seres humanos tienen derecho a experimentar la paternidad de Dios y a descubrir su amor incondicional. Aunque no lo manifiesten expresamente, todos los hombres esperan encontrar respuestas definitivas y convincentes, que den plenitud de sentido a sus interrogantes más profundos y todos necesitan razones para creer y esperar.

En ocasiones, muchos rechazarán nuestro discurso y nuestro testimonio sobre la resurrección de Jesucristo. Han fabricado ídolos a su medida o viven como si Dios realmente no existiese. Esto debe preocuparnos, pero no debe angustiarnos ni quitarnos la paz, pues ya le sucedió a Pablo cuando predicaba a los judíos. Es más, le sucedió al mismo Jesús cuando anunciaba a la muchedumbre que le seguía la necesidad de alimentarse del pan de vida. Muchos, como nos dice el evangelio, le dejaron porque aquel lenguaje era duro.

Los cristianos debemos sembrar siempre con esperanza y paciencia, sabiendo que el Señor hará que la semilla dé fruto abundante cuando Él quiera y como Él quiera.

Con el salmista, confesemos a Dios como nuestro protector y pidámosle que envíe sobre nosotros su luz y su verdad para que ellas nos guíen y nos conduzcan hasta el monte santo, hasta su morada. Él siempre está dispuesto a curar nuestras enfermedades y cansancios, y nos hace revivir cuando nos faltan las fuerzas.

PONENCIA

LOS LAICOS DE AC EN EL MUNDO POR UNA CULTURA DE AMOR

Lourdes Azorín
ex Secretaria general AC España
Secretariado FIAC

Introducción

Objetivos de las jornadas: reflexión y toma de conciencia de la tarea que los militantes de AC, laicos cristianos están llamados a desarrollar en el extenso y variado campo de la vida pública, en la sociedad y en las circunstancias actuales.

Tema que centra las jornadas: la propuesta cristiana en la sociedad de hoy, la presencia de Dios en la vida pública. En esta ocasión, se trata de reconocer la influencia que tiene en el orden público la presencia de Dios.

La propuesta de la fe: Jesucristo, camino, verdad y vida. La fe es vía para la experiencia del encuentro con una persona, con Jesucristo el viviente, ayer, hoy y siempre. La fe es la fuente de la vida nueva. La fe no es una ideología, es una virtud teologal, es una fuerza, una dinámica cuya iniciativa es de Dios. La fe también es adscribirse a un contenido a una objetivación, formulación unánime y común: Creo en Dios Padre... Fuera de eso hay libertad de opinión y de conciencia, supuesto el necesario y querido por todos, discernimiento cristiano y el respeto a los valores fundamentales y coherentes con la fe.

Dios llama siempre a los hombres a la fe desde determinados contextos humanos y eclesiales, que inevitablemente los caracterizan y a los cuales son enviados como testigos de Cristo. Por ello es

conveniente mirar ahora, aunque sea someramente, a nuestro contexto socio-cultural: sus posibilidades y sus dificultades, sus estímulos positivos y sus retos problemáticos. No pretendemos hacer un análisis completo de la situación. Nos limitamos a esbozar algunas características del cambio socio-cultural acelerado en el que vivimos, conscientes de que sin una toma de conciencia de este contexto, no es posible una presencia misionera pertinente para hoy. No puedo evitar referirme a la situación del primer mundo que conozco más. Seguro que en los grupos y en los diálogos podremos ampliar y enriquecer este esbozo.

1. En momentos de cambio sin precedentes

“El cambio acelerado y profundo que se está viviendo en la cultura moderna, en general, y en la sociedad española, en particular, plantean un reto a la capacidad evangelizadora de la Iglesia”¹.

En efecto, los pueblos europeos, en general, son portadores de una riquísima herencia cristiana. Las raíces cristianas de nuestra cultura y nuestra historia son palpables. Sin embargo, compartimos un cambio socio-cultural, sin precedentes en su historia, de signo secularista y neopagano². Según algunos analistas “se da una situación de nuevo paganismo: El Dios vivo es apartado de la vida diaria, mientras los más diversos ídolos se adueñan de ella”³.

Esta situación paradójica interpela fuertemente nuestra conciencia cristiana y nos urge a responder creativamente a los nuevos desafíos que la situación actual plantea a la fe y a la Iglesia. Es una paradoja verdaderamente llamativa. En la Europa actual, a la vez que se mantienen tradiciones, vivencias religiosas y costumbres cristianas, el cristianismo es considerado hoy, no pocas veces, como algo anacrónico que debe ser superado y que

¹ Cf. GMFL pg. 11.

² Cf. E. Bueno, *España, entre el Cristianismo y el Paganismo*. San Pablo, Madrid, 2002.

³ CEE, Plan Pastoral 2002-2005. *Una Iglesia Esperanzada. ¡Mar adentro!* (Lc 5,4), 8.

provoca los recelos y las sospechas propias de la crítica decimonónica contra la religión, que se ha difundido y socializado ampliamente en nuestros días.

Las numerosas y crecientes manifestaciones de religiosidad tradicional y popular, en cuyas raíces y expresiones está la savia cristiana y la presencia activa de las realidades eclesiales (parroquias, cofradías, hermandades, santuarios, etc.), coexisten con la influencia de la cultura y de los estilos de vida hoy aparentemente dominantes que son, bajo un cierto aspecto, neopaganos y bajo otro, los de una sociedad que “está de vuelta” del cristianismo y cree haberlo “rebasado”.

La inmensa mayoría de los españoles está compuesta por bautizados. Pero muchos se encuentran en una situación de fe poco madura. Sin una fe personalizada y adulta les resulta muy difícil afrontar los nuevos retos de nuestro tiempo. Incluso muchos han caído en una especie de idolatría de los bienes de este mundo y en una suerte de “cristianismo a la carta”.

Esta crisis por la que atravesamos no puede atribuirse meramente a la hostilidad de los adversarios de la Iglesia. Como bien dicen los obispos franceses en relación, “la crisis por la que atraviesa hoy la Iglesia se debe en buena medida a la repercusión, en la Iglesia misma y en la vida de sus miembros, de un conjunto de cambios sociales y culturales rápidos, profundos y que tienen una dimensión mundial”⁴.

2. Valores y signos de esperanza de nuestra cultura

Este cambio socio-cultural, sin precedentes, no debe llevarnos a la actitud de los que el Beato Juan XIII, llamaba “profetas de desgracias”.

De ellos afirmaba que “andan diciendo que nuestra época, comparada con las anteriores, es mucho peor” y que “se comportan

⁴ CEF, “Proponer la fe en la sociedad actual”, *Ecclesia* 2835-36 (5 y 12 de abril de 1997) p 514.

como si no hubiera nada que aprender de la historia, que es maestra de la vida”⁵.

A pesar de que en las últimas décadas se han producido profundos cambios, en el mundo y en España, respecto a los años sesenta, y de que el estado general de los ánimos es bien distinto al de entonces, no debemos caer en una actitud negativa y pesimista. El mismo Juan XXIII decía que “en el curso actual de los acontecimientos, en el que parece que los hombres empiezan un nuevo orden de cosas, hay que reconocer más bien los designios misteriosos de la divina Providencia”⁶.

Conviene subrayar que esta sociedad nuestra a la que amamos tiene, sin duda, numerosos valores positivos, estimulantes y esperanzadores que han de estar muy presentes en nuestra conciencia.

Enumeremos algunos:

- la fuerte sensibilidad en favor de la dignidad y de los derechos de la persona;
- la afirmación de la libertad como cualidad inalienable del hombre y de su actividad y la estima de las libertades individuales y colectivas;
- la aspiración a la paz y la convicción cada vez más arraigada de la inutilidad y el horror de la guerra;
- el pluralismo y la tolerancia entendidas como respeto a las convicciones ajenas y no como imposición coactiva de las creencias o formas de comportamiento;

⁵ CEE (Ed). Concilio Vaticano II, BAC., “Discurso de Juan XXIII en la inauguración solemne del Concilio Vaticano II” (11-10-62) pgs. 1091-92: “A menudo - lo comprobamos en nuestro ministerio apostólico diario - nos llegan ciertas voces que no dejan de herir nuestros oídos. Se trata de personas sin duda muy preocupados por la religión, pero que no juzgan las cosas con imparcialidad y prudencia. Estas personas, en efecto, no son capaces de ver en la situación actual de la sociedad humana sino desgracias y desastres. Andan diciendo que nuestra época, comparada con las anteriores, es mucho peor. Se comportan como si no hubiera nada que aprender de la historia, que es maestra de la vida. [...] Nosotros creemos que de ninguna manera se puede estar de acuerdo con estos profetas de desgracias que siempre anuncian lo peor, como si estuviéramos ante el fin del mundo”.

⁶ *ib* pg. 92.

- la repulsa de las desigualdades en los derechos de las clases y naciones;
- la atención a los derechos de la mujer y el respeto a su dignidad;
- la preocupación por los desequilibrios ecológicos.

La Exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* también subraya que en Europa como comunidad civil “no faltan signos que dan lugar a la esperanza”:

- “Comprobamos con alegría la creciente *apertura* recíproca de los pueblos, la *reconciliación* entre naciones durante largo tiempo hostiles y enemigas, la *ampliación* progresiva del proceso unitario a los países del Este europeo. Reconocimientos, *colaboraciones* e *intercambios* de todo tipo se están llevando a cabo, de forma que, poco a poco, se está creando una cultura, más aún, una *conciencia europea*, que esperamos pueda suscitar, especialmente entre los jóvenes, un sentimiento de fraternidad y la voluntad de participación”.

- “Registramos como positivo el hecho de que todo este proceso se realiza según métodos *democráticos*, de manera pacífica y con un espíritu de *libertad*, que respeta y valora las legítimas diversidades, suscitando y sosteniendo el proceso de *unificación de Europa*”.

- “Acogemos con satisfacción lo que se ha hecho para precisar las condiciones y las modalidades del respeto de los *derechos humanos*”.

“Por último, en el contexto de la legítima y necesaria unidad económica y política de Europa, mientras registramos los signos de la esperanza que ofrece la consideración dada al *derecho* y a la *calidad de la vida*, deseamos vivamente que, con fidelidad creativa a la tradición humanista y cristiana de nuestro continente, se garantice la supremacía de los *valores éticos y espirituales*” (EE 12).

3. Retos de nuestro contexto socio-cultural

Junto a estos valores y signos de esperanza, la cultura pública actual, inserta en el contexto europeo, se caracteriza, también, por algunos contravalores que envuelven, como la niebla, la vida de las personas, las familias y los grupos humanos.

La Exhortación *Ecclesia in Europa* afirma que las Iglesias en Europa están “*afectadas a menudo por un oscurecimiento de la esperanza*” y que “*hay numerosos signos preocupantes*”, entre los

que Juan Pablo II destaca: la *pérdida de la memoria y de la herencia cristianas*; el *lento y progresivo avance del laicismo*; el *miedo a afrontar el futuro*; una *difusa fragmentación de la existencia*; y un *decadimiento creciente de la solidaridad* (cf. nn. 7-8).

De entre estos retos destacamos el *consumismo*, el *hedonismo*, el *individualismo*, el *relativismo* y el *secularismo*.

“La implantación de un *modelo de vida dominado por el consumo y disfrute* del mayor número posible de cosas induce a amplios sectores de nuestra sociedad, bautizados en su mayor parte, a prescindir prácticamente de Dios y de la salvación eterna en su vida privada y pública” (TDV 21).

Cuando el hombre llega a ser prisionero de estos contravalores aún los mismos valores humanos y cristianos son vividos e interpretados desde claves que los deforman gravemente. Pensemos, por ejemplo, en valores como la “libertad”, la “democracia”, la “sexualidad” interpretados desde el absoluto relativismo y hedonismo.

Se extiende una mentalidad *consumista y hedonista* que llega hasta sacrificar en aras del bienestar el valor supremo de la vida, especialmente de los no nacidos o de los ancianos. La vida del hombre y su dignidad sagrada deja de ser un valor intangible frente a lo intereses personales, familiares, económicos, sociales o ideológicos. Es el fenómeno que se viene denominando “cultura de la insolidaridad”, e incluso, “cultura de la muerte”⁷.

El *individualismo* a ultranza comienza a caracterizar a amplios sectores sociales precisamente en unos momentos en los que se agravan las desigualdades sociales. En el mundo no deja de crecer la distancia entre países pobres y países ricos y la globalización de los circuitos financieros y económicos la acrecienta cada día. En nuestro país, a pesar de la relativa contención del paro, crece la precariedad del empleo, aparecen capas sociales que parecen estar destinadas a la miseria y aumenta la inmigración.

Bajo el influjo del *relativismo* está también muy difundida la persuasión de que no existe la verdad. Si no existe “la verdad”, lo primero que se cuestiona de la afirmación “Cristo es la Verdad”, es su segundo término (¿existe la verdad?) y, con ello, toda la frase⁸.

La aceptación de esta mentalidad entraña graves repercusiones para el bien del hombre y de la sociedad: el Dios verdadero es suplantado por los ídolos de realidades finitas que le esclavizan. El hombre se instala entonces en la finitud absolutizada y queda sometido a fuerzas inferiores a él de las que no se puede liberar si no es por la ayuda de Alguien que es superior a él y a ellas; la jerarquía de valores es sustituida por el aturdimiento moral o, incluso por la amoralidad sistemática. Renacen los “dioses” del paganismo, la “religiosidad de la Naturaleza y de la Vida”⁹.

En la raíz de la pérdida de la esperanza está el *intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo*. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y *olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre*. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre, por lo que, no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria. *La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera* (EE 9).

⁸ Ratzinger J., “*Situación actual de la fe y la teología*”. Ed. impresa (desde Internet, pg. 2): “El relativismo se ha convertido así en el problema central de la fe en la hora actual. Sin duda, ya no se presenta tan sólo con su vestido de resignación ante la inmensidad de la verdad, sino también como una posición definida positivamente por los conceptos de tolerancia, conocimiento dialógico y libertad, conceptos que quedarían limitados si se afirmara la existencia de una verdad válida para todos”.

⁹ Cf. E. Bueno, *España entre el cristianismo y el paganismo*, pgs. 235-283.

4. Algunas causas de esta situación

Dos podrían ser las fuentes de este deterioro: la *primera*, como hemos apuntado, externa, producida por el ateísmo práctico, la indiferencia religiosa y el brotar del neopaganismo, fruto del bienestar económico y de la mentalidad consumista. Nos dicen los obispos españoles: "La cultura pública occidental moderna se aleja consciente y decididamente de la fe cristiana y camina hacia un *humanismo inmanentista* [...]. Esta *cultura inmanentista*, que es el contexto actual en que vive la Iglesia en España, se convierte en causa permanente de dificultades para su vida y misión"¹⁰.

La *segunda*, en relación con la anterior, interna a la Iglesia, causada por el contagio del ambiente social general, por la incoherencia de la vida de muchos cristianos, por la rutina de muchas de nuestras comunidades y por la deficiente imagen personal y social que, con frecuencia, podemos estar dando.

Según los obispos españoles "el problema de fondo, al que una pastoral de futuro tiene que prestar la máxima atención, es la *secularización interna*. [...] Entre los efectos de esta situación de '*secularización interna*' destacamos: *la débil transmisión de la fe a las generaciones jóvenes; la disminución de vocaciones para el sacerdocio y para los institutos de vida consagrada; el cansancio e incluso desorientación que afecta a un buen número de sacerdotes, religiosos y laicos; la pobreza de vida litúrgica y sacramental de no pocas comunidades cristianas*"¹¹.

Bastantes bautizados, viven ante el dilema de refugiarse en un modelo de religiosidad tradicional, cerrando filas frente a un mundo que perciben como extraño o adverso, menos en lo que tiene de bienestar, y privatizando su fe, o bien, de aceptar los criterios y estilos de vida dominantes en esta sociedad, a costa de abandonar, en mayor o menor grado, la fe y la identidad cristiana y eclesial.

¹⁰ CEE, Plan Pastoral 2002-2005. *Una Iglesia Esperanzada. ¡Mar adentro!* (Lc 5,4), 7-8. Puede verse también *Ecclesia in Europa*, en sus nn. 7-10: "El oscurecimiento de la esperanza".

¹¹ *ib* 10-11.

La Exhortación apostólica *Christifideles Laici* parece referirse a esto cuando habla "del desafío al que se enfrentan aquellos pueblos donde todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana", y al afirmar tajantemente que "este patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la *secularización* y la *difusión de las sectas*"¹².

"En la actualidad, en medio de la cultura secularizada, muchos *no saben en ocasiones cómo orientar la vida, el trabajo o el apostolado en sentido verdaderamente cristiano*. Así, por ejemplo, la *insuficiente defensa del matrimonio y de la familia es un exponente destacado de este tipo de carencias*. Algo parecido se podría decir respecto a la presencia en la vida pública en sus múltiples expresiones"¹³.

"El sentimiento de inferioridad y marginación que experimentan muchos católicos adultos, *incapaces de mostrar públicamente su identidad católica con sencillez y sin miedo*, es lo más opuesto a una fe '*martirial*', es decir, de testigos valientes de Jesucristo"¹⁴.

Esta contradicción de muchos entre la fe que se dice profesar y la vida personal y social en la que se prescinde de ella (*separación fe-razón, fe-liturgia, fe-oración, fe-moral*), nos hace ver la urgencia de llevar adelante una nueva evangelización de nuestra sociedad, uno de cuyos momentos esenciales es la catequesis y la formación cristiana.

5. La formación de los laicos, una prioridad

El capítulo V de la Exhortación *Christifideles Laici* está dedicado a la formación de los fieles laicos, formación necesaria y precisa "para dar más fruto". Recordar simplemente los títulos que incluye este capítulo:

¹² ChL 34.

¹³ CEE, Plan Pastoral 2002-2005. *Una Iglesia Esperanzada. ¡Mar adentro!* (Lc 5,4), 18.

¹⁴ *ib*.

- Madurar continuamente
- Descubrir y vivir la propia vocación y misión
- Una formación integral para vivir en la unidad
- Aspectos de la formación
- Colaboradores de Dios educador
- Otros ambientes educativos
- La formación recibida y dada recíprocamente por todos
- Llamamiento y oración,

Gracias a Dios, en el seno de la Iglesia ha crecido mucho la conciencia de la urgencia de la presencia evangelizadora de las comunidades eclesiales, que convierta nuestra rica herencia religiosa en fermento de liberación y salvación integrales. Muchos cristianos, laicos, religiosos y sacerdotes sienten la imperiosa necesidad de que el pueblo bautizado aprenda a discernir los valores y contravalores de la nueva cultura dominante y a saber aceptar aquellos y rechazar éstos, en fidelidad al don recibido en el Bautismo.

Hoy, la formación de laicos es una clara prioridad en nuestras diócesis. ¡Necesitamos formar cristianos de verdad! Cristianos que hayan acogido plenamente el don inefable de Jesucristo, nuestro Evangelio, y que a fuerza de estar unidos a él y a su Iglesia y de ser coherentes con su Evangelio, vivan y proclamen con gozo y con total claridad la fuerza salvadora de la fe, con todas las implicaciones religiosas y morales, personales y sociales, de la misma: "El mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible"¹⁵. Sólo así podrá restablecerse la credibilidad del cristianismo ante aquellos sectores del pueblo que equivocadamente piensan que la Iglesia no ha asumido sus ansias de justicia, igualdad, libertad y solidaridad, y que desconfían de ella identificándola con los poderes de este mundo.

No somos pesimistas; por el contrario, compartimos esta afirmación de los obispos franceses: "los tiempos actuales no son más desfavorables para el anuncio del Evangelio que los tiempos de nuestra historia pasada. La situación crítica en la que nos encontramos nos impulsa, al contrario, a ir a las fuentes de nuestra fe y a hacernos

discípulos y testigos del Dios de Jesucristo de una forma más decidida y radical"¹⁶.

En la Exhortación *Ecclesia in Europa* Juan Pablo II hace un llamamiento a la formación de los laicos en Europa, cuando dice: "La actual situación cultural y religiosa de Europa exige la presencia de católicos adultos en la fe y de comunidades cristianas misioneras que testimonien la caridad de Dios a todos los hombres. El anuncio del Evangelio de la esperanza comporta, por tanto, que se promueva el paso de una fe sustentada por costumbres sociales, aunque sean apreciables, a una fe más personal y madura, iluminada y convencida".

Los laicos de AC, pues, han de tener una fe que les permita enfrentarse críticamente con la cultura actual, resistiendo a sus seducciones; incidir eficazmente en los ámbitos culturales, económicos, sociales y políticos; manifestar que la comunión entre los miembros de la Iglesia católica y con los otros cristianos es más fuerte que cualquier vinculación étnica; transmitir con alegría la fe a las nuevas generaciones; construir una cultura cristiana capaz de evangelizar la cultura más amplia en que vivimos.

Además de esforzarse para que el ministerio de la Palabra, la celebración de la liturgia y el ejercicio de la caridad, se orienten a la edificación y el sustento de una fe madura y personal, es necesario que las comunidades cristianas se movilicen para proponer una catequesis apropiada a los diversos itinerarios espirituales de los fieles en las diversas edades y condiciones de vida, previendo también formas adecuadas de acompañamiento espiritual y de redescubrimiento del propio Bautismo.

En particular, reconociendo su innegable prioridad en la acción pastoral, se ha de cultivar y, si fuera el caso, relanzar el ministerio de la catequesis como educación y desarrollo de la fe de cada persona, de modo que crezca y madure la semilla puesta por el Espíritu Santo y transmitida con el Bautismo. Remitiéndose constantemente a la Palabra de Dios, custodiada en la Sagrada Escritura, proclamada en la liturgia e interpretada por la Tradición de

¹⁵ EN 76.

¹⁶ CEF, "Proponee la fe en la sociedad actual", *Ecclesia* 2835-36 (5 y 12 de abril 1997) pg. 514.

la Iglesia, "una catequesis orgánica y sistemática es sin duda alguna un instrumento esencial y primario para formar a los cristianos en una fe adulta" (EE 50-51).

Creo que es en este campo donde los militantes de la Acción Católica han de ser "especialistas". Esta es nuestra gran aportación, nuestra gran misión: la formación.

Los Movimientos Apostólicos de Acción Católica tienen como fin inmediato "el fin apostólico de la Iglesia, es decir, la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de sus conciencias de tal manera que puedan imbuir del espíritu del Evangelio las diversas comunidades y los diversos ambientes" (AA 20,a).

6. Eje conductor de la formación: unidad fe-vida

La formación, en la Acción Católica, no podemos reducirla ni a los saberes ni al aprender, *una de las características de la verdadera formación es que nadie enseña lo que no vive*. Si nosotros no somos una comunidad que trabaja esta formación, que vive formándose, que vive transformándose permanentemente, en nuestro caso, cristiano, en un proceso de conversión permanente intentando conformarnos con Cristo, si nosotros no entramos en esa dinámica, no ayudamos a una verdadera formación a nadie.

Tenemos que entender la formación como un proceso vivencial, experiencial, que nos transforma la conciencia, que nos la ahonda y que también supone una transformación de nuestra realidad.

La formación de la que hablamos tiene como objetivo la conciencia cristiana unitaria integral capaz de armonizar nuestros deseos, sentimientos, pensamientos y acciones. Que desarrolla de un modo armónico las dimensiones fundamentales de la misma:

• Dimensión personal de la fe cristiana

La identidad cristiana tiene una dimensión fundamental que es la dimensión personal, este aspecto de conformar yo mis deseos, mis sentimientos con Cristo, construirme como una persona que pueda decir: No soy yo quien vive sino que es Cristo quien vive en mí. Esto, como veis, es para toda la vida.

• Dimensión sociopolítica

La identidad cristiana tiene una dimensión sociopolítica que hay que desplegar. Si no, no hay una identidad cristiana plena.

La dimensión política de la caridad, la caridad política de la que se ha hablado en muchos momentos, supone asumir con conciencia la necesidad y la gracia de colaborar en la construcción del reino de Dios. Esto es política en el mejor y más genuino sentido de la palabra, es hacernos cargo de la ciudadanía, de las relaciones humanas y transformar la realidad.

• Dimensión eclesial

La identidad cristiana tiene una dimensión, que está basada en la radical sociabilidad del ser humano, que es la dimensión eclesial. No somos personas aisladas. El ser humano no es un individuo. Esta es una concepción que se nos ha querido meter, pero no es verdad. No somos individuos, venimos de una comunión, de una comunidad, de ese Dios trino; siempre estamos referidos a otros en comunión y en comunión y a la comunión estamos destinados.

En este contexto socio-cultural, nuestros procesos de formación tienen que tener como eje conductor la *búsqueda permanente de la unidad fe-vida mediante una formación integradora y unificadora*. Quiere contribuir a vivir en la unidad "dimensiones que, siendo distintas, tienden con frecuencia a escindirse:

- vocación a la santidad y misión de santificar el mundo;
- ser miembro de la comunidad eclesial y ciudadano de la sociedad civil;
- condición eclesial e índole secular, en la unidad de la novedad cristiana;
- solidario con los hombres y testigos del Dios vivo;
- servidor y libre;
- comprometido en la liberación de los hombres y contemplativo;
- empeñado en la renovación de la humanidad y en la propia conversión personal;
- vivir en el mundo, sin ser del mundo, como el alma en el cuerpo, así los cristianos en el mundo"¹⁷.

¹⁷ Cf. CLIM 77.

Para ello entiendo que la formación ha de posibilitar recoger las dudas, los interrogantes y los retos que la cultura y la vida de hoy plantean al cristiano adulto, y busque capacitarlos *para darse a sí mismos respuesta desde la vivencia de la fe y para dar razón de la esperanza cristiana a los demás, incluso cuando el ambiente es hostil al cristianismo.*

7. La presencia social de los laicos de Acción Católica

La presencia fermento siempre se ha vivido entre los cristianos y está en sus raíces. ¿En que consiste la presencia fermento?, consiste en que los cristianos toman en consideración los problemas, los retos, las aspiraciones, las esperanzas, las dificultades, que vive el mundo, las repiensen en cristiano y se comprometen codo a codo con los demás para ir transformando la realidad conforme al plan salvador de Dios para la humanidad. El cristiano anuncia en su compromiso el Evangelio a los demás.

Los militantes de la AC somos parte del pueblo, parte del barrio, parte de la parroquia y tomamos en consideración sus problemas. Hay problemas de paro, de violencia, de discriminación, hay problemas de cultura, hay aspiraciones de mejorar la vida en esto. Todas estas situaciones las retomamos y repensamos en cristiano. Los problemas humanos son vistos y juzgados en cristiano para ofrecer soluciones cristianas que nos comprometan con aquellos que los sufren. Hay que tomar en consideración esos problemas del ambiente en el que estamos, valorarlos y discernirlos de acuerdo con el Evangelio y la doctrina social de la Iglesia y en ofrecer en igualdad de condiciones que los demás, las soluciones, las propuestas que son necesarias en cada uno de los ámbitos.

8. Una presencia al servicio de la dignidad humana

Compromiso en las realidades más cercanas

Esta es la clave de nuestro "quehacer" como laicos de AC en medio del mundo. Yo empezaría con la familia. La familia es la célula de la sociedad, el ámbito en el que todos estamos presentes. Hemos de tomar en consideración los problemas que

vive la familia, pero no la familia en abstracto, sino las familias concretas del pueblo, las familias concretas del barrio. Ahí hay problemas de todo tipo, laborales, políticos, humanos, psicológicos, en las relaciones del hombre y la mujer, de la pareja, de los padres con los hijos.

Esos problemas humanos son los que en todos los ámbitos, desde los más cercanos a los más generales, exigen de una reflexión constante. Después, a través de nuestro vivir y de actuar en cristiano, en primer lugar, y luego con nuestras propuestas, nuestras acciones y con nuestro compromiso, hacer posible que la familia sea una familia de acuerdo con el plan de Dios para la familia.

Vamos a otro ámbito, el mundo laboral. En el mundo laboral me voy a encontrar con problemas y situaciones de todo tipo y la ley interna de la evangelización me dice encárnate en esos problemas, tómalos en consideración, con seriedad, discierne con conciencia cristiana y propón soluciones, propón alternativas, para que esos problemas se puedan solucionar. Esto significa que lo que caracteriza a los laicos cristianos en el terreno social es un quehacer de presencia en la vida, en toda su riqueza, en la vida social, la vida política, la vida cultural, una presencia en la vida en donde nuestra aportación específica cristiana va a ser intentar ver, juzgar esos problemas y proponer soluciones en diálogo con todos. Presencia por lo tanto encarnada.

El lugar adecuado, más específico y más humano de la vida apostólica y la misión primordial del laico sabemos que no es otra que el vivir su fe en la realidad de cada día, transmitir su fe en la vida y expresar su fe en los ambientes que vive y comprometerse en la transformación y la renovación continua de la sociedad de acuerdo con la doctrina social de la Iglesia. Esa es su tarea social.

A la luz de la Doctrina Social de la Iglesia

Un elemento necesario en el quehacer social del laico de AC sería la Doctrina Social de la Iglesia. La actuación se tiene que caracterizar por anunciar, proclamar y practicar la Doctrina Social de la Iglesia.

Esto implica que la formación de la AC ha de estar continuamente al día mediante la profundización en la Doctrina Social de la Iglesia que no consiste en saberse de memoria las encíclicas de los Papas, sino que es una praxis comunitaria del discernimiento cristiano en orden a la acción a partir de los criterios fundamentales para el compromiso en la vida pública.

Vamos a señalar a continuación los criterios que en armonía con la fe y la Doctrina Social de la Iglesia permiten a cada cristiano juzgar por sí mismo y realizar el compromiso político social que estime conveniente:

- El reconocimiento teórico y práctico de la prioridad de la persona. En primer lugar la dignidad de la persona humana. La Iglesia me dice que juzgue, valore los problemas y actúa sobre ellos, a la luz que da el reconocer que cada persona tiene una dignidad. Esto implica que en la óptica del cristiano tiene que estar presente esta valoración de la dignidad de la persona humana, y de ahí se deduce un conjunto de posicionamientos y de actuaciones que son ineludibles. Esta valoración abarca a todos los ámbitos de la vida: familia, vida, trabajo, cultura, ocio, política, relaciones humanas...
- La coherencia de la actividad y del compromiso político del cristiano con la fe y la espiritualidad que la fe genera. Esta coherencia sólo puede adquirirse a través de una formación explícita en este campo.
- El bien común, la exigencia de la solidaridad, que consiste en el conjunto de condiciones que hacen posible la liberación y plena realización de cada persona y de todas las personas, de cada pueblo y de todos los pueblos.
- La preferencia hacia los pobres y oprimidos, expresada en una solidaridad activa y en comunión efectiva con ellos.
- La prioridad de la sociedad sobre el estado, exigencia del principio de subsidiariedad.
- El progreso de la democracia real para que la sociedad sea sujeto de sí misma, como expresión de corresponsabilidad y de verdadera vida comunitaria.
- El fomento de la cultura popular y de la ética social sin las que la sociedad no puede ser protagonista de su propia vida ni el hombre puede alcanzar su realización.
- La tendencia a la autogestión económica como expresión de la democracia real en ese campo.
- El realismo en los objetivos y en el modo de trabajar por ellos.

Todos estos principios y criterios aplicados convenientemente permiten emitir un juicio sobre las situaciones, las estructuras, los sistemas, las leyes, los proyectos políticos y los programas que se

presentan en la sociedad. Los cristianos no nos limitaremos a proponer los principios, sino que hay que hacer posible un discernimiento de manera que todos se puedan orientar con suficiente claridad y saber qué es y no es coherente con los principios y criterios cristianos.

Se trata de reflexionar, discernir e iluminar la conciencia de los cristianos. Una reflexión que respeta la libertad de opción política a que cada uno tiene derecho. Se trata de promover actitudes de crítica objetiva y constructiva.

Todo esto implica un compromiso que sea coherente con la fe que vivimos. La fe genera un estilo, un modo de situarse y un modo de plantearse la vida que empieza siempre por nuestro propio mundo más cercano y que se va abriendo. El militante cristiano de AC, allí donde esté, en el paro, en el trabajo, de profesor de universidad, en cualquier actividad, donde sea, ¿qué tiene que hacer? Llevar adelante su trabajo y su compromiso con los demás cultivando y ahondando siempre la coherencia de su fe y de su vida. La coherencia de nuestro compromiso social con la fe implica el reconocimiento teórico y práctico de la dignidad de la persona y la defensa en promoción de los derechos humanos.

Por los frutos los conoceréis

Luego, hay una irrenunciable dimensión sociopolítica de la identidad cristiana que se plasma en un quehacer social de todos y cada uno de los cristianos, como hay un quehacer social de la Iglesia, lo que ocurre es que todavía el catolicismo español ha ahondado poco en este aspecto y lamentablemente hay que decir que todavía en muchos ámbitos parroquiales, arciprestales, colegios católicos, catequesis, incluso seminarios no es donde mejor se vive este quehacer. Todo cristiano debe trabajar con coherencia para que el reconocimiento de la persona sea una realidad. Esto implica la formación en la Doctrina Social de la Iglesia para el desarrollo de toda persona.

Todos estamos implicados en llevar adelante todo esto para que se defienda toda justicia en la sociedad y para que defendiendo esa justicia social se proclame el Evangelio. Todos estamos implicados en promover la preferencia hacia los pobres, oprimidos y marginados expresada mediante la solidaridad y en comunión activa con ellos.

La opción preferencial por los pobres no es una opción que el cristiano pueda hacer o no, sino que me viene dada. Yo puedo ser o no cristiano, pero lo que no puedo es decir soy cristiano pero no tomo como preferencia a Jesucristo y los empobrecidos. Esto está muy claro en el Evangelio, por su parte Juan Pablo II en la *Nuevo Milenio* dice textualmente: “*El Evangelio impone a la Iglesia una opción preferencial por los pobres*”.

“*El evangelio impone*”, aquí no se trata de elegir, todos tenemos la obligación, por decir creo en Cristo, de tomar como preferencia de vida del abandonado, del oprimido y a los conjuntos humanos más pobres.

Dando protagonismo a la sociedad

Buscar la prioridad de la sociedad sobre el estado. La Iglesia y en ella los cristianos deben llevar adelante un compromiso social dándole protagonismo a la sociedad. Esto ¿qué quiere decir? El estado tiene razón de ser en tanto que sirve al bien de la sociedad, el estado es servidor de la sociedad, luego es la sociedad la que tiene que estar servida por el Estado. La tarea del militante cristiano no es estar contra los partidos, porque los partidos son necesarios, cumplen una misión, sino que la tarea de los militantes cristianos es fomentar el protagonismo de la sociedad, es decir, allí donde estén intentar que todos los que están conmigo sean conscientes de todo lo que pasa, que sean críticos y participen en la vida social y política.

Nuestro quehacer está en ser responsables en la vida social e intervenir en todos los ámbitos para transformar la realidad. Actuar en todos los grupos e intervenir siempre en orden a favorecer el protagonismo social. Que la sociedad sea servida por el estado y no al revés.

Que prevalezca siempre la verdad

Vivimos una cultura relativista en la que todo el mundo tiene derecho a opinar y a decir lo que le parezca. Toda opinión es respetable por el hecho que la emite una persona, pero esto no quiere decir que toda opinión sea válida. En este sentido es muy importante que los cristianos sepamos distinguir lo que es el respeto a la persona de lo que es la defensa de la verdad que debe prevalecer por encima de cualquier otro interés.

¿Cualquier opinión que dé cualquiera en cualquier campo de la vida es válida y hay que asumirla? El cristiano continuamente debe hacer un ejercicio de clarificación, ya que no es lo mismo la verdad que la mentira, no es lo mismo el amor que el odio, no es lo mismo estar con los pobres que estar con los ricos...

Vivimos en una sociedad en la que toda la gente se queda con cualquier opinión y todas las opiniones son igualmente válidas, y si hay alguien que se atreve a decir que la verdad está por encima de la opinión y que hay que buscarla y seguirla, es tachado de intolerante.

En el compromiso social de la Iglesia hacen falta cristianos que por convencimiento, sin pretender prevalecer, sino buscando y descubriendo la verdad, promuevan una cultura de libertad y de verdad. Cuando los cristianos viven de verdad la fe van generando a su alrededor una cultura de la verdad, una cultura de servicio, una cultura de amor, y no de muerte.

Esta es una reflexión que los cristianos deberíamos desarrollar. Desde un respeto profundo a los demás, hay que luchar contra todo aquello que supone la mentira y la muerte.

El cristiano tiene que distinguirse por su amor a la vida y por sus ganas de vivir. Amor a la vida y ganas de vivir implican una cultura de la dignidad, una cultura de la libertad auténtica. En todos los terrenos puede y debe haber militantes cristianos de Acción Católica, esto supone un profundizar continuamente en la doctrina de la Iglesia, en todos los terrenos, en el terreno de asuntos sociales, de la ética, de la vida del trabajo...

“*Dios me llama y me envía como obrero a su viña; me llama y me envía a trabajar para el advenimiento de su Reino en la historia. Esta vocación y misión personal define la dignidad y la responsabilidad de cada fiel laico y constituye el punto de apoyo de toda la obra formativa, ordenada al reconocimiento gozoso y agradecido de tal dignidad y al desempeño fiel y generoso de tal responsabilidad.*”

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

LECTURAS: 1Jn 1,5-2,2; Mt 25,1-13

HOMILÍA

DENOS DE SU ACEITE...

S.Em. Card. Leonardo Sandri

Prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales

Queridos amigos, en esta liturgia compartimos el agradecimiento a Dios por habernos dado a Santa Catalina de Siena. ¡Era una virgen "ardiente en su Espíritu de Amor"! Es ejemplar para los discípulos del Señor de todos los tiempos porque en ella Dios ha unido lo que constituye lo esencial de la identidad y del testimonio cristiano: "la contemplación de Cristo Crucificado y el servicio eclesial".

Lo demuestra la Colecta de la Misa de hoy, ofreciéndonos la clave interpretativa de cada misión eclesial. Será fecundo el servicio de los ministros ordenados, como el de los consagrados a la vida religiosa y el de los laicos, si este entretejido entre contemplación y servicio sigue siendo seguro y crecen juntos. ¿Quiénes son los laicos del tercer milenio sino hombres y mujeres dedicados a "la contemplación y al servicio", que aman la historia y la viven con intensa sensibilidad cristiana?

En estos días ustedes releen el magisterio del Siervo de Dios Juan Pablo II contenido en la *Christifideles Laici*, y estoy seguro que desde el cielo los acompaña ese gran amigo que fue el Cardenal Eduardo Pironio: también yo lo llevo siempre en el corazón por los vínculos de amor en Cristo surgidos por la pertenencia a una misma tierra de origen y porque él fue mi Rector en el Seminario en los años 60 al 63. Quieren, por decir así, "volver a las fuentes". El documento los remitirá al Concilio Vaticano II. Es un don de la gracia que hay que re-

tomar como signo de la continuidad con todo el camino eclesial que produce las novedades auténticas, las que edifican y nunca dividen. Así lo enseña autorizadamente el Papa Benedicto. Así también mi pensamiento vuelve gustosamente a los orígenes conciliares, al discurso de apertura, al título "*Gaudet Mater Ecclesia*", en el cual el Beato Juan XIII afirmaba que la "Providencia nos estaba llevando a un nuevo orden en las relaciones humanas, que por obra de los hombres y (...) más allá de su propia expectativa, se dirigen hacia el cumplimiento de designios superiores e inesperados; y todo, también las diversidades humanas, se dispone para el mayor bien de la Iglesia" (*Gaudet Mater Ecclesia*, 11 de octubre de 1962).

Confianza y amor para nuestro tiempo, junto con el realismo que sabe ver las sombras, porque están destinadas a dejar, sin embargo, pasar la luz. Estas son las notas distintivas de la *maternidad* que la Iglesia recibió como condición y como compromiso "esponsal" de Su Señor. La Iglesia participa a cada bautizado ésta su sensibilidad. Con ella seremos capaces de condenar el error respetando al errante y sabiendo esparcir allí el bálsamo de la misericordia. Así, la Esposa de Cristo se muestra "experta en humanidad", fuerte en el conocimiento del amor de Cristo, llena de consuelo del Espíritu Santo, que dona a sus hijos.

La contemplación del Crucifijo no nos aleja de la historia. Nos sitúa mas bien en vivo en la historia sin ser "sacudidos por las olas", seguros de tener algo decisivo que afirmar, o mejor aún "Alguien" que anunciar.

Y nuevamente el beato Pontífice, en el discurso citado, señala "el problema inmutable puesto delante del mundo: el Cristo, siempre esplendente al centro de la historia y de la vida". Y los hombres están llamados a elegir estar con Él y por consiguiente con su Iglesia, gozando y llevando luz, bondad, orden y paz o a permanecer sin Él y sin su Iglesia, o incluso contra Él y su Iglesia, siendo motivo de confusión y causando amarguras en las relaciones humanas y persistentes peligros de guerras fratricidas (cf. *ibid*).

Queridos hermanos y hermanas, la Acción Católica está llamada a testimoniar al Cristo radiante delante del mundo, a decir con palabras siempre nuevas que "Dios es luz y en Él no hay tinieblas" (Jn 1,5 ss) Pero ¿la lámpara de nuestra fe abunda en aceite para esta tarea? (cf. Mt 25,1-13). Nuestra vida no podrá iluminar si no se entrega libremente, no de una vez y para siempre, sino cada día de manera nueva, a la luz. ¡Y sólo "Dios es luz", porque sólo "Dios es

amor”!

La contemplación es este entregarnos nosotros mismos, con toda nuestra pobreza, a la luz pascual. La contemplación que hace fecundo e incansable el servicio eclesial, es un don exclusivo de Dios! Pero nosotros desgraciadamente no imploramos bastante este don para nuestros pastores y nuestros fieles laicos. Nos exhorta hoy Santa Catalina a pedir con insistencia el aceite de la contemplación del Crucificado.

“Denos de su aceite” nos piden los muchos que también hoy miran con simpatía a la Iglesia. Los muchos que se preocupan todavía hoy acercándose al Evangelio. Y quienes están positivamente impresionados por la caridad de los cristianos. Los muchos que también hoy *gustosamente* escuchan al sucesor de Pedro por su franqueza, su profundidad de pensamiento humano y cristiano, su libertad y *parresia* de maestro y de padre. La Iglesia sigue siendo para muchos una referencia sin duda mayor a lo que es meramente humano. No lo reconocen abiertamente. A veces lo ocultan bajo la crítica más o menos explícita. ¡Pero no se puede negar como Cristo en su Iglesia continua interpellando los corazones!

Queridos fieles laicos, no decepcione esta simpatía de la historia hacia la Iglesia y hacia cuantos dicen: “denos de su aceite”. La respuesta es que el aceite es nuestra propia vida cuando se llega a Cristo con la conversión. La respuesta es que el aceite es nuestra libertad, la cual si se aproxima a Cristo recupera su fuente y su cumplimiento. *Sólo Dios nos da este aceite*. Esta convicción nos requiere transmitir claramente el testimonio cotidiano. Tenemos para nutrirnos los inmensos tesoros de la liturgia, de la Biblia, de la patrística, de la espiritualidad cristiana. Brillará el testimonio de los laicos si saben dar apoyo a la familia y a la educación; si están presentes en el amplio mundo del trabajo, de la cultura, de la sociedad, de las grandes situaciones pobrezas, de la defensa de la dignidad de lo auténticamente humano según Cristo. Nos conceda el Señor laicos competentes en su profesión, que se esfuercen seriamente por estar a la altura de las circunstancias. El Señor y la humanidad merecen lo mejor de nosotros mismos y el pleno desarrollo de nuestros talentos. Pienso en el talento del enraizamiento de la Acción Católica en el tejido parroquial, diocesano y nacional, y al espíritu verdaderamente universal que ello conlleva.

“Denos de su aceite”, ahora quiere decir: déjennos intuir las razones verdaderas por las cuales ustedes empeñan su única vida en

compañía de la Iglesia de Cristo. Mejor todavía: déjennos intuir que Cristo es la luz de los corazones y de la gente. Esto nos lo piden muchos compañeros de viaje, aun hoy!

Queridos amigos, les aseguro cordialmente mi oración y pido la de ustedes por las amadas Iglesias Orientales católicas. Son las primeras testigos de la Pascua y del Pentecostés. Sólo junto a ellos, nosotros hijos de la Iglesia latina, podremos encontrar las palabras más convincentes para decir el Evangelio al hombre contemporáneo. El Oriente cristiano tiene una particular capacidad de persuadir el corazón de los jóvenes: no lo olvidemos! El carisma del oriente cristiano pertenece a toda la Iglesia y durante demasiado tiempo no ha podido brillar por nuestro olvido.

Quiero darles las gracias al Foro Internacional de los Jóvenes que se desarrolló en Tierra Santa del 28 de diciembre de 2007 al 6 de enero de 2008. Como les doy las gracias por lo que harán en el futuro. Continúen implorando la paz para Oriente y para todo el mundo. Del Oriente vino la luz de Cristo. ¡Venga del Oriente también la paz de Cristo! Les pido sobre todo para los hermanos y las hermanas de Medio Oriente solidaridad espiritual y material. Y renuevo a ustedes, queridos amigos de la Acción Católica, el augurio de un buen trabajo. Que la Santa Virgen Inmaculada haga más cristianas nuestras intenciones.

Desde Lourdes, donde estaré el domingo próximo en un encuentro con los católicos maronitas, me uniré espiritualmente al gran encuentro que tendrán con el Papa en la Plaza San Pedro.

A todos nos sostenga la fuerza y la alegría del Cristo Resucitado.

LA ACCIÓN CATÓLICA DON DE LA IGLESIA LAS PRINCIPALES COORDENADAS

Paola Bignardi
Coordinadora Secretariado FIAC

La *Christifideles Laici*, entregando a la Iglesia y a cada comunidad cristiana el magisterio conciliar sobre la vocación laical, nos compromete a vivir a fondo la responsabilidad que como laicos cristianos tenemos en orden a la promoción de la subjetividad de los laicos en el ámbito eclesial y en el mundo.

El primero y principal modo a través del que contribuimos a hacer a los laicos sujetos de Iglesia es el de vivir a fondo el don sobre el que se funda nuestro ser Acción Católica; en otros términos, es el de ser al máximo nosotros mismos.

Por eso quisiera proponer lo que el Concilio ha dicho de nosotros, porque a través de la comprensión de aquel magisterio hecho rico por estos cuarenta años de experiencia, podemos interpretarlo con mayor madurez y hacerlo don concreto y vivo en las comunidades de las que es parte cada uno de nosotros.

La Acción Católica: don de la Iglesia

Antes que nada debemos recordar que la Acción Católica es un don de la Iglesia; el Concilio la ha definido ministerio necesario (AG 15); Pablo VI "singular forma de ministerialidad laical" (discurso a la Tercera Asamblea Nacional de Acción Católica Italiana, 1977).

AC: un don de la Iglesia de quien afirma (Juan Pablo II a la XI Asamblea de la ACI) que no puede prescindir de tener, junto al

Pastor, un laicado que comparta el ministerio de comunión para realizar su misión.

Para volver a reflexionar sobre lo que el Concilio mismo afirma sobre la Acción Católica, pienso que pueda ser útil referirse al número 20 de la *Apostolicam Actuositatem* y a esas "cuatro notas" que allí se diseñan.

Laicidad

"Los laicos, colaborando con la Jerarquía según su modo propio, llevan su experiencia y asumen su responsabilidad en dirigir tales organizaciones, en ponderar las circunstancias donde se debe ejercer la acción pastoral de la Iglesia y en la elaboración y ejecución de su programa de acción" (AA 20).

Es difícil dar una definición de la vocación laical. Hoy sentimos que debemos resaltar en ella un aspecto que se da por descontado: la raíz bautismal, que nos lleva a acoger en nuestra existencia cotidiana aquella llamada a la *santidad*, "medida alta de la vida cristiana ordinaria" (NMI 30).

La vocación de la Acción Católica es la de testimoniar la llamada de los laicos a una existencia cristiana simple, sin que ello de lugar a una interpretación minimalista. Es más bien la llamada a lo esencial, a la simplicidad como punto de llegada de un proceso de maduración, donde nos hemos entrenado a vivir eso que es común a todos como el corazón de la vida cristiana.

En los laicos que saben verdaderamente vivir juntos *santidad* y *secularidad* se ve surgir de lo concreto la belleza de la laicidad cristiana, de la que quisiera poner de manifiesto solo algún trazo:

- laicidad dice una mirada positiva y confiada sobre la realidad que se expresa en ese gusto de la vida que permite decir toda la riqueza, en cuanto universal don de Dios, y la plenitud que conquista en la perspectiva de la Pascua del Señor. Hemos experimentado que verdaderamente lo cotidiano es el lugar de nuestro encuentro con Él y que no es necesario salir para hallarlo, sino sumergirse con intensidad y con autenticidad. La nuestra no puede ser una espiritualidad de fuga, sino de encarnación, de amor, de cercanía.

- Laicidad es universalidad; es fraternidad abierta a todos; es la

capacidad de sentir nuestros, los problemas de la humanidad entera, porque somos mujeres y hombres de nuestro tiempo. Laicidad es compartir.

- Laicidad es responsabilidad: hacia el propio ambiente, hacia la propia ciudad, la comunidad eclesial, hacia el contexto en el que día a día transcurre nuestra existencia...
- Laicidad es saber estar en búsqueda de todos los problemas de las personas comunes y estar en diálogo con todos, convencidos de que las razones de todos pueden ayudar a comprender más profundamente el mundo del que formamos parte...

Eclesialidad

“El fin inmediato de estas organizaciones es el fin apostólico de la Iglesia, o sea, la evangelización y la santificación de los hombres y la formación cristiana de su conciencia, de modo que puedan impregnar del Espíritu evangélico las diferentes comunidades y ambientes” (AA 20).

La AC vive con la respiración de la Iglesia: esto significa haber asumido el fin apostólico. Uno de los caracteres para comprender a la AC es su original unión con la Iglesia, una unión que es a la vez espiritual y afectiva, operativa e interior. Ciertamente todos deben vivir el vínculo con su propia Iglesia, sin embargo no a todos se pide vivirlo con la intensidad y cercanía con que la Acción Católica lo escoge para sí.

Es un vínculo que significa *disponibilidad para el servicio*, sin escoger las formas, sino aceptando dar respuesta a las exigencias que la comunidad presenta. Así la Iglesia sabe que puede contar con laicos dispuestos a asumir las exigencias y el camino de la comunidad toda, en un servicio que no es solo el de cada persona en su disponibilidad individual, sino en el orgánico de una experiencia asociativa que saca fuerza también de la propia subjetividad, que contribuye a resaltar la riqueza de una vocación laical vivida; que da su aportación para que la comunidad eclesial no sea el lugar cómodo de una cultura uniforme, sino el contexto vivo donde diferentes sensibilidades y experiencias - vocacionales, asociativas, de espiritualidad...- se confrontan en un diálogo continuo y en una relación de reciprocidad.

Es un vínculo que deja una *señal en la vida espiritual*, un estilo en las relaciones intra-eclesiales, en la relación con los Pastores. El camino espiritual de la Acción Católica deriva del camino de la Iglesia toda: la Eucaristía dominical, el año litúrgico, la vida sacramental... viviéndolo junto a los demás, en una única comunidad.

En la perspectiva de la eclesología conciliar, la opción de la Iglesia se especifica en la diocesaneidad.

La directa colaboración con los pastores

“Estos laicos, ya se ofrezcan espontáneamente, ya sean invitados a la acción y a la cooperación directa con el apostolado jerárquico, actúan bajo la superior dirección de la misma Jerarquía, la cual puede sancionar tal cooperación también por medio de un ‘mandato’ explícito” (AA 20).

La Acción Católica no puede vivir si no es en una relación particularmente estrecha con el Pastor de su comunidad. El riesgo de una interpretación mundana de esa relación es muy fuerte. Impaciencia y resistencia, de una parte y de la otra, ponen a prueba relaciones que solo una visión de fe y en una perspectiva de futuro pueden regenerarse.

Además de la natural unión con los Pastores que marca la vida de cada cristiano, sabemos que como Acción Católica estamos comprometidos a vivir una relación particular; el Concilio lo define como más inmediata colaboración con el apostolado Jerárquico (cfr LG 33), en razón a la opción de hacer nuestro el mismo fin de la Iglesia. Nuestra relación con los Pastores no es mera ejecución, sino ejercicio creativo de una vocación que pide reciprocidad, diálogo; una relación hecha de espíritu filial y respeto; no de obligación sino de obediencia. Obediencia en pie, como decía Bachelet: si no es en pie, no es obediencia de hijos sino de siervos: pero obediencia, en la fe, de personas libres, con corazón de hijos, o sea, con confianza, sin desconfianza.

La nuestra es la mirada de quien ve en el Pastor al que está llamado a construir la comunidad en la comunión, en torno al cual se agrupa una Iglesia para ser en su territorio signo de esa unidad que es promesa y compromiso para todos. Aquella comunión que en esta época de soledad, individualismo y desconfianza puede hablar del Evangelio a la gente de hoy; aquella unidad que es uno de los

nombres de la paz y de la serenidad a la que cada mujer y cada hombre aspiran.

Esta nota de nuestra identidad es quizá la más difícil de vivir correctamente y sin embargo no podemos pensar en Acción Católica sin asumirla como típica y característica; intentar vivirla con la mayor madurez podrá contribuir a hacer más rica la experiencia de Iglesia para todos.

Organicidad

“Los laicos actúan unidos a modo de cuerpo orgánico, a fin de que se exprese mejor la comunidad de la Iglesia y el apostolado sea más eficaz” (AA 20).

El carisma de la Acción Católica es el de vivir *juntos*. El nuestro no es un testimonio individual, sino coral y orgánico.

La Acción Católica ha escogido la forma organizativa de la asociación, una opción no dada por descontado y hoy contracorriente, pero preciosa precisamente por permitir vivir el don antes que la pertenencia; el vínculo con la Iglesia antes que la opción personal.

Y es casi natural, por tanto, que a la opción asociativa corresponda la opción democrática.

El Concilio dice que para que haya una experiencia de AC, estas “cuatro notas” tienen que ser vividas todas juntas. No citaría este principio si no sirviera para recordarnos una característica fundamental: el laico de AC se compromete a mantener unidos aspectos aparentemente irreconciliables. Baste pensar en la fraternidad que se es llamados a construir hacia el interior, pero en comunión con la Iglesia de todos; en la identidad de la experiencia asociativa, pero en la universalidad del pueblo de Dios; el vivir al mismo tiempo la pertenencia y el servicio, la democracia y la comunión.

No se puede “refugiar” en uno de los dos términos de los binomios citados, sino que es preciso componerlo en unidad. Es una de las formas del carácter paradójico de nuestra vida de laicos, que no nos permite pararnos en un aspecto parcial de la existencia cristiana, sino que nos empuja siempre más allá, hacia una síntesis más alta que siempre nos supera.

Conclusión

Las reflexiones desarrolladas hasta aquí espero que hayan podido mostrar la fecundidad de la Acción Católica para la vida de la Iglesia; una vivacidad que no se mide tanto por la cantidad de las iniciativas que en ella se promueven, sino por el corazón con que, como en una familia, nos sentimos corresponsables de toda la familia.

El enraizamiento de la Acción Católica en la vida diaria de las personas comunes, su sentido de lo esencial, a vivir en la dimensión ordinaria de la existencia cristiana, hacen de la AC una experiencia no llamativa en una cultura llevada a tomar como eficaces sobre todo las experiencias que hacen imaginar y saben ir con sus iniciativas a las páginas de los periódicos.

Quizá también por esto, en una Iglesia sugestionada por la lógica mediática difundida, hay una atención eclesial demasiado escasa con respecto a la Acción Católica, que a una reflexión no superficial y rápida, aparece como un gran don para la vida de la Iglesia, sobre todo cuando en ella hay necesidad de fidelidad: al tiempo, al ideal, al misterio, a las personas, al lugar...

Las comunidades cristianas no pueden dejar de mirar con atención a esta experiencia, que demasiados tienden a calificar como superada, quizá porque no están en condiciones de acoger el valor de la vida cristiana de las personas comunes y el camino espiritual de quien ha hecho propio, como un valor, el sentido de lo importante.

RESUMEN OPERATIVO DE LAS ACTIVIDADES 2004-2008

por *Maria Grazia Tibaldi*
Secretariado FIAC en Roma

Antes de nada quisiera dar las gracias a las personas que colaboran en el Secretariado de manera constante; por las traducciones en 4 idiomas referidas a las comunicaciones del Secretariado, *NOTICIAS...*; por el trabajo de secretaría (invitaciones, documentación para los visados, direcciones); por el sitio WEB, con ocasión de los encuentros, en especial los continentales y por cada actividad. Y quisiera dar las gracias a los responsables del Secretariado a nivel continental junto a los responsables nacionales, especialmente a los de aquellos países que acogen los encuentros continentales.

El SITIO WEB se ha convertido - y puede convertirse todavía más - en un instrumento de comunicación a cargo del Secretariado y de las AC nacionales. Nos hemos ocupado de una nueva disposición desde junio de 2006.

El sitio WEB es una de las actividades del Secretariado, en cuanto que absorbe muchas energías que se podrían compartir para ser una ventana del FIAC donde todos puedan conocer a la AC. El punto débil es la comunicación por parte de los países que tienen la posibilidad de señalar breves noticias en su propio idioma o en traducción: sería un signo del compartir la responsabilidad en la comunicación.

Las actividades del trienio

1. EL SECRETARIADO: desde el 2004 al 2008 ha intensificado las comunicaciones vía internet y se ha reunido una vez al año.

En septiembre de 2005 y en octubre de 2006 el Secretariado se ha reunido con el Grupo de Promoción de AC (GPAC), ha dedicado

a la preparación de la Asamblea la reunión de octubre de 2007 y se ha reunido inmediatamente antes y durante la Asamblea de 2008.

2. EL GPAC: es un nuevo grupo de trabajo del Secretariado y ha formado parte junto a uno o dos responsables de los países del Secretariado y algunos países a implicar en la promoción de la AC a nivel continental. Objetivo: preparar materiales para poner a disposición para la promoción de la AC.

Los encuentros han sido importantes para una formación común, para un intercambio y un trabajo común sobre temas y metodología para la promoción de la AC en las diferentes realidades que intentan retomar o iniciar la AC. El grupo ha sido coordinado por la AC Argentina, que ha preparado la propuesta base con seis PPT que han sido valorados en el grupo y experimentados durante las iniciativas de promoción de la AC.

3. LOS ENCUENTROS CONTINENTALES

- Encuentro Americano: ARGENTINA mayo 2006
- Encuentro Africano: UGANDA agosto 2006
- Encuentro Europeo: ESPAÑA marzo 2007.

Se han impreso las ACTAS y en el sitio se han colocado los materiales y las fotos.

4. A estas actividades ordinarias se debe añadir una actividad extraordinaria: la PEREGRINACIÓN MUNDIAL DE JÓVENES a Tierra Santa, promovida por el Secretariado, pero en particular por la naciente COORDINACIÓN DE JÓVENES (CJ), de la que es responsable Oana Tuduce.

Hemos preparado un fascículo que narra la peregrinación y un número especial de *Noticias* sobre los primeros pasos de la CJ: desde agosto de 2005 hasta el desarrollo de la peregrinación, describiendo rápidamente los frutos de muchos contactos y de iniciativas que han llevado a la constitución de la CJ.

5. Durante el trienio, representantes del FIAC han participado en varias iniciativas eclesiales, ecuménicas:

- a nivel continental europeo: la Asamblea ecuménica de SIBIU (Rumania), promovida por la CCEE y KEK en septiembre de 2007, ha contado con la participación del FIAC en todo el camino de preparación en Roma en enero de 2006 y en Wittenberg en marzo de 2007 y en la Asamblea con una delegación ítalo rumana.

- A nivel continental americano, después de la V conferencia de Aparecida: el FIAC ha dedicado el encuentro continental de mayo de 2006 al tema de la Conferencia con una aportación y ha participado en una reunión del CELAM en Bogotá después de la Asamblea con la AC Argentina.

- A nivel continental africano: el FIAC ha dedicado el encuentro continental en agosto de 2006 al tema de la II Asamblea sinodal del sínodo de los obispos (octubre de 2009).

6. EL FIAC es una Asociación internacional de fieles de derecho privado (reconocida el 2 de enero de 2000 por el Pontificio Consejo para los Laicos/PCL), lugar de encuentro y de coordinación de Asociaciones de fieles - la mayor parte de derecho público.

a) El FIAC forma parte de una coordinadora llamada Conferencia de las OIC (COIC). Con el nuevo CJC todas estas organizaciones - y también los nuevos movimientos - se han renovado, presentando sus estatutos y han sido reconocidos como Asociaciones Internacionales de Fieles (AIF) por el PCL.

En la COIC se está produciendo un profundo cambio - no solo de nombre que ya no es representativo de las AIF - que llevará a decisiones definitivas en junio en París, con el probable cese de la COIC.

b) Mientras tanto ha nacido una nueva coordinación promovida por la Secretaría de Estado con el PCL para las OING católicas (primera reunión noviembre de 2007) para una convergencia de posiciones a nivel de las instituciones internacionales.

El FIAC no es una OING, no participa en el Forum, pero podría colaborar en la formación de los operadores a nivel internacional.

c) Una perspectiva de trabajo futuro es el compromiso para REDES libres entre AIF. Una Red interesante podría estar constituida por las OIC/AIF con raíces de AC.

Con algunas AIF ya estamos en contacto por afinidad de objetivos UMOFC - FIHC - MIDADE - JECI MIECI y se colabora también gracias a responsables de AC presentes en los organismos directivos.

En particular sobre el tema: FINANCIACIÓN DEL FIAC

En colaboración con Bruno Frugoni, administrador del FIAC 2005-2008, anteriormente administrador nacional de ACI.

Algunas notas breves y perspectivas

PRIMA FASE: desde los primeros pasos al Congreso de 2004

Después de la fase preparatoria sostenida por la ACI - desde el primer encuentro de oración y reflexión en octubre de 1987 hasta la aprobación de la Asamblea constituyente en noviembre de 2001 - el documento normativo ha previsto una cuota mínima anual de adhesión que poco a poco ha sido tácitamente confirmada durante las sucesivas asambleas.

Los gastos ordinarios para la vida del FIAC han sido sostenidos con una aportación anual de la Secretaría de Estado, con las cuotas de los países (normalmente abonadas en el momento de la Asamblea) y el resto cubierto por la ACI.

Los gastos de las iniciativas continentales, para los jóvenes y para aquellas en algunos países que se han ido intensificando poco a poco, han sido cubiertos con aportaciones de varias procedencias, siempre dentro del área eclesial: Conferencia Episcopal Italiana, Santa Sede, CE España, Renovabis, AC de los países que acogían la iniciativa y ACI.

Con el tiempo se ha podido articular un balance trienal y anual hasta la preparación del Congreso Internacional sobre la AC, que ha sido financiado en la mayor parte de los gastos por la CEI.

Consideramos que el Congreso de 2004 ha supuesto un antes y un después en la vida del FIAC, en cuanto que ha animado una nueva fase de promoción de la AC.

FASE DE PASO 2004-2008

En el trienio que concluye, el Secretariado está afrontando un incremento de las actividades ordinarias, gracias a las nuevas iniciativas en marcha: Grupo de Promoción de la AC y Coordinación de Jóvenes y a una más intensa actividad a nivel continental.

Se han localizado algunas voces:

- Reuniones del Secretariado
- Encuentros Grupos de Promoción de AC
- Encuentros continentales
- Proyectos de promoción de AC en algunos países
- Iniciativas de la Coordinación de Jóvenes
- Ocupación de la comunicación con el sitio Web
- Gastos para la vida del Secretariado en Roma.

Después de la reunión del Secretariado celebrada en Roma el 11 de septiembre de 2006, la Coordinadora del Secretariado ha recogido una exigencia común y ha puesto en marcha una fase de profundización y de trabajo para dar forma orgánica y ordenada a la programación desde el punto de vista económico.

Gracias a la participación de todos, se está intentando ordenar, en colaboración con la administración de ACI, las voces del presupuesto y sobre todo de prever como el FIAC puede sostener en el futuro las propias iniciativas, siempre estando la disponibilidad de la ACI para ofrecer el apoyo ordinario de la sede y del personal.

Deseamos que en la V Asamblea ordinaria se abra una **SEGUNDA FASE 2008-2011** que continúe a subrayar que el FIAC es "nuestro" (sostenido por los países que son miembros en relación con su presupuesto y las diferentes formas de financiación).

El Secretariado del FIAC seguirá preparando proyectos para la promoción de la AC en los países y para el trabajo continental presentando solicitudes de financiación a los diferentes organismos con los que ya se está trabajando y a otros nuevos.

Se agradece en especial a la Conferencia Episcopal Italiana - Servicio para las intervenciones caritativas a favor de los países del Tercer Mundo - y a la Fundación Pro África de la Secretaría de Estado y a todos los que han contribuido a la financiación del FIAC.

Roma, 30 de abril de 2008

PERSPECTIVAS FUTURAS

Elecciones

Acto público

*A 20 AÑOS DE LA CHRISTIFIDELES LAICI
a la luz del Concilio Vaticano II
su actualidad*

PRESENTACIÓN
DEL DOCUMENTO NORMATIVO FIAC
Y PROPUESTA DE UN REGLAMENTO
AD EXPERIMENTUM

Ab. Giuseppe Gervasio
ex Presidente nacional AC Italia

Indicaciones para una revisión y una actualización de la modalidad operativa del FIAC, en el marco del Documento Normativo de 1995 que lo reconoce como Organismo Internacional de Derecho Pontificio con personalidad jurídica privada (can 116 CJC).

El Documento Normativo del FIAC (1995) prevé una estructura organizativa simple y funcional, en correspondencia con su finalidad: "ser un espacio donde se viva preocupación y la solidaridad entre las Acciones Católicas de los diversos países, regiones y continentes", para analizar "los grandes problemas a dimensión mundial que la sociedad contemporánea presenta a la Iglesia y a la Acción Católica" y para animar "la nueva evangelización en el respeto de los diversos contextos pastorales y las diversas realidades organizativas de las variadas situaciones en las que la Acción Católica está presente" (cf. DN 2).

El Documento Normativo confía el funcionamiento del FIAC, para aplicar las fines que le son propios, a dos órganos: la Asamblea (a la que le corresponde elaborar las opciones para el camino del Foro y adoptar las decisiones) y el Secretariado General (con funciones de representación, enlace y comunicación, de propuesta y ejecución de las decisiones de la Asamblea).

El desarrollo de la actividad del FIAC, por el número de los países miembros y observadores y por las múltiples iniciativas promovidas,

ha evidenciado poco a poco durante estos años algunas exigencias que requieren específica atención y adecuadas líneas de compromiso y que comportan formas de programación y coordinación correspondientes.

Bajo este perfil se tienen presentes algunas perspectivas de trabajo que sin duda comprometen al Foro:

- Las líneas maestras para el desarrollo de la actividad formativa del Foro.
- Las actividades para los jóvenes sea bajo el perfil del camino formativo como bajo el perfil de su compromiso eclesial.
- La atención a situaciones problemáticas (culturales, civiles, sociales) que caracterizan de manera específica los continentes o regiones y que requieren una lectura eclesial y consecuentes líneas pastorales tanto para diversos ámbitos como para diversas temáticas.
- La exigencia de un diálogo ecuménico, para un diálogo entre religiones y culturas.
- La promoción de la participación y de la corresponsabilidad en la comunidad eclesial y la renovación de las formas asociativas de la Acción Católica. (¿qué Acción Católica hoy?).
- La promoción y la experimentación de formas de "nueva evangelización" (fe y cultura, la animación cristiana en el devenir de la historia).
- La promoción de la comunicación entre las Asociaciones y Movimientos de Acción Católica del Foro y del Foro con los organismos eclesiales (de la Santa Sede, de las Conferencias Episcopales).

Para dar respuesta a estas exigencias concretas puede ser oportuno prever alguna modalidad de organización de la actividad del FIAC, consolidando y desarrollando también algunas experiencias puestas en marcha positivamente en estos años sobre algunos de los temas indicados precedentemente.

A tal fin podría ser oportuno:

- Individualizar algunos ámbitos de trabajo en los cuales el Foro pretende comprometerse particularmente.

- Constituir, para los ámbitos de trabajo seleccionados, grupos de trabajo o comisiones con la tarea específica de promover la actividad, mantener las relaciones, actuar las líneas de trabajo establecidas por la Asamblea y el Secretariado General para ese sector específico como por ejemplo: jóvenes, matrimonio y familia; particulares ámbitos de actividad; particulares ámbitos territoriales) o por funciones específicas como: relaciones con las Asociaciones y Movimientos del Foro, relaciones con los organismos eclesiales, búsqueda de recursos para la actividad del Foro.
- Confiar la constitución de grupos de trabajo o comisiones al Secretariado General, sobre la base de criterios e indicaciones de máxima establecidos por la Asamblea;
- Reforzar la actividad del Secretariado General previendo que éste pueda contar con una secretaria que sea el soporte para su actividad y del Asistente Eclesiástico y para el componente del Secretariado que desempeña funciones de coordinación; que cubra la secretaria para la actividad de los grupos y comisiones; que garantice el desarrollo de la actividad ordinaria;
- La asignación de estas tareas de Secretaría podría ser dispuesto por el Secretariado general.

Sin perjuicio de lo establecido en el Documento Normativo acerca de los aspectos económicos (la Asamblea fija las contribuciones a cargo de los miembros del FIAC, la administración de los recursos es llevada por el Secretariado General que da cuenta cada tres años a la Asamblea Ordinaria) puede ser oportuno prever que el Secretariado General:

- Elabore anualmente, sobre la base de las líneas programáticas que prevé aplicar y de las iniciativas, una previsión de los recursos necesarios, indicando las modalidades para su cobertura, con referencia a las contribuciones establecidas y otros recursos disponibles. En los recursos necesarios para la cobertura de los gastos se tendrán en cuenta aquellos relacionados con las actividades y con el funcionamiento ordinario del Foro;
- Siempre anualmente, elabore un balance informativo para los países miembros y observadores y sugiera las indicaciones oportunas para la determinación de las contribuciones y para las

otras formas de localización de recursos necesarios para el funcionamiento y para la actividad del FIAC. Estas informaciones constituye elementos sin duda importantes para las decisiones que la Asamblea Ordinaria está llamada a asumir en la materia, sobre la base del Documento Normativo.

Para los aspectos indicados precedentemente, se podrá aplicar una oportuna experimentación y, sobre la base de sus resultados, a su debido tiempo, se podrá contar concretamente con los elementos de evaluación también a los efectos de una eventual propuesta de integración y actualización del Documento Normativo, para ser sometido a la aprobación del Pontificio Consejo para los Laicos.

La V Asamblea ordinaria ha vivido el momento electoral en la mañana del 30 de abril, presidido por Francesca Zabotti, Vicepresidenta del Sector Adultos de ACI.

Primera fase

Acogida de los nuevos países miembros: los países pueden ser miembros a nivel nacional o también a través de una diócesis del país con una solicitud enviada al Secretariado por el obispo diocesano o a el obispo encargado del Apostolado de los Laicos de los países miembros.

La V Asamblea ha acogido a Rwanda a nivel nacional (cuando la AC está presente en más de tres diócesis se puede solicitar la incorporación a nivel nacional), a Senegal a nivel nacional y a la diócesis de KORHOGO en Costa de Marfil.

Segunda fase

Los países miembros - al día con el pago de la cuota de adhesión de cada año - han sido invitados a presentar su candidatura para formar parte del Secretariado. Constituida la sede electoral y la lista de los países candidatos, cada país - que tiene derecho a un voto - ha podido expresar hasta tres preferencias por los miembros del Secretariado.

Han sido elegidos y proclamados como miembros del Secretariado 2008-2011: Argentina, Burundi, Italia, Myanmar y Polonia.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

LECTURAS: Hch 17,15-22; Jn 16,12-15

EN MEMORIA DEL SIERVO DE DIOS EDUARDO FRANCISCO PIRONIO A 10 AÑOS DE SU MUERTE

HOMILÍA

S.Em. Card. Salvatore De Giorgi
Arzobispo emérito de Palermo
ex Asistente Eclesiástico FIAC y ACI

En la oración colecta con la cual hemos dado inicio a la celebración eucarística, hemos pedido al Señor que acceda a nuestro mayor deseo: "Como ahora celebramos en la Eucaristía el Misterio Pascual de tu Hijo, así podamos alegrarnos en la asamblea de los Santos, cuando venga la gloria".

En esta perspectiva de la Pascua definitiva en el gozo y en la gloria eterna de los Santos, de la cual cada celebración eucarística es garantía, preludeo y anticipación, me place recordar al Siervo de Dios de todos nosotros queridísimo, el Cardenal Eduardo Pironio, el gran inspirador y sostenedor del FIAC, en el décimo aniversario de su "pasaje de este mundo al Padre".

Así él prefería mirar la muerte con la misma visión pascual que Jesús le había presentado a los Apóstoles en la inminencia de su Pasión: el retorno a la casa del Padre. "Ahora entro en 'la gloria de mi Señor', en la contemplación directa, 'cara a cara' de la Trinidad. Hasta ahora he peregrinado 'desde lejos hacia el Señor', ahora 'lo veo tal cual es'. Soy feliz. *Magnificat.*"

En esta estupenda demostración de fe pascual que nos abre su testamento espiritual, está toda la grandeza de la vida cristiana y el secreto fructífero y fascinante del ministerio sacerdotal y episcopal de

nuestro Cardenal. Un ministerio fecundo en obras, desarrollado en una multiplicidad servicios siempre más altos y comprometidos en el corazón y para el bien de la Iglesia: como Profesor de Teología, Rector del Seminario, Vicario general, Obispo, Asistente Nacional de la Acción Católica, Secretario general y sucesivamente Presidente del CELAM, Cardenal, Prefecto de la Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, Miembro de múltiples Dicasterios de la Santa Sede. Su único propósito en todos estos servicios, como él mismo ha escrito en su Testamento, ha sido el "ser una simple presencia de Cristo, esperanza de la Gloria". Un ministerio de estilo misionero, que me place evocarlo a la luz de la Palabra de Dios que acabamos de escuchar.

En la primera lectura del *Libro de los Hechos* que nos acompaña en estos cincuenta días de la Pascua, san Lucas nos ha hecho revivir la experiencia del Apóstol San Pablo en el Areópago de Atenas durante su segundo viaje misionero. Una experiencia, humanamente hablando, decepcionante, aunque según el designio de Dios, providencial, porque es decisiva para la recta impostación del ministerio del Apóstol en el anuncio del Evangelio, que también nosotros tenemos que tener presente. Indudablemente no era fácil para Pablo, que hasta ahora había hablado en las Sinagogas de los hebreos, afrontar directamente la cultura helenística pagana, hablar y discutir con los representantes de varias corrientes filosóficas, sobre todo con los epicúreos, que sostenían el placer como la única guía del actuar, y con los estoicos, que en una visión panteísta del cosmos exaltaban el dominio de sí mismos como suprema norma moral.

Es en esto, que podría definirse como el primer diálogo interreligioso, que el Apóstol decide partir, no del anuncio de Jesucristo crucificado y resucitado, del Evangelio, sino de las convicciones religiosas de los oyentes, para poder llegar al anuncio del Evangelio.

Con una forma de "captatio benevolentiae" reconoce a los atenienses como "temerosos de dios", ya que entre los monumentos de su culto ha encontrado uno dedicado al "Dios desconocido".

Esta constatación le ofrece la ocasión para iniciar su primer llamamiento: "Yo vengo a anunciarles a Aquel a quien ustedes adoran sin conocer". Les habla del Dios creador y de la unidad radical de origen y destino de la humanidad. Subraya la relación profunda entre creatura y Creador, citando al poeta pagano Arato y

al filósofo estoico Cleante. Esclarece, consecuentemente que el Creador no puede ser asimilado a la creatura, como lo son los ídolos, fruto de la ignorancia, por lo cual invita a todos a arrepentirse, en la perspectiva del juicio divino que vendrá "por medio de un hombre que El ha designado". La referencia a Cristo es evidente, pero Pablo, al menos en ese momento no lo nombra. Y los atenienses lo escuchan con atención. Sin embargo cuando pone como prueba segura la resurrección de los muertos de este hombre designado por Dios, algunos con sarcasmo lo ridiculizaron, otros con desprecio lo abandonaron diciendo: "Te escucharemos en otro momento".

El Apóstol se ve obligado a concluir su intervención. Abandona Atenas y se dirige a Corinto, donde cambia el contenido y el método de la evangelización de los paganos: no se confiará más de la "argumentación persuasiva de la sabiduría humana" sino sólo de la "manifestación del Espíritu y de su poder" afirmando "no predicar otra cosa que Jesucristo y Jesucristo Crucificado" como el mismo lo escribe en su *primera carta a los Corintios* (2,4-5).

Esto vale también para nosotros que debemos anunciar ante todo y sobretodo a Cristo crucificado y resucitado en un contexto de fuerte y creciente descristianización. El Card. Pironio estaba plenamente convencido y lo hacía entender en su ministerio de maestro de la fe y de formador de las conciencias.

No puedo olvidar la apasionada intervención final en su discurso a la Asamblea del FIAC, tenida en Viena en 1994: "no podemos quedarnos inmóviles ante un Dios que nos hace felices, sino que tenemos que ir al mundo cotidianamente (con sus situaciones nuevas y con sus desafíos) con el renovado ardor del Espíritu Santo para anunciar explícitamente a Jesús y construir su Reino".

Todo su magisterio era cristocéntrico, como cristocéntrica era su vida, su espiritualidad, su ministerio de profesor y de pastor. Y esta espiritualidad cristocéntrica, fundada sobre la acción del Espíritu Santo del cual era devotísimo, buscaba transmitirla continuamente hablando a los sacerdotes, a los miembros de especial consagración, a los fieles laicos.

"El cristiano laico - el decía - es ante todo una creatura nueva que ha nacido en Cristo del Espíritu. Su camino es la santidad (sobre la cual no se cansaba de insistir) y un crecimiento en Cristo de novedad en novedad. La santidad se realizará cuando el cristiano

haya alcanzado la novedad definitiva. En este camino está presente sobre todo el Espíritu Santo: todos los que son Hijos de Dios son conducidos por el Espíritu. Es el Espíritu de la libertad interior, de la oración filial, de la fortaleza y del testimonio, de la verdad y del amor. Es el Espíritu que renueva todas las cosas y es el Espíritu que realiza la unidad interior”.

Este canto suyo al Espíritu Santo, me parece un tocante y comprometido comentario al pasaje del Evangelio de hoy, en el cual Jesús nos ha hecho escuchar la más grande promesa pascual hecha a los Apóstoles en el cenáculo, el primer jueves santo: la promesa del Espíritu Santo, del Paráclito, del Consolador, Espíritu de Verdad, que nos guía a la verdad plena, Espíritu de comunión y de misión.

El Card. Pironio era un enamorado de la comunión y un apasionado de la misión eclesial, porque cultural y espiritualmente comprendió el misterio de la Iglesia, misterio de comunión y de misión, en el cual todos estamos insertos y de lo cual quería que todos tuviéramos conciencia. “La comunión - dice en Viena - es el inicio y el término, el centro y el corazón de la nueva evangelización”, porque - citaba a Juan Pablo II - “es un gran don del Espíritu Santo”, el verdadero “protagonista de la misión”. La comunión “vive y crece en la medida en que se vive en ‘Cristo Jesús’ y en el ‘Espíritu Santo’”.

En lo que respecta a la Acción Católica que él ha “amado mucho” como escribió en su Testamento, agrega en aquella ocasión que “está llamada a la comunión eclesial y a este mandato misionero (en el corazón del mundo lugar teológico de la santificación y de la misión laical), tiene una valencia particular” e indicaba las diversas instancias y connotaciones: la intensificación de la “vida espiritual” en íntima comunión con la Trinidad, la “comunión perfecta con la Iglesia universal que Pedro preside”, la participación activa en “los planes pastorales de la Diócesis en comunión orgánica con los Pastores”, la inserción profunda en “los nuevos areópagos donde la Iglesia es llamada a proclamar el Evangelio con el nuevo ardor del Espíritu Santo”.

“La fuerza de la Acción Católica - concluía - ha sido siempre su unión con la Jerarquía y su fidelidad a la oración y a la vida sacramental. Vivan la novedad cristiana del Bautismo en la participación activa de la Eucaristía, déjense purificar por la gracia renovadora de la Reconciliación y renueven cada día la fuerza siempre activa de la Confirmación”.

Es un mensaje perenne, que la Acción Católica deberá siempre y donde quiera que esté, recordar y poner en práctica, si quiere crecer - como todos deseamos y auguramos y como es la finalidad del FIAC - en calidad apostólica y en expansión geográfica, siguiendo los pasos de los Santos y Beatos, de los Venerables y de los Siervos y Siervas de Dios, que en la Acción Católica o en el servicio a la Acción Católica nos han precedido en el camino de la santidad, en el seguimiento de Jesús sobre la vía de las Bienaventuranzas, animados por la ayuda materna de María, que Juan Pablo II invocó como Reina de la Acción Católica.

También en esto el Cardenal Pironio nos ha dado y dejado el ejemplo. Enamorado de Cristo y de la Iglesia, no podía dejar de estar enamorado de María, madre de Cristo y de la Iglesia. A ella le gustaba pedirle, y le pedimos con él también nosotros en esta celebración eucarística en su memoria, “que nos acompañe siempre con la generosa disponibilidad de los discípulos, con el ardor de los testigos y con la serena fortaleza de los mártires”.

*El momento público
ha concluido en la Domus Mariae
donde - después de la cena -
los participantes e invitados
pudieron seguir y gustar
un “obsequio musical”
con fragmentos interpretados
por el Concertus Músicus
Fabratenus Josquin des Pres
de Ceccano.*

1. EL LAICADO HOY LAS CUESTIONES CRUCIALES

Prof. Dr. Guzmán Carriquiry
Sub-Secretario Consejo Pontificio para los Laicos

De un tema tan vasto y complejo, algo pretencioso, me limitaré a un planteamiento esquemático, con la esperanza que resulte sugestivo y estimulante, y que provoque un examen crítico capaz de ulteriores aclaraciones, correcciones y profundizaciones.

Concentro mi intervención en 15 cuestiones cruciales - que son como 15 pasajes necesariamente inter-vinculados de un mismo itinerario de reflexión - a veinte años de la publicación de la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*.

I. Debemos ser conscientes que somos protagonistas de una gran corriente histórica contemporánea que fuera llamada, algo pomposamente, con la referencia a la "promoción del laicado". Esta corriente hunde sus raíces históricas en la segunda mitad del siglo XIX y se desarrolla como una de las características más importantes que marcará el siglo XX eclesial hasta nuestros días.

Desde el punto de vista crítico, esta corriente implica la gradual superación de las huellas de un impregnado clericalismo en el rostro y la praxis de la Iglesia desde la época tridentina tardía, causadas por la reacción resistente y defensiva ante el asedio de la modernidad secularizante bajo el impulso de sus dos mayores instancias críticas: la Reforma protestante y la Ilustración (que, en modos muy diversos, fueron instancias "laicales").

Desde el punto de vista propositivo, esta corriente manifiesta y suscita una renovada autoconciencia de la vocación, dignidad, identidad de los fieles laicos, de su pertenencia, corresponsabilidad y participación en la comunión eclesial, de su responsabilidad y

contribución singular a su misión. El Concilio Ecuménico Vaticano II ha sido acontecimiento capital en la vida de la Iglesia, y especialmente respecto a dicha corriente de "promoción del laicado". Esta conciencia renovada de la identidad de los laicos resplandece especialmente en el eje de sus enseñanzas, entre las constituciones *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, con un complemento más bien práctico, que es el decreto *Apostolicam actuositatem*. Posteriormente, en el camino sinodal - "sínodo" quiere decir, precisamente, camino hecho juntos - que retomó, actualizó y desarrolló estas enseñanzas, hemos recibido el don de la Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles Laici*, considera "carta magna" para el laicado de nuestro tiempo.

II. No obstante ello, en las sucesivas décadas del post-concilio hubo muchos debates sobre la identidad de los laicos, si bien esta temática ha ido quedando algo relegada en la reflexión eclesial en los últimos años. No cabe duda que muchos laicos siguen siendo destinatarios y clientes pasivos de servicios religiosos, arrastrando una mentalidad clerical. Otros han confundido la "promoción de los laicos" como la lucha por la distribución de poderes, derechos y funciones en una Iglesia considerada, de facto, como el escenario tenso de tres corporaciones (clero, religiosos y laicos) en oposición. También hemos sufrido una primera fase post-conciliar de crisis, de prueba, manifestada, entre otras cosas, por ráfagas de secularización de clérigos seguida después por cierta clericalización de los laicos.

La *Christifideles Laici* retomó y concentró las enseñanzas del Concilio ya desde su mismo título: "*christifideles laicos*". El sustantivo es "*christifideles*", es decir, lo que es más radical y originario del ser cristiano, anterior e interior a todo estado de vida: lo común de todos los fieles es el bautismo, la gracia de filiación, es común la vocación a la santidad, única e indivisa es la fe, la esperanza y la caridad, somos todos miembros vivos del único cuerpo del Señor edificado en la fuerza del Espíritu, somos todos partícipes de la misión de la Iglesia. Por eso, se ha podido afirmar tajantemente: "Laico, es decir, cristiano!". Y vale aquella afirmación de San Agustín, entonces Obispo de Hipona: "soy Obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros". La misma Exhortación apostólica nos brinda al respecto una afirmación fundamental: "Es la inserción de Cristo por medio de la fe y de los sacramentos de iniciación cristiana, la raíz primera que origina la nueva condición del cristiano en el misterio de la Iglesia, la que constituye su más profunda 'fisionomía', la que está en la base de todas las vocaciones y del dinamismo de la vida cristiana de los fieles laicos" (n. 9).

Si ante todo nos definimos en la común dignidad y responsabilidad de ser cristianos, lo de "laicos" indica la modalidad "seglar", la "índole secular", que es una modalidad - por cierto, de profundo sentido teológico y sociológico - en la que se realiza la novedad cristiana derivada del bautismo. Por supuesto que hay que mantener con claridad la diferencia entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial, entre estado de vida secular y estado de vida religioso, pero la peculiaridad de cada ministerio y estado de vida se vive en la circularidad de la comunión eclesial, en la que es común su profundo significado de "ser modalidad según la cual se vive la dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad" y, a la vez, se trata de modalidades "diversas y complementarias" (n. 55).

III. Ahora bien, el 98% de los bautizados en la Iglesia católica son laicos, pero de éstos sólo un promedio aproximado, que varía entre el 5 y el 15%, participa en lo que se considera un índice necesario, muy importante, pero no suficiente de la praxis cristiana: el precepto dominical. Para muchos el bautismo ha quedado sepultado bajo una capa de indiferencia y olvido en medio de una inaudita descristianización. Y de ese 10 o 15% hay un alto porcentaje que vive la propia confesión cristiana en modo fragmentario y episódico, seleccionando arbitraria o confusamente las verdades de la doctrina y la moral de la Iglesia que desea aceptar y seguir, con poca repercusión del cristianismo en los intereses portantes de la propia existencia.

La transmisión de la fe en nuestro tiempo encuentra graves dificultades y obstáculos; ya nos es más un patrimonio común ni una posesión tranquila, sino un don cada vez más asediado y ofuscado por los "dioses" y los "señores" de este mundo. Cuestión crucial es, pues, cómo el don de la fe es transmitido y acogido. La cuestión fundamental es la fe de los cristianos, y no las circunstancias ni las tareas ni los desafíos que deben enfrentar.

IV. Lo que está en juego, en primer lugar, es la naturaleza misma y la significación del acontecimiento cristiano en la vida de las personas. El cristianismo no es, ante todo, una doctrina, una ideología, ni tampoco un conjunto de normas morales, menos aún un espiritualismo de "bellas almas". Es un hecho, históricamente acaecido: el Verbo se hizo carne, el Misterio en que todo consiste y subsiste ha irrumpido en la historia humana, Jesucristo ha revelado el rostro de Dios, que es amor misericordioso, y a la vez la vocación, dignidad y destino de la persona humana y de toda la creación, salvadas de la caducidad, de la corrupción, por su victoria pascual.

Ha sido dado a toda persona, en todo tiempo y lugar, ser contemporánea de la Presencia de Cristo gracias a su Cuerpo y a su Pueblo, que es la Iglesia, la compañía de sus testigos y discípulos.

Por eso, Benedicto XVI enseña en su encíclica *Deus Caritas Est* que "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (n. 1).

Cuestión prioritaria y fundamental es que la fe comience o recomience siempre a partir del don de un encuentro personal con la Presencia excepcional y fascinante de Jesucristo. Todos estamos llamados a vivir la fe como nuevo inicio, como esa novedad sorprendente de vida, esplendor de verdad y promesa de felicidad, que reenvía al acontecimiento que la hace posible y fecunda.

No es casual que el pontificado de Juan Pablo II se haya inaugurado con su llamado a "abrir las puertas a Cristo" y concluya con su invitación a "recomenzar desde Cristo" (*Novo Millennio Ineunte* nn. 29 y ss.), fija la mirada en su rostro, redescubriendo toda la densidad, profundidad y belleza de su misterio, confiados mendigos de su gracia, conscientes de ser llamados a la santidad, desde la pertenencia al misterio de comunión que es la Iglesia, en la más inaudita "revolución del amor" que da sentido y plenitud a la historia humana.

Las raíces cristianas y la tradición católica se mantienen vigentes, mucho más que por referencias históricas, declamaciones retóricas o combates políticos, por conversión presente, en carne y sangre, de hombres nuevos y mujeres nuevas. No hay otro camino que "recomenzar desde Cristo", para que Su Presencia sea percibida, encontrada y seguida con la misma realidad, novedad y actualidad, con el mismo poder de persuasión y afecto, que lo experimentado hace 2000 años por sus primeros discípulos en las orillas del Jordán. Sólo en el estupor de ese encuentro, sobreabundante a todas nuestras expectativas pero percibido y vivido como plena respuesta a los anhelos de verdad y felicidad del "corazón" de la persona, el cristianismo no queda reducido a una lógica abstracta sino que se hace "carne" en la propia existencia.

Por todo ello, la primera y más verdadera actitud humana y cristiana es pedir, invocar, como pobres pecadores suplicantes, que el misterio de Dios se manifieste en nuestra vida, que seamos capaces de reconocer la presencia de Cristo que se trasluce a través del testimonio de sus apóstoles y discípulos y de acoger su designio de salvación en nuestra vida con un pronto y obediente "fiat", como el de María.

V. Por eso mismo, hay que estar vigilantes ante tres modalidades de reducción de la naturaleza del acontecimiento cristiano, que están en el futuro de nuestro presente. Una es su reducción como preferencia religiosa irracional, confinada entre las muy variables e intercambiables ofertas "espirituales" que abundan en los escaparates de la sociedad del consumo y el espectáculo, sea en la versión de un sentimentalismo "light", sea en las rígidas formas reactivas del pietismo, del fundamentalismo. Otra es su reducción moralista, como si el cristianismo fuese sólo símbolo de compasión por los semejantes, un edificante voluntariado social, un mero impulso ético de complementación funcional para tejidos sociales disgregados por el fetichismo del dinero, por el empobrecimiento, la injusticia, la exclusión y la violencia. Está, en fin, la reducción "clerical", preocupada sobre todo por el poder, en que agendas y estilos eclesíásticos quedan modelados por esa atracción desordenada y modelados por la presión mediática.

VI. Ahora bien, sólo gracias a ese encuentro con Jesucristo, se emprende un necesario camino de educación y crecimiento en la fe y de su verificación en la vida, desde la iniciación o reiniciación cristianas hasta la formación de personalidades cristianas maduras. El método de educación en la fe resulta fundamental. Se trata de proponer un camino, un método y una compañía para que los bautizados se conviertan efectivamente en discípulos, testigos y misioneros de Jesucristo. En otras palabras, se trata del redescubrimiento, lleno de gratitud, alegría y responsabilidad, del propio bautismo como la más profunda y sublima autoconciencia de la dignidad de la persona, disminuida y ofuscada por el pecado pero regenerada por la gracia, destinada a la plena estatura de lo humano en Cristo Jesús.

De tal modo, crece la "criatura nueva" que somos por el bautismo, hombres nuevos y mujeres nuevas, no en sentido retórico o simbólico sino desde todo su realismo ontológico, en cuanto protagonistas nuevos dentro del mundo. La formación cristiana no es mera información sino con-formación a Cristo. Este crecimiento ha de ser alimentado por todo el tesoro de gracia y santidad, de verdad y caridad, de la tradición católica, comunicada por medio de la sacramentalidad de la Iglesia, de su ministerio y magisterio jerárquicos, y de los más diversos carismas.

Hago aquí una referencia a lo que Benedicto XVI ha llamado "emergencia educativa", refiriéndose especialmente a la juventud. ¿Cómo transmitir a los jóvenes razones fuertes e ideales grandes para vivir y convivir, para amar, luchar y esperar, para saber entregar la

propia vida en el don conmovido y sacrificado de sí? ¿Cómo comunicarles la tradición católica como desafío a su libertad y respuesta total a sus anhelos de verdad y felicidad? La Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Madrid, en el año 2011, es oportunidad providencial para una vasta movilización kerigmática, educativa, catequética y misionera que convoque y conmueva la juventud en toda España.

VII. El encuentro con Cristo y la familiaridad y comunión con El que se va dando en el camino de educación en la fe, se verifican como experiencia de una sorprendente novedad de vida. La confesión de fe y el entramado de la vida cotidiana no quedan más divorciados, en compartimentos separados. Nada puede quedar ajeno a esa "metanoia", es decir, a esa conversión, a esa transformación de toda la existencia. Si es verdadero y decisivo encuentro, cambia la vida de la persona e imprime con su impronta la vida matrimonial y familiar, las amistades, el trabajo, las diversiones, el uso del tiempo libre y el dinero, el modo de mirar toda la realidad, e incluso los mínimos gestos cotidianos. Todo lo convierte en más humano, más verdadero, más esplendoroso de belleza, más feliz. Todo lo abraza con la potencia de un amor transfigurador, unitivo, vivificante. "El que está en Cristo, es nueva creación" (2Co 5,16).

Lo que queda sin cambiar hace parte de nuestra carga residual de paganismo, de mundanidad. El cristianismo es llamado de Cristo a nuestra libertad; espera la simplicidad del "fiat", como el de la Virgen María, para que, por medio de la sacramentalidad de la Iglesia, se haga carne en nuestra carne. De tal modo se convierte en totalizante, que es lo contrario de un cristianismo disociado de los intereses vitales de la persona.

Esta "metanoia", esta novedad de vida, no es resultado del esfuerzo moral, siempre frágil, de la persona, sino fruto ante todo de la gracia, o sea, de un encuentro que se vuelve amistad, comunión, confianza en el amor misericordioso de Dios y que puede llegar a exclamar con el apóstol: "vivo, pero no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Ga 3,19). "La síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar - señalaba Juan Pablo II en la *Christifideles Laici* - será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca, y para que se configuren nuevos modos de vivir más conformes a la dignidad humana" (n. 34).

Sólo quienes vivan la experiencia de una vida materialmente cambiada por la fe, no obstante las propias incoherencias y

miserias, siempre confiándose a la misericordia de Dios, se convertirán en auténticos sujetos que hagan presente el cristianismo en todos los ámbitos de la vida personal y la convivencia social. En ese cambio profundo de la persona reside la experiencia originaria que hace posible y fecunda toda transformación social.

VIII. Esta novedad de vida que va configurando toda la existencia ha de llegar a ser una nueva sensibilidad, una modalidad nueva de mirar, afrontar y discernir toda realidad. No faltan, en verdad, los católicos que viven con seriedad su cristianismo en las condiciones ordinarias de su vida familiar y laboral, pero cuya mirada sobre la realidad pública de las naciones queda prisionera y ofuscada por los diafragmas transmitidos por los poderes políticos, culturales y mediáticos. Los hay devotos pero incongruentes. Hay situaciones y riesgos muy presentes de degeneración del cristianismo, reduciendo su pretensión de verdad, su contenido cognoscitivo de toda la realidad.

En efecto, si Dios existe y es el "Logos", no puede no ser la racionalidad última de toda la realidad. Y si Dios se ha revelado en Jesucristo, ¿cómo no considerar el acontecimiento de la encarnación de Dios como el hecho más capital de la historia humana, la clave de la inteligencia de toda la realidad? "Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano", afirmó Benedicto XVI en Aparecida.

Esta pretensión de verdad no se reduce a una fórmula intelectual, a un razonamiento filosófico o a una cosmovisión ideológica, sino que se identifica con una persona que ha dicho de sí: "Yo soy la verdad", "yo" la verdad del cosmos y de la historia, "yo" la clave más radical y total de la realidad, "yo" el significado y destino de la existencia humana, ¡"yo" el sentido de tu vida! No hay otra alternativa: o es la afirmación de un loco o es sorprendentemente verdadera. A nosotros, cristianos, che hemos recibido esa revelación por el flujo de una tradición viva de 2000 años y que la hemos experimentado como verdadera en la propia vida, nos toca, ¡nada menos!, proponer esta "hipótesis" y demostrar su razonabilidad, lo que no nos exime sino por el contrario nos exige auscultar los "signos de los tiempos", apreciar, discernir e integrar las múltiples aproximaciones a la verdad en los campos del conocimiento científico, metafísico y sapiencial, emprender diálogos a 360 grados con quienes afrontan con seriedad la condición humana y elaborar síntesis culturales siempre provisionarias.

Nuestra certeza como católicos no puede ser otra que Cristo constituye el centro efectivo de la realidad histórica y la piedra angular de toda construcción auténticamente humana, y, por ende, la Iglesia católica. La pertenencia al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es la referencia ineludible como juicio nuevo y original sobre propia vida y sobre toda la realidad. Cuando esa pertenencia resulta frágil en la conciencia y en la vida, no se da ese juicio original (la fuerza purificadora de la fe respecto a la razón), por lo que se termina por resultar subordinado a las instancias dictadas vez por vez por el poder y los intereses dominantes. La inteligencia de la fe ha de iluminar radicalmente la inteligencia de la realidad.

¿Acaso Benedicto XVI no está llamando y urgiendo a una revalorización de la razón, no encerrada y disminuida en sus límites utilitarios, sino alargada en todas sus dimensiones posibles, hasta el encuentro con la fe, que la sostiene y potencia, que "todo lo ilumina con nueva luz (...) y orienta la inteligencia hacia soluciones plenamente humanas" (*Gaudium et Spes* n. 11)?

IX. No hay verdadero itinerario de crecimiento en la fe y de responsabilidad cristiana sin que los fieles laicos redescubran y vivan la pertenencia a la Iglesia como misterio, en toda su profundidad y densidad, en toda su verdad y belleza. Pablo VI tuvo que cargar una pesada cruz: ¿Cómo era posible que un Concilio de profunda y bellísima eclesiología, de renovada autoconciencia eclesial por don del Espíritu Santo, fuese actuado en medio de fuertes corrientes de desafección, contestación, manipulación, reduccionismos y abandono de la Iglesia por parte de no pocos de sus hijos?

La Iglesia no es una institución religiosa entre otras. No es sólo una conciencia moral de la humanidad. Menos aún se trata de una grande organización no gubernamental de humanismo filantrópico. No se define nunca por sus éxitos políticos o culturales. Ella es un gran misterio, sacramento de la Presencia de Dios, cuerpo del Verbo encarnado, que prolonga esta Presencia en el tiempo y en el espacio para ser contemporánea a todo hombre a través del pueblo cristiano. Es necesario, por ello, educar a los cristianos a una gozosa gratitud y a una viva responsabilidad que surja del sentido de pertenencia a la Iglesia. Es necesario educar a vivir la dimensiones inescindibles, humana y divina, de la naturaleza de la Iglesia, con todos los factores que la constituyen (Palabra y Sacramentos, Sucesión apostólica y jerárquica, sacerdocio ministerial y sacerdocio común, comunidad y carismas...). Es necesario educar a los fieles en el sentido vertical y horizontal del misterio de comunión, como milagro de unidad que asombra y atrae, y que derriba los muros de separación, sea por la

indiferencia entre los hombres, sea por la manipulación, explotación y opresión, formas mundanas, pecaminosas, de las relaciones humanas.

En ese sentido, es tarea fundamental saber edificar y proponer comunidades cristianas que ayuden a los fieles laicos a vivir su vocación, a educarlos en la fe, a crecer en santidad, a ser protagonistas de la misión y dar testimonio de servicio en el mundo. Es decir, los fieles laicos tienen necesidad de ser atraídos e incorporados, abrazados y sostenidos, acompañados y alimentados por comunidades cristianas que sean para ellos ámbitos de vida nueva, signos y reflejos del misterio de comunión, compañías fraternas y exigentes de discípulos de Cristo, método y escuelas educativos, sostén de un gran amor para la propia vida.

No basta la asistencia periódica a ritos religiosos, ni referencias abstractas a la Iglesia, ni la multiplicación activista de programas e iniciativas. Son necesarios, más que nunca, ambientes comunitarios, conformes al ser de la Iglesia en sus dimensiones sacramentales, comunitarias, catequéticas y caritativas, en los cuales se pueda vivir la vocación cristiana de manera razonable, persuasiva, atractiva, exigente hasta la radicalidad, misericordiosa y compasiva, llena de fidelidad y esperanza. A ello están llamadas a ser todas las comunidades cristianas, comenzando por las familias cristianas y las parroquias. Lo son, en formas diversas y muchas veces paradigmáticas, asociaciones, movimientos y nuevas comunidades eclesiales.

X. Quien quiere la "promoción de los laicos", su verdadero "protagonismo" como cristianos, ha de querer el fortalecimiento de la realidad asociativa de los fieles, como lo señaló el Concilio Vaticano II. Las épocas de mayor "protagonismo" de los fieles laicos han sido siempre épocas de gran florecimiento de muy variadas formas asociativas y movimientos eclesiales. Así lo fue el despertar laical a fines del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, teniendo como principal escuela y paradigma asociativo a la Acción Católica, recomendada especialmente por el Concilio Vaticano II y cuya tradición es recordada y relanzada por la Exhortación *Christifideles Laici*. Así lo son estos tiempos post-conciliares que, junto a los procesos de renovación de numerosas asociaciones tradicionales, han visto la emergencia y expansión de muy diversos movimientos eclesiales y nuevas comunidades como principal corriente propulsora. De ellos es abundante el magisterio de Juan Pablo II y Benedicto XVI, reconociéndolos como "providenciales" para la misión de la Iglesia en el mundo actual; son "casas y escuelas de comunión", cuyas riquezas carismáticas, educativas y misioneras

abrazan, conmueven y convierten la vida de muchos cristianos y especialmente de laicos.

En la *Christifideles Laici*, nn.29 y ss., se señaló esa "nueva época asociativa de los fieles laicos", en formas muy diversas, caracterizada por la irrupción tempestiva de dones del Espíritu Santo, como a modo de racimo. Hay que saber alentar, pues, las más diversas asociaciones, movimientos y comunidades a la luz de los "criterios de eclesialidad" (n.30) indicados en la *Christifideles Laici* y desarrollados en el iluminante y alentador magisterio pontificio.

Estos criterios son guías para el discernimiento por parte de la autoridad eclesiástica, a la que toda asociación de fieles tiene que someterse. De ellas se espera una cada vez más abierta disponibilidad al servicio del ministerio universal del sucesor de Pedro, a la "utilidad común" de las Iglesias locales bajo la guía de sus Pastores, a la colaboración con otras instancias eclesiales para bien de la misión y de la presencia pública de los católicos ante cuestiones cruciales para el bien común. Hay mucho que aprender de la experiencia de asociaciones y movimientos en la pastoral de las Iglesias locales, y ésta ha de ser cuadro de referencia para la inserción y colaboración de asociaciones, movimientos y nuevas comunidades, desde su libertad asociativa y según sus respectivos carismas y finalidades.

XI. Si nada de lo humano puede ser ajeno al cristiano, sabemos que a los fieles laicos toca vivir la vocación cristiana en las circunstancias ordinarias de la vida familiar, laboral y social. Se trata de la dimensión secular de los laicos. Esto significa ante todo, experimentar y testimoniar con la propia vida que Jesucristo es "camino, verdad y vida" para afrontar los interrogantes sobre el sentido de la existencia, sobre el significado de toda la realidad; que es respuesta sobreabundante, razonable, para una plena satisfacción de los deseos de realización humana, de felicidad, de belleza, de paz y de justicia que emergen de la naturaleza humana, del "corazón" de la persona, deseos que no admiten confines y que no pueden quedar frustrados. A los laicos les toca mostrar, en la trama concreta de la convivencia, el rostro de los redimidos, la potencia y la fecundidad de la caridad, la buena noticia de la dignidad de la persona, de su razón y libertad, una sorprendente novedad humana en todos los ambientes y en todas las circunstancias.

Les compete asumir, bajo la propia libertad y responsabilidad, a la luz de un juicio cristiano enriquecido por la doctrina social de la Iglesia, la reforma de todo lo que sea opresivo de la dignidad de la

persona y el emprendimiento valiente y competente de caminos y formas de convivencia más dignas de todo el hombre y de todos los hombres. Esto es lo contrario a toda caricatura de "fuga mundis" o a toda forma de clericalización (es decir, de repliegue eclesiástico y anonimato mundano). La insistencia reiterada con la que, desde el Concilio Vaticano II, los sucesivos pontífices han destacado este compromiso peculiar e insustituible de los fieles laicos, parece indicar que ello requiere mucho mayores inversiones educativas y realizaciones efectivas.

XII. Hay cinco ámbitos muy importantes para el testimonio cristiano de los fieles laicos, para su presencia misionera, evangelizadora, y para la construcción de nuevas formas de vida más humanas en las cuales se entrevean los signos del Reino de Dios ya presente y operante:

- La familia, fundada sobre el sacramento del matrimonio entre hombre y mujer, comunidad de amor y vida, célula básica del tejido humano y social, escuela de humanidad e iglesia doméstica, "patrimonio de humanidad", hoy más que nunca agredida en su naturaleza misma, en su unidad, en su misión.
- El trabajo, como co-creación, signo y crecimiento de dignidad, ámbito de solidaridad y santificación, hoy sometido a fuertes tendencias de transformación y precarización.
- La política, como alta expresión de la caridad, servicio al bien común, hoy a menudo apropiada por corporaciones auto-referenciales y degenerada en la mera gestión del poder.
- La educación, porque todo inicia, encuentra su fuerza y depende de la conciencia del "yo" de la persona, de su libertad y responsabilidad, de su crecimiento integral, del capital humano y social, puesto delante a una verificación de la tradición como hipótesis de construcción; hoy día dimensión muy descuidada por una sociedad que no sabe educar e incluso abdica de su responsabilidad educadora.
- La cultura, como conciencia crítica de la experiencia humana, que se despliega en los areópagos universitarios, de la investigación científica, de las innovaciones tecnológicas, de las corrientes filosóficas e ideológicas, de las creaciones artísticas y del cada vez más importante campo de las comunicaciones de masas, ámbitos en que, por lo general, se tiende a reducir la razón en racionalismo y la libertad en liberalismo radical o libertinismo.

140 XIII. Me detengo especialmente en la consideración del compromiso

político de los fieles laicos, pues recientemente el Santo Padre ha tenido tres intervenciones muy significativas al respecto. La primera fue en el discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopato Latinoamericano, an Aparecida: "El respeto de una sana laicidad - incluso con la pluralidad de posiciones políticas, es esencial en la tradición cristiana. Si la Iglesia comenzara a transformarse directamente en sujeto político, no haría más por los pobres y por la justicia, sino que haría menos, porque perdería su independencia y autoridad moral, identificándose con una única vía política y con posiciones parciales opinables.

La Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres precisamente al no identificarse con los políticos ni con los intereses de partido (...). Formar las conciencias, ser abogada de justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector. Y los laicos católicos deben ser conscientes de su responsabilidad en la vida pública; deben estar presentes en la formación de los consensos necesarios y en la oposición contra las injusticias (...). Por tratarse de un continente de bautizados, conviene colmar la notable ausencia en el ámbito político, comunicativo y universitario de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas" (Aparecida, 13.05.07).

La segunda intervención significativa en este campo fue la que el Papa planteó durante su visita pastoral en Cerdeña: tarea muy importante - dijo Benedicto XVI - es la formación "de una nueva generación de laicos cristianos comprometidos", que sean "capaces de evangelizar el mundo del trabajo, de la economía y de la política" (Cagliari, 7.IX.08).

La tercera intervención que es importante citar es la pronunciada a los participantes a la XXIII asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, el 15 de noviembre de 2008: a los laicos corresponde - afirmó el Santo Padre - "dar testimonio de la caridad, especialmente a los más pobres, a los que sufren y a los necesitados, así como asumir todos los compromisos cristianos destinados a crear condiciones de justicia y paz cada vez mayores en la convivencia humana, de modo que se abran nuevas fronteras al Evangelio (...). De modo particular, reafirmo la necesidad y urgencia de la formación evangélica y el acompañamiento pastoral de una nueva generación de católicos comprometidos en la política, que sean coherentes con la fe profesada, que tengan rigor moral, capacidad de juicio cultural, competencia profesional y celo de servicio para el bien común".

XIV. Se requiere con determinación y urgencia ir superando la diáspora y el anonimato de los cristianos en la sociedad, su asimilación mundana, la fractura entre fe privada y compromiso público, a través de una educación en la fe, un conocimiento y propuesta creativa de la doctrina social de la Iglesia, una convergencia de ideales y una tensión hacia la unidad, para saber afrontar las grandes cuestiones del momento actual que estamos viviendo. La Doctrina Social de la Iglesia propone tres principios ideales, hoy día actualísimos: dignidad de la persona (jamás reducible a una partícula de la naturaleza o a un elemento anónimo de la ciudad humana), subsidiariedad (como compromiso de la propia libertad, participación asociativa y democrática desde las bases, superando una confianza excesiva en la acción del Estado y en la mano invisible del mercado) y la solidaridad, expresión de la caridad, especialmente con los más pobres, los que sufren, los excluidos, los oprimidos, a modo de buenos samaritanos y como constructores de formas de vida más dignas, más justas, derribando muros de inicua indiferencia, violencia, egoísmo y desigualdad.

Hay como un "programa" para este compromiso cristiano y para esta convergencia ideal: la defensa de la vida como don, desde la concepción hasta la muerte natural (y bien advertimos como las cuestiones sobre la vida y la muerte planteen hoy un crucial debate antropológico en la arena pública); la salvaguarda de la verdad, la belleza y el bien del matrimonio y de la familia; la libertad de educación y todo lo que ello implica; la defensa de la "*libertas ecclesiae*" que es fuente y garantía de cualquier otra libertad, y que se conjuga con la promoción de los derechos naturales de la persona y de las naciones; la creación de un tejido de obras de caridad, de educación, de salud, de trabajo, de asistencia y solidaridad que sean como piezas de una sociedad que cambia y mejora; la definición y emprendimiento de nuevos modelos de desarrollo, con renovadas sinergias entre Estado, mercado y sociedad civil, de carácter inclusivo, con especial cuidado de los más pobres, necesitados y desamparados; la construcción de formas de convivencia que, desde la revitalización de la propia tradición, sepan ser acogedoras y promotoras de encuentro culturales, evitando las polarizaciones entre un repliegue identitario xenófobo y una disgregación multicultural en compartimentos estancos; la promoción de la paz desde lo "micro" hasta lo "macro", y el rechazo de la violencia, la guerra y el terrorismo; la ampliación de la participación democráticas en la vida de las naciones; la afirmación de una laicidad positiva más allá del fundamentalismo y del laicismo; la cooperación con los países y las poblaciones más

pobres y la búsqueda de modalidades para superar las grandes desigualdades e iniquidades que configuran el "desorden" internacional; la reforma de las estructuras políticas, comerciales y financieras a nivel internacional en pos de una comunidad de naciones y un auténtico espíritu solidario de familia humana. Hoy más que nunca la Iglesia y los cristianos son - y deben serlo cada vez más - protagonistas en las grandes tareas de custodia de la vida, custodia de la razón y la libertad, custodia de una ecología humana de convivencia, custodia de los grandes ideales de la paz y de la justicia, custodia de la esperanza.

Por cierto, no se nos puede pedir que dejemos de lado la convicción de que Cristo es la piedra angular de toda construcción verdaderamente humana, pero precisamente ello despierta y mantiene viva la más positiva disponibilidad a colaborar con los otros hermanos cristianos, creyentes de otras religiones y hombres de buena voluntad, en la perspectiva de este "programa", participando en la dialéctica democrática, compartiendo buenas razones y buscando los consensos oportunos más allá de límites confesionales e ideológicos.

XV. La grandeza de la vocación cristiana, la responsabilidad que implica y los desafíos y tareas que enfrenta, ponen a la luz la tremenda desproporción de quienes llevan el peso de los propios límites, distracciones, incoherencias y miserias. No hay lugar para el fariseísmo. No se trata de limitarse a lamentar, protestar y condenar la inmoralidad de los contemporáneos en un mundo que ya no es más cristiano. Tampoco hay lugar para el moralismo, por el cual todo parece depender de mis iniciativas, planes, campañas y técnicas. Es totalmente verdad aquello que dijo Jesús: "sin mí, nada podéis hacer". Todo comienza y recomienza con la súplica de la gracia, en actitud orante. Todo depende de un renovado encuentro de la Presencia del Señor, en la comunidad de sus apóstoles y discípulos. Todo encuentra su germen fecundo y potente, aunque parezca muy pequeño, en la experiencia grata y gozosa del despuntar de una humanidad nueva que, en vasos de arcilla, se hace presente en los más diversos ambientes de convivencia, mediante nuevos protagonistas de los pueblos, naciones y culturas. Todo el resto se da por añadidura.

2. EDUCAR

ES DECIR DAR FORMA A LA VIDA

Prof. Dr. Luigi Alici
Presidente nacional de la ACI

Me siento feliz y honrado de participar en este encuentro. Recibid de nuevo el saludo y la gratitud de la familia de la Acción Católica Italiana con la que viviremos algunos momentos importantes: mañana la apertura de nuestra Asamblea Nacional, el sábado por la tarde la participación en la vigilia pública y el domingo el encuentro con Benedicto XVI. Es una experiencia de fraternidad asociativa que estamos verdaderamente contentos de compartir con vosotros.

Traigo una breve aportación en tres partes para ayudarnos a comprobar en torno a este arco de tiempo no largo, pero en relación con la rápida evolución de la mentalidad y de la cultura desde un cierto punto de vista muy largo, que nos separa de la publicación de la *Christifideles Laici*.

La primera referencia es de carácter histórico. En estos últimos veinte años, mientras la onda larga del Concilio y también muchos entusiasmos parecían atenuarse en las comunidades cristianas, ha habido al menos dos momentos que desde un punto de vista histórico, de modo simbólico, nos ayudan a comprender el cambio de las costumbres y del modo de pensar.

El 1989 ciertamente es el primero de estos momentos, reflejado por Juan Pablo II en la encíclica *Centésimus annus*. El 1989 señala la caída del muro de Berlín. Juan Pablo II dice que para muchos Países del Este verdaderamente es el fin efectivo de la segunda guerra mundial. Este año se cierra un arco de dos siglos que en cierta medida se había abierto en el 1789 con la Revolución Francesa. Señala el fin de un proyecto iluminador fundado en la emancipación colectiva de los pueblos, bajo el signo de una libertad absoluta frente al mundo y a la historia.

En el 1989 se toma nota de que algunas ideologías políticas han fracasado en su objetivo y de este fracaso - como bien ve Juan Pablo II - nacen nuevas idolatrías. Nace la idolatría del individualismo, de una forma de individualismo, de atomismo social que pone al mundo eclesial - y de modo especial a los laicos católicos - ante una situación nueva: el hecho que viene a menos, de manera pública, una forma de ateísmo explícito, declarado, agresivo, conflictivo, progresivamente sustituido por formas de indiferencia hacia la dimensión religiosa. Esto se refleja en la actitud con que el laico cristiano anuncia el Evangelio, cambia un estilo, comporta una modalidad diferente con que la Iglesia entra en diálogo con el mundo.

El segundo momento significativo está representado, en cierto sentido, por el 11 de septiembre de 2001: el ataque terrorista a los Estados Unidos de América lleva a la superficie una nueva situación. Más allá del aspecto terrorista, la sociedad occidental, que vive progresivamente la pérdida del sentido de solidaridad ideal en torno a algunos valores, debe medirse con formas de fundamentalismo, de pertenencias compactas, fuertes, por las que se está dispuestos incluso a inmolarsse.

El fenómeno de los kamikaces que no atañe solamente al ataque a los Estados Unidos sino que se verifica también en la zona medio oriental, representa un elemento que pone en crisis a occidente, porque los grandes ideales iluminadores de libertad se han reducido progresivamente y las palabras de orden de la sociedad de este nuestro tiempo son principalmente "mercado" y "seguridad".

En una sociedad occidental que pide al Estado, a la política de reducir progresivamente su vocación de promover el bien común y alguna vez pide a la política el tutelar los egoísmos individuales, la presencia de religiones con formas de fundamentalismo violento por un lado, y por otro, de otras religiones que no tienen nada que hacer con estas formas de violencia pero que se presentan con una concordancia que el mundo occidental está perdiendo, determinan una desorientación que interpela al laicado católico.

En efecto, si se pierden las razones de solidaridad a nivel civil, es más difícil anunciar una fraternidad universal y ver en esta fraternidad universal el signo de una creación que dentro del acto

creador llama a la vida una única familia, con un único destino y un único origen.

La segunda parte se refiere a la situación de la Iglesia italiana. Las opciones más importantes que la Iglesia italiana cumple después del Concilio son la elaboración de un programa pastoral con una duración de diez años, que los obispos italianos entregan a todas las iglesias diocesanas. En el centro de estos diez años, la Iglesia italiana llama a un Congreso nacional a todas las iglesias diocesanas.

En 1995 se celebra en el sur de Italia el III Congreso eclesial y en el 2006 el IV Congreso eclesial. Son momentos donde los laicos católicos tienen un papel fundamental, antes que nada en el discernimiento comunitario, o sea en la voluntad de llevar al centro del camino pastoral de la Iglesia la capacidad de leer juntos los signos de los tiempos con una sensibilidad típicamente laical que debe ser compartida por toda la comunidad cristiana.

En el Congreso de 1995 surge con fuerza la convicción de que la comunidad cristiana, en el momento en que aumentan los individualismos y cambia la situación política, debe de haber un proyecto de tipo cultural; debe trabajar para hacer nacer y hacer renacer un modo compartido de leer los cambios, acordar algunas opciones, incidir en los modos de pensar, juzgar, gastar la propia vida concretamente en lo cotidiano.

En el Congreso eclesial de 2006 esta convicción se ha reforzado llevando al primer plano la exigencia de comunicar el Evangelio al pasar de una generación a otra: a veces en efecto, la distancia entre generaciones es muy fuerte y nuestros hijos tienen la impresión que el modo en que nuestra generación ha construido prácticas de vida según el Evangelio se deba considerar un parque arqueológico.

En el 2005, preparando este Congreso, los obispos italianos escriben a todos los laicos una carta muy importante, con el título "*Hacer de Cristo el corazón del mundo*". En ella se subraya como los laicos católicos hoy deben vivir de manera positiva y coherente al menos tres formas de relaciones fundamentales:

- la relación mía conmigo mismo, o sea la relación personal, reflexiva, espiritual, profunda;
- la relación entre el yo y el prójimo, entre yo y los otros;
- la relación entre el ser humano y la naturaleza y el mundo que

nos rodea.

Para un laico cristiano el encuentro con el Señor no es una cuarta relación sino que es un encuentro que tiene que ser experimentado directamente dentro de estas dimensiones. El laico cristiano encuentra a Jesucristo encontrándose a sí mismo, a los otros, viviendo una relación positiva con el mundo de la naturaleza.

Añado una referencia a Benedicto XVI que desde el inicio de su ministerio llama incansablemente al valor de una fe amiga de la inteligencia, al valor del *logos*, o sea un modo con que la inteligencia humana lee el universo como un universo ordenado, sensato, positivo, capaz de reflejar un diseño trascendente. De este modo Benedicto XVI confía al laicado cristiano en cierta medida un doble testimonio.

Por un lado antes que nada un testimonio del Evangelio, un testimonio que nos pide confesar públicamente los valores del Evangelio. Por otro un testimonio que a través del ejercicio crítico de la razón lleve a primer plano un orden de valores naturales que con el ejercicio del diálogo puedan ser reconocidos y puestos en el centro de la atención común.

Surge la convicción que la atención a las culturas, a los modos de pensar es parte integrante de la evangelización. Si hay para un cristiano una conversión de corazón, de la fe, ciertamente esta conversión es auténtica y plena si incluye como parte integrante también una conversión de la inteligencia.

La tercera y última parte querría subrayar tres desafíos que a la luz de la *Christifideles Laici* podemos considerar fundamentales para el camino que tenemos delante.

1. En el párrafo 23 de la *Christifideles Laici* se reconoce que en una situación como esta de hoy en día donde en algunos países las vocaciones religiosas están bajando, los laicos están llamados a gastarse generosamente en el servicio a la catequesis y en el compromiso de hacer crecer y madurar en la fe. Se reconoce también que en este servicio la índole secular del laico no debe de ser modificada. No es la tarea que constituye un ministerio, así está escrito en la *Christifideles Laici*.

Los laicos pueden asumir tareas de suplencia allá donde el presbítero esté ausente, pero esto no debe modificar su original ministerialidad, que no es tanto la de ocupar en la Iglesia un espacio

junto a otros, sino que es sobre todo, la de ayudar a toda la comunidad cristiana a leer laicalmente el mundo que cambia, ayudar a toda la comunidad cristiana en esta riqueza de competencias y de carismas, a asumir una mirada laica sobre la historia. En el futuro este reto tocará sobre todo a los países con una alta tasa de secularización.

Los laicos por un lado deberán ejercer una suplencia preciosa, sin rechazar, en el servicio a la catequesis.

Esta suplencia sin embargo, no podrá hacer perder su específica vocación laical y deberá reconocer que hay una ministerialidad que no se agota en el nivel intraeclesial.

II. En el párrafo 32 de la *Christifideles Laici* se subraya como la comunión, el crecimiento en la comunión, es fuente y fruto de la misión y que la comunión es para la misión.

Todos hemos experimentado en la Iglesia postconciliar como el crecimiento impetuoso de nuevas realidades ha determinado un asentamiento nuevo en el panorama del laicado católico. Este asentamiento al principio no podía no manifestarse incluso con algunas tensiones de carácter competitivo.

Hoy, superada esta fase, el laicado católico vive una forma de convergencia cooperativa muy importante, pero ciertamente la comunión no puede ser un punto de llegada. Haber ganado una comunión más profunda entre organizaciones eclesiales no puede ser un fin en sí misma. La comunión es para la misión.

Si el Espíritu da a la entera comunidad cristiana la comunión plena y madura entre las organizaciones eclesiales, es porque espera de nosotros un nuevo impulso misionero. Comunión no puede ser solo darnos cuenta que nos queremos, hacemos alguna cosa juntos y luego en el compromiso de evangelización se sigue actuando de un modo a veces escasamente coordinados. No podemos aceptar en la comunidad cristiana esta interpretación federalista de la comunión. La Iglesia no es una federación de grupos.

III. La urgencia educativa está cada vez más en el centro de las intervenciones de Benedicto XVI y en Italia en el centro de la atención de los obispos. El párrafo 60 de la *Christifideles Laici* contiene esta referencia a la importancia de una formación integral que ciertamente representa uno de los elementos de gran

actualidad de este texto. Formación integral significa formación doctrinal, formación catequética, formación en la Doctrina Social, formación en valores humanos.

Desde una síntesis armónica de estos componentes puede nacer un proyecto formativo. Un itinerario catequético no es automáticamente formativo si solo es catequético. Una enseñanza a la doctrina social no es automáticamente formativa si no incorpora otros elementos. Educar significa dar forma a la vida.

Significa ser capaces de llevar la atención, la compañía, el acompañamiento en aquel lugar fundamental en la frontera entre interior y exterior donde toma forma la vida de las nuevas generaciones.

Solo si somos capaces de ejercer este acompañamiento con un proyecto claro que ponga en equilibrio las ciencias humanas, las componentes psicológicas y los componentes sociológicos, el momento kerigmático y el momento de la doctrina social, armonizando estos componentes podrá nacer un nuevo proyecto formativo que es el mejor regalo que podemos hacer y que tienen derecho de recibir nuestros hijos.

3. LA ACTUALIDAD DE LA CHRISTIFIDELES LAICI A LA LUZ DEL CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II

Beatriz Buzzetti Thomson
ex Presidenta nacional AC Argentina
ex Coordinadora Secretariado FIAC

El Concilio Ecuménico Vaticano II significó una profunda renovación en el Espíritu y una mayor autoconciencia de la Iglesia como Misterio, como Comunión, como Misión y de la vocación de los laicos, de su corresponsabilidad en la edificación de las comunidades cristianas y en la construcción del mundo.

A veinte años de su finalización, la exhortación apostólica post sinodal *Christifideles Laici* es un relanzamiento y una profundización de la doctrina conciliar sobre el laico. En la introducción se expresa claramente que "el desafío que han afrontado los Padres sinodales ha sido el de individuar las vías concretas para que la espléndida 'teoría' del laicado expresada por el Concilio llegue a ser una auténtica 'praxis' eclesial"¹.

Este es sin duda nuestro primer desafío, que a través de nuestra vida y nuestra acción tanto la doctrina conciliar como la *Christifideles Laici* lleguen a ser una auténtica praxis eclesial.

La imagen de la viña que recorre todo el documento nos expresa el profundo sentido teológico del llamado concreto de Cristo a los laicos. Durante todo su desarrollo, el documento alude al pasaje de Mateo 20, en el que el dueño de la viña sale a contratar a los trabajadores y explícitamente señala que: "El significado fundamental del Sínodo y por tanto el fruto más valioso deseado

por él, es la acogida por parte de los fieles laicos del llamamiento de Cristo a trabajar en su viña, a tomar parte activa y responsable en la misión de la Iglesia"².

Hoy a veinte años de este acontecimiento eclesial, a cada uno de nosotros, nos interpelan las palabras del Señor "¿por qué están aquí sin hacer nada? (...) vayan también ustedes a mi viña"³. Pero a la vez, el llamado no es sólo a ser obreros de la viña, sino a la certeza de que somos la viña misma, porque dice el Señor: "Yo soy la vid y ustedes son los sarmientos".

Este llamado insistente del Señor tiene sus raíces en la realidad fundante del Bautismo por medio del cual todos somos incorporados a Cristo como miembros de un mismo Pueblo de Dios. Por el bautismo todos hemos sido llamados a la santidad, ésta es la vocación común de todos los *christifideles*, sean clérigos o laicos, todos con una misma dignidad aunque con distintas funciones. A partir de esta común dignidad quiero señalar tres aspectos de la Exhortación que nos pueden ayudar a repensar hoy y asumir sus enseñanzas. Ellos son el carácter secular del laico, el carácter comunitario del laico y su papel en la evangelización de la cultura.

¿En primer lugar en qué consiste nuestra *peculiaridad como laicos*, qué es lo que nos especifica? Lo propio del laico es su carácter secular. Este carácter secular del laico es propiamente lo que especifica su vocación dentro de la común vocación a la que hemos sido llamados por el Bautismo y la diferencia de la vocación de los clérigos y de los religiosos, completando así la fisonomía global de todo el Pueblo de Dios.

La Constitución *Lumen Gentium* nos dice que "el carácter secular es propio y peculiar de los laicos. Los laicos viven en el siglo, es decir en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de su vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida" (...). "A los laicos les corresponde por su propia vocación tratar de obtener el reino de Dios, gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios"⁴. Nuestra vocación, nuestro llamado, se concreta en hacer

² CFL 3.

³ Mt 20,6.

⁴ LG 31.

bien las cosas temporales, en ordenarlas según el Plan de Dios.

A estas definiciones del laico que nos proporciona el Concilio, en la *Christifideles Laici* se resalta que este carácter secular es concebido en primera instancia como "el lugar" en donde nos es dirigida la llamada del Señor. "Allí son llamados por Dios", no es algo exterior sino que precisamente se nos confía una vocación que afecta esta situación intramundana: "son llamados por Dios para contribuir, desde dentro, a modo de fermento, a la santificación del mundo, mediante el ejercicio de sus propias tareas"⁵. La *Christifideles Laici* refirma que: "de este modo el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica sino también y específicamente una realidad teológica y eclesial"⁶.

En síntesis, por vocación divina el laico debe vivir en el mundo y tender allí a la plenitud de la vida en la santidad. Es decir ésta es la modalidad propia de su existencia cristiana y es a la vez la función específica de su tarea apostólica: el ámbito propio de su tarea de Iglesia es "todo lo que constituye el orden temporal"⁷. En este sentido es de una gran claridad la grave advertencia conciliar que encontramos en la Constitución dogmática *Gaudium et Spes*: "El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes para con el prójimo, falta sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su eterna salvación"⁸.

Los Padres sinodales señalaron dos tentaciones a las cuales no es fácil sustraerse: la tentación de refugiarse en tareas intra-eclesiales, descuidando e incluso abandonando las responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, político y por otra parte la tentación de legitimar la indebida separación entre fe y vida, separando la fe como una cuestión privada disociada de la acción concreta en las realidades temporales⁹.

El segundo aspecto al que me quiero referir es al carácter comunitario del laico, porque solamente podemos comprender adecuadamente la misión y responsabilidad del laico, si nos situamos en el contexto de la Iglesia comunión¹⁰.

⁵ LG 31.

⁶ CFL 15.

⁷ AA 7.

⁸ GS 43.

⁹ Cf. CFL 2.

¹⁰ Cf. CFL 18.

El Bautismo nos constituye miembros. Fundamentalmente nos une a todos la misma dignidad de cristianos. Pero en esta unidad, existe diversidad de funciones y de carismas, a través de los cuales cada uno realiza su vocación cristiana.

Una es la función de los Pastores y otra la de los laicos. La misión es la misma: hacer llegar la salvación a todos los hombres, pero los carismas y las funciones son distintas. Sin embargo cada uno debe hacer fructificar sus dones para común utilidad. Esto nos exige vivir la comunión eclesial como simultánea presencia de la diversidad y la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y las responsabilidades. "Gracias a esta diversidad y complementariedad cada fiel laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación"¹¹.

En palabras del Documento de Puebla, los laicos debemos hacer presente a la Iglesia en el corazón del mundo y hacer presente al mundo en el corazón de la Iglesia¹².

Hay una tarea de Iglesia, una misión a cumplir en el mundo, propia del laico, personal, obligatoria e indelegable, pero que no debe cumplirse aisladamente del resto de la comunidad eclesial. El laico no pueda actuar sólo, aisladamente, como si no dependiera de nadie. Aún las tareas temporales deben realizarse desde una profunda reflexión en el seno de la comunidad eclesial, pues el laico opera en el mundo pero realizando siempre una tarea de Iglesia.

La *Christifideles Laici* reconoce y promueve la asociatividad y celebra la efusión de los distintos carismas como dones del Espíritu a su Iglesia y al alentar el trabajo de los laicos en el mundo señala también la necesaria preocupación por vivir la comunión eclesial en la clara conciencia de la misión que nos ha sido encomendada. "Urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales"¹³.

En este aspecto la insistencia de la Exhortación es clara al plantearnos la comunión eclesial como un don que debe ser a la vez asumido con un fuerte sentido de responsabilidad por parte de cada

¹¹ CFL 20.

¹² Documento de Puebla, 786.

¹³ CFL 34.

uno de los miembros y por las agregaciones laicales como tales. *“Ser responsables del don de la comunión significa, antes que nada, estar decididos a vencer toda tentación de división y de contraposición que insidie la vida y el empeño apostólico de los cristianos. (...) La vida de comunión eclesial será así un signo para el mundo y una fuerza atractiva que conduce a creer en Cristo”.* De esta manera la comunión se abre a la misión¹⁴.

El tercer aspecto al que quiero referirme es específicamente el de la evangelización de la cultura. La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí. *“La comunión es misionera y la misión es para la comunión”*¹⁵.

En este aspecto el llamado es claro y directo: después de recordar el concepto conciliar de cultura, l'Exhortación Apostólica expresa: *“En concreto, sólo desde dentro y a través de la cultura, la fe cristiana llega a hacerse histórica y creadora de historia (...). Por eso la Iglesia pide a los fieles laicos que estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de creación artística y de la reflexión humanista”*¹⁶.

Durante estos días hemos reflexionado sobre distintos aspectos de la realidad y sobre las características de nuestro mundo globalizado. Hoy, a casi veinte años del Sínodo, y en medio de este cambio epocal que estamos viviendo, es bueno recordar las palabras de esperanza. No nos convirtamos en “profetas de calamidades”, es necesario mirar cara a cara este mundo nuestro con sus valores y con sus problemas, sus inquietudes y esperanzas, sus conquistas y derrotas. Con una mirada creyente de la realidad, con la certeza que Cristo ya venció y sabiendo que en el campo crecen juntos el trigo y la cizaña. Es esta la viña y este es el campo en que los fieles laicos estamos llamados a vivir nuestra misión. Es necesario ayudarnos mutuamente a discernir los signos de los tiempos, a descubrir el paso del Señor de la historia.

La Exhortación Apostólica nos hace dos fuertes llamamientos: *“Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo*

¹⁴ CFL 31.

¹⁵ CFL 32.

¹⁶ CFL 44.

*presente lo hace aún más culpable. A nadie le es lícito quedarse sin hacer nada”*¹⁷ y al promediar el documento Juan Pablo II nos dice: *“les ruego, les imploro, con humildad y confianza, permitan a Cristo que hable al hombre”*¹⁸. Esto quiere decir, préstense su voz, su gesto, su mirada, sus competencias profesionales para que Él se haga presente.

Esta es nuestra responsabilidad. El camino es arduo y fatigoso, pero como nos decía el Santo Padre al inicio de la Conferencia de Aparecida: *“María, la Madre del Señor, se encuentra en medio de nosotros. Es ella quien nos muestra el modo de abrir nuestra mente y nuestro corazón a la fuerza del Espíritu Santo que viene para ser comunicado al mundo entero”*¹⁹.

Abramos nuestra mente y nuestro corazón y dejemos actuar al Espíritu para que Cristo se haga presente en este, nuestro mundo. Que así sea.

¹⁷ CFL 3.

¹⁸ CFL 34.

¹⁹ Cf. Discurso de Benedicto XVI, 12.5.2007.

4. LA AC EN RUMANIA UNA IGLESIA NUEVAMENTE LIBRE EL DESCUBRIMIENTO DE LA VOCACIÓN LAICAL

Oana Tuduce
Presidenta nacional AC Rumana
Responsable Coordinación Jóvenes FIAC

Contexto histórico

En el 1988, año en que veía la luz la *Christifideles Laici*, los países de Europa del Este estaban todavía bajo la dictadura comunista. La vida de la Iglesia Católica estaba caracterizada por la persecución, bajo diversas formas,

La Iglesia greco-católica fue suprimida en el 1948 en tanto que la Iglesia romano-católica era tolerada. En este contexto no podemos hablar de protagonismo laical o de conciencia de la vocación laical. La pastoral se limitaba más al aspecto litúrgico que formativo, porque estaba prohibido por el régimen.

El "viento impetuoso" del Concilio Vaticano II no llegó a Rumania sino como una ligera brisa, por lo que muchos ni siquiera se enteraron. Baste pensar que en los años 80 los documentos del Concilio apenas habían sido traducidos, en secreto y con gran riesgo, por no hablar de su reconocimiento y profundización...

En este contexto histórico, de la *Christifideles Laici* no había llegado a Rumania ni siquiera la brisa, dado que a Rumania no llegó en cuanto fue publicada... Menos mal que solo un año más tarde cayó el régimen y así se abrieron nuevos caminos para la sociedad, para la Iglesia y también para los laicos.

no se consideraba como prioridad la situación de los laicos. En cambio en ellos empezaba a manifestarse la conciencia de la necesidad de asociarse para dar forma a su aportación a la vida eclesial. De este modo se redescubren y reorganizan las asociaciones que existían ya antes de 1948, mientras que en otras diócesis la primera asociación que se constituye es precisamente la Acción Católica.

Es interesante hacer notar que la Iglesia Católica (al menos en las diócesis de habla rumana) no han sido los movimientos que han aparecido después de 1990, sino las asociaciones que tenían una tradición en la Iglesia antes de 1948. Se ha querido retomar el hilo roto (es un modo de decir) desde 1948 al 1989. Por ejemplo en mi diócesis de rito bizantino hemos empezado en 1989 con un oratorio, el grupo de los adultos de Acción Católica y la Legión de María. Paralelamente nació el grupo de Jóvenes de Acción Católica.

El descubrimiento de la vocación laical

Empieza así el camino del descubrimiento de la vocación laical y de la consolidación de esta identidad. Los laicos empiezan a estar más presentes en la realidad eclesial, conscientes de la común responsabilidad de construir la Iglesia de Cristo y la casa del hombre en esta tierra.

Después de 1989 asistimos a un fuerte entusiasmo en todos los niveles, de modo que la aportación de los laicos a la vida de la Iglesia empieza a ser muy significativa. La posibilidad de los jóvenes de encontrarse juntos y de reunirse - experiencias que antes no eran posibles - hace crecer la conciencia de que la aportación de los laicos a la vida de la Iglesia no puede ser esporádico, sino que ha de ser organizado. ¡Podemos hablar ya de un inicio de la conciencia del papel del laico en la Iglesia! ¡Es el momento en que el laicado asociado renace en Rumania, pero sin tener plena conciencia de su identidad de laico responsable!

La identidad laical se ha ido formando en los años sucesivos a través de las experiencias de los encuentros parroquiales, diocesanos, nacionales y también participando en la Jornada Mundial de la Juventud que han ofrecido una aportación importante a la formación de la identidad laical. Se descubre ahora

precisamente lo que dice la *Christifideles Laici* en el número 46: "La Iglesia tiene muchas cosas que decir a los jóvenes, y los jóvenes tienen muchas cosas que decir a la Iglesia. Este diálogo recíproco, a realizar con gran cordialidad, claridad y coraje, favorecerá el encuentro y el intercambio entre generaciones y será fuente de riqueza y de juventud para la Iglesia y para la sociedad civil".

Sobre todo las Jornadas Mundiales de la Juventud han sido ocasiones de encuentro con jóvenes de diferentes nacionalidades, de descubrimiento de otras realidades y de formación para la misión de los jóvenes en la Iglesia.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud han aportado otra luz también a las realidades de nuestras asociaciones. Podemos hablar de un compromiso más articulado y más consciente a partir de este momento.

Para las asociaciones de Acción Católica en Rumania el descubrimiento de los documentos conciliares y de la *Christifideles Laici* ha sucedido a través de los encuentros de formación para los jóvenes, organizados por el FIAC. Podríamos decir que a partir del 2000 hemos empezado a descubrir estos documentos y los hemos dado a conocer en nuestras pequeñas realidades locales. Por tanto, al menos 12 años después de la publicación de la *Christifideles Laici*, el documento post sinodal empieza a circular entre los laicos.

Pero lo que yo creo importante es el hecho que, al menos en Rumania, los laicos han empezado su compromiso en la vida de la Iglesia en el momento de la caída del muro, sin tener como base los documentos conciliares, sino que desde un cierto momento han llevado adelante su misión laical precisamente porque han descubierto estos documentos.

Los jóvenes esperanza de la Iglesia

La *Christifideles Laici* nos recuerda que "los jóvenes constituyen una fuerza excepcional y son un gran reto para el futuro de la Iglesia".

En los jóvenes, en efecto, la Iglesia lee su caminar hacia el futuro que le espera y encuentra la imagen y la llamada de

aquella alegre juventud de la que el Espíritu de Cristo la enriquece constantemente. En este sentido el Concilio ha definido a los jóvenes "esperanza de la Iglesia".

En la carta escrita a los jóvenes y a las jóvenes del mundo el 31 de marzo de 1985, leemos: "La Iglesia mira a los jóvenes, es más, la Iglesia de modo especial *se mira a sí misma en los jóvenes*, en todos juntos y en cada uno de vosotros. Así ha sido desde el principio, desde los tiempos apostólicos".

Por esto el FIAC desde el principio ha tenido una atención especial por los jóvenes. Por eso han sido organizadas las semanas de formación para los jóvenes que han favorecido el encuentro de los jóvenes de los diferentes países.

Después de varias actividades con los jóvenes en Europa y en América ha llegado la propuesta de crear la Coordinación de Jóvenes con el objetivo de promover la aportación de los jóvenes a la vida del FIAC.

Creo que la Coordinación de Jóvenes será siempre un modo de poner en práctica la *Christifideles Laici*, que será siempre actual y por descubrir.

Roma, 1-3 de mayo de 2008

**SESIÓN DE TRABAJO
Y PROGRAMACIÓN**

*Participación
en la celebración de la Eucaristía
y en la apertura de los trabajos
de la XIII Asamblea nacional de la ACI*

ITINERARIO PAULINO

*140° aniversario de la ACI
Encuentro con Benedicto XVI
en la Plaza de San Pedro*

La V Asamblea ha vivido dos sesiones, la primera *institucional* que ha concluido con el momento electivo y el Acto Público. Además una segunda fase que ha visto a los participantes comprometidos en intercambios libres, ya sea en grupo para la articulación (adultos, jóvenes, niños y asistentes) ya sea por continentes, para ofrecer al nuevo Secretariado apuntes para las líneas de trabajo 2008-2011.

• La *participación en los trabajos de la XIII Asamblea de la ACI* y en el gran encuentro por los 140 años de la ACI ha permitido un intercambio con los delegados y los participantes en la Plaza de San Pedro, los cuales han podido así conocer de cerca la realidad internacional de la AC.

• El *itinerario Paulino* ha permitido anticipar la peregrinación a los lugares del Apóstol (Basílica de San Pablo y Abadía de las Tres Fuentes) poco antes de la apertura del Año Paulino. Esta jornada dedicada a la espiritualidad, a la amistad, también con una visita a la AC de la Parroquia del Buen Pastor a la Montagnola, ha preparado a los participantes a la vigilia-peregrinación en compañía de los santos y beatos de la AC, desde Santa Cruz en Jerusalén hasta la plaza de San Juan de Letrán y al encuentro con el Santo Padre.

• La *participación de los países*

Los participantes - países miembros y países observadores - han hecho su aportación al desarrollo de la Asamblea no solamente con puntualidad y atención en todo momento, sino también abasteciendo de viandas dulces y saladas para los momentos de pausa: una ocasión de intercambio muy apreciada.

Cada país ha preparado una breve presentación de su AC, que todos han podido seguir en algunos momentos de las jornadas sobre todo en las sesiones de trabajo.

Los Asistentes han cuidado y animado la oración de la mañana y de la tarde.

El 29 de abril la AC Argentina y la AC Rumania han introducido talleres sobre las experiencias de misión y Emilio Inzaurraga ha presentado el primer trienio de la actividad del Grupo Promoción de AC, los materiales y algunos flash sobre la actividad en los países: Costa Rica, Guatemala y Nicaragua, Kenya, Bosnia-Herzegovina.

Entre los países recordamos la participación y el testimonio de los representantes de dos realidades - Myanmar/Birmania y Tierra Santa - que han conmovido a los participantes y han hecho apreciar a todos el valor de un organismo de conexión como el FIAC para vivir en plenitud la solidaridad y la catolicidad.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

LECTURAS: Hch 18,9-18; Jn 16,20-23

HOMILÍA

LAICOS ENAMORADOS DE CRISTO CONTEMPLATIVOS Y ACTIVOS

S.E. Mons. Robert Sarah

Secretario Congregación Evangelización de los Pueblos

Hoy me ha sido concedida la gracia de celebrar la Eucaristía con vosotros. Hacemos memoria de san Atanasio, Obispo y Doctor de la Iglesia. Nació en Alejandría de Egipto en el 295 después de Cristo y fue consagrado Obispo de aquella comunidad cristiana con apenas 33 años; tres años después del Concilio de Nicea. En aquel Concilio se afirmó que Cristo era verdadero Dios y también verdadero hombre. Pero un sacerdote de su diócesis, Ario, con otros muchos cristianos rechazó esta verdad básica del cristianismo. El Arrianismo se difundió rapidísimamente en todo el imperio romano, tanto que san Jerónimo, el gran traductor de la Biblia en latín, escribió: *El mundo se despertó improvisamente arriano...*

Era necesario un luchador como Atanasio, con un carácter parecido al de san Pablo para recomenzar *desde dentro de la Iglesia*, una recuperación de los cristianos y de los sacerdotes fuera de la ortodoxia.

Y fuera de la ortodoxia habían terminado los políticos de entonces, los mismos emperadores del Imperio de Oriente y Occidente, que lo persiguen de todas las maneras. Y él se fuga para no ser apesado, hasta refugiarse entre los monjes eremitas del desierto de Egipto, muy lejos de todas estas luchas y llegando a

Roma y Treviri en Alemania, hallando tiempo para difundir el monacato egipcio allí también.

San Atanasio vivió *dentro y fuera* del mundo de entonces. Contemplativo y activo. Dulce cuando estaba inmerso en Dios, pero agresivo y astuto, también con el lenguaje, cuando debía salvarse de los pícaros que lo querían condenado y muerto.

Os he dicho esto porque hoy, en un mundo que se ha globalizado y abraza a todos los pueblos de la tierra, estamos respirando un *laicismo taimado e intrigante*. O sea, un modo de pensar el hombre y el universo como si Dios no existiera.

El laicismo ha nacido en el seno del cristianismo de Europa como filosofía que intenta negar cualquier trascendencia, la divinidad de Cristo, las raíces cristianas de Europa. E intenta reducir cualquier forma religiosa del mundo entero a una *necesidad psicológica del individuo débil*. Toda religión es fruto de mitos o ideologías... Se sacraliza todo lo que no se puede explicar con la ciencia.

En la primera lectura de san Juan Apóstol, aparece clara la alternativa que nos propone: *todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha derrotado al mundo: nuestra fe. ¿Y quien vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?*

Como veis estamos muy lejos de los diferentes *Código Da Vinci* que nos proponen un Cristo solo profeta o solo hombre, hasta degradarlo a un pecador como todos.

Juan insiste: *En esto consiste el amor de Dios, en observar sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos.*

Hoy tenemos otra lucha todos los bautizados. Y es aquella contra el *relativismo ético*, introducido también por el laicismo, que pretende sustituir la moral cristiana, de la misma manera con que la razón debiera sustituir la fe. Lo confirman hechos escandalosos o trágicos de cada día a partir de lo que sucede en las familias, que en Occidente son mayoritariamente familias cristianas.

Vosotros habéis venido a Roma desde muchas partes del mundo para reafirmar y vivir un despertar fuerte, dinámico en la fe en

Jesucristo, como Atanasio, como tantos laicos de su tiempo que querían recuperar una sociedad en crisis, como tantos eremitaños *casi todos laicos* que estaban sedientos de contemplación pura.

Es más, si cristiano quiere decir *Alter Christus*, otro Cristo, *Ipse Christus*, el mismo Cristo, otro enviado por Dios Padre dentro de una sociedad que lo mistifica o lo reniega, no esperéis gratificaciones del ambiente donde actuáis. Jesús dijo: *Si me han perseguido a mi, os perseguirán también a vosotros*. Como a Atanasio, como a tantos otros de nuestros días.

Y cuando os persigan en una ciudad huid a otra. Pero no para callar o esconderos, sino para continuar anunciando y exponeros a otras persecuciones.

Quien perseverare hasta el fin se salvará. Lo dice Jesús: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*.

La justicia anunciada por Cristo, no hay que entenderla como *justicia social, económica*, obtenida incluso con la fuerza, sino como equilibrio divino en gestionar las cosas humanas. Corresponde a la mansedumbre, que es la que *hace poseer la tierra*. Lo que presupone un *desinterés pleno* por los éxitos propios, una superación de la necesidad de *gratificación* en el ambiente en que se actúa. Gratificaciones que rara vez llegan.

¿Qué significa *Acción Católica*? Exactamente eso: unas ganas irresistibles de moverse con el equilibrio de Cristo, fruto no de ideologías humanas, de revanchas técnico-culturales, de superioridad económico-política, sino de una *adhesión de enamorados a Cristo*, impregnada de oración y contemplación. Decía un santo: *el mundo va mal porque no se reza*. Y yo ratifico mi convicción que los medios seguros para cumplir la voluntad de Jesús, antes que el actuar y afanarse, son: orar, orar, orar, espiar, espiar, espiar y caminar, caminar incansablemente hacia la santidad. Observad, observe cada uno de vosotros que entre la santidad y la oración existe necesariamente una relación tal que no es posible la una sin la otra. Es verdad esta frase de san Crisóstomo: "Pienso que resulta evidente a todos que es simplemente imposible vivir virtuosamente sin el auxilio de la oración" (*de praecatione, orat.1*).

Los documentos eclesiales y de modo especial la *Chrsitifideles Laici* que estáis examinando en estos días, contienen páginas estupendas. Todas a profundizar, asimilar, dar a conocer, a orar.

Como Acción Católica, con todas las inculturaciones necesarias según los Continentes, os difundiréis en la proporción en que apoyéis la acción a la contemplación; al *ver, con los ojos de Dios, los acontecimientos humanos entorno a vosotros*, y al orientarlos hacia Él que es *el viviente* y continúa guiando la historia humana, aún si algún escritor ha gritado que para la civilización actual *Dios ha muerto*, Cristo ha dicho: *Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo.*

Y yo mirando vuestros rostros y pensando en la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, donde me hallo trabajando, añadiría como deseo y mensaje: *Cristo está con nosotros hasta el fin del mundo, pero nos quiere a cada uno con Él hasta los confines del mundo.*

Nos quiere como protagonistas de una *primera* o de una *nueva* evangelización. Hecha con la sabiduría y la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo recibido abundantemente en los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación.

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

LECTURAS: 1Co 15,1-8; Jn 14,6-14

HOMILÍA

¡AQUÍ ESTAMOS, ENVÍA NOS!...

p. Fabián Esparafita
Asesor nacional AC Argentina

Hoy celebramos la fiesta de dos apóstoles: San Felipe y Santiago. Y nos adentramos en la clausura de la Asamblea del FIAC, que tendrá su momento culminante en el encuentro que mañana tendremos con el Papa Benedicto XVI.

Permítanme dividir esta reflexión en tres breves momentos.

1. La primera lectura, tomada de la *Primera Carta de Pablo a los Corintios*, nos recuerda el núcleo fundamental, esencial, de la fe cristiana; aquello sin lo cual seríamos cualquier otra cosa, menos discípulos de Jesús y miembros de su Iglesia. Es el llamado "*kérygma*": lo que los apóstoles predicaron, adaptándolo a las diversas circunstancias y auditorios. San Pablo lo recuerda a los Corintios entre los cuales algunos se atreven a negar la realidad de la resurrección, o mejor, se atreven a afirmar que la resurrección es algo completamente espiritual, místico, que no afecta para nada nuestro cuerpo ni tiene repercusiones en nuestra existencia cotidiana y mortal.

Pablo recuerda a los Corintios nada menos que "el Evangelio que les prediqué". No una ideología, una doctrina filosófica o teológica. Tampoco un código moral. Sino la certeza de los acontecimientos salvadores de los cuales los apóstoles fueron testigos y autorizados mensajeros. Se trata de la muerte salvífica de Jesús en la cruz, en cumplimiento del plan divino de salvación para toda la humanidad. De su sepultura, garantía de la realidad mortal que experimentó Jesús, y de su resurrección gloriosa, irrupción definitiva de Dios en nuestra pobre historia humana y cumplimiento en Cristo de todas las promesas y expectativas de la humanidad. Este es el Evangelio, la Buena Noticia.

El fundamento y principio de nuestra fe. Lo que nos define como discípulos misioneros de Jesucristo. Es decir, la misma persona de Jesús: su vida y su muerte y resurrección.

El pasaje de la carta de Pablo insiste al final en las apariciones del Señor resucitado, y presenta una lista de testigos autorizados, entre los cuales destacamos hoy a Santiago, "el menor", a quien hoy celebramos junto al Apóstol Felipe.

Nuestra tarea como discípulos misioneros es anunciar con nuestras palabras y nuestra vida cotidiana que Jesús ha muerto y ha resucitado: y a una larga lista de testigos, hemos de sumar nuestros nombres...

2. En el diálogo que nos presentara el Evangelio de Juan entre Felipe Jesús, la petición de Felipe resulta audaz e inusitada: *Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta...* Nada menos, como si a Dios se le pudiera mostrar aquí o allá, como se muestra una cosa cualquiera.

Jesús, por su parte recrimina a Felipe: *tanto tiempo llevo entre ustedes y ¿todavía no me conoces? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre...* De este modo la audacia del apóstol Felipe ha hecho que Jesús nos revele el verdadero rostro de Dios: *"el que me ha visto a mí, ha visto al Padre"*. Conocer a Jesús, escuchar sus palabras, vivir sus mandamientos, equivale a conocer a Dios, a contemplar su rostro amoroso reflejado en la bondad de Jesucristo, en su misericordia y amor hacia los pobres y sencillos.

Por nuestra parte debemos reconocer que somos hombres y mujeres a quienes la gracia de Cristo ha transformado. Hemos vivido ya un itinerario más o menos extenso de nuestra vida, en Cristo. Nos hemos entrañado con los hechos y palabras de Jesús... pero nunca terminaremos de conocerlo del todo. Él sí nos conoce, conoce nuestras dudas e interrogantes, nuestros talentos y fragilidades. De ahí que nos recuerde: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida"*.

El camino supone una meta; la verdad, un contenido, que es la vida (Jn 1,4). Jesús es la vida porque es el único que la posee en plenitud y puede comunicarla (Jn 5,26). Por ser la vida plena es la verdad total, es decir, conoce y manifiesta la plena realidad del hombre y de Dios. Es el único camino, porque sólo su vida, su muerte y resurrección muestran al hombre el itinerario que lo lleva a realizarse.

Para el discípulo, Jesús es la vida, porque de él la recibe. Esta nueva vida experimentada y consciente es la verdad; esta verdad entendida

como camino supone una progresiva identificación con Jesús y da un carácter dinámico de crecimiento en la vida y hacia la verdad. El Padre no está materialmente lejano, el acercamiento a Él es por un progresivo itinerario de identificación con Cristo.

Por eso invocando la intercesión de los santos apóstoles a quienes hoy recordamos, pidamos a Dios con humildad que nos conceda crecer como discípulos misioneros de su Hijo que lo anuncien con alegría, con valentía y convicción contagiosa hasta los confines de la tierra, en los ambientes en los que cotidianamente vivimos, trabajamos, estudiamos, festejamos...

3. Today we have come here to entrust to St Paul's heart, works, projects and dreams that we shared during our V Assembly of IFCA.

Tomorrow we will go to Saint Peter to meet the Pope. But above all to renew before him our readiness to serve the Lord and our brothers, particularly you, lay people of Catholic Action, and together with him we will say to the Lord: *Here we are! Send us!*

3. Aujourd'hui, nous sommes ici pour confier au cœur de Saint Paul, les travaux, les projets, les rêves, que nous avons partagé au cours de notre V Assemblée du FIAC.

Demain nous irons à Saint Pierre pour rencontrer le Pape mais surtout pour renouveler notre disponibilité à servir le Seigneur et nos frères, en particulier vous, laïcs de l'Action Catholique. Et vous et nous, nous dirons avec lui au Seigneur: *Nous voici, envoie-nous!*

3. Oggi siamo qui per lasciare nel cuore di San Paolo i lavori, i progetti, i sogni che abbiamo condiviso durante la nostra V Assemblea FIAC.

Domani andremo a san Pietro per incontrare il Papa, ma soprattutto per rinnovare davanti a lui la nostra disponibilità a servire il Signore e i nostri fratelli, in particolare voi, laici di Azione Cattolica, e tutti noi diremo con lui al Signore: *Eccoci, manda noi!*

3. Hoy hemos venido a dejar en el corazón de san Pablo, los trabajos, los proyectos, los sueños que hemos compartido durante nuestra V Asamblea del FIAC.

Mañana iremos a San Pedro para encontrarnos con el Papa, pero sobre todo para renovar ante él nuestra disponibilidad de servir al Señor y a nuestros hermanos, particularmente ustedes, laicos de Acción Católica. Unos y otros diremos con él al Señor: *¡Aquí estamos, envíanos!*

PAÍSES PARTICIPANTES

ÁFRICA

1. Burundi
2. Camerún
3. Costa d'Avorio
4. Kenya
5. Rep. Dem. del Congo
6. Rwanda
7. Senegal
8. Uganda
9. Zambia

AMÉRICA

10. Argentina
11. Colombia
12. Costa Rica
13. México
14. Nicaragua
15. Paraguay
16. Perú
17. Venezuela

ASIA

18. Corea
19. Myanmar-Birmania
20. Tierra Santa

EUROPA

21. Austria
22. Bosnia y Herzegovina
23. Bulgaria
24. Italia
25. Malta
26. Polonia
27. Rumania
28. España
29. Suiza AC Ticino
30. Ucrania

PROGRAMA DE LA V ASAMBLEA E ÍNDICE DE LAS ACTAS

<i>Con gratitud</i> - Emilio Inzaurraga	p.	1
<i>Discurso</i> de Benedicto XVI a la Acción Católica 4 de mayo 2008	p.	3

SESIÓN INSTITUCIONAL

Roma, 27 de abril 2008

APERTURA

• Celebración de acogida. Homilía <i>Pan por la vida del mundo</i> + Domenico Sigalini	p.	9
• <i>Nos encontramos después de tres años</i> Paola Bignardi	p.	12

ENTREVISTA

• <i>¿Hacia dónde va el mundo?</i> <i>Por una lectura "sapiencial"</i> <i>de la realidad y de la historia</i> P. Federico Lombardi sj, Sandro Calvani, Sor Amelia Kawaji mmb	p.	14
--	----	----

• Celebración eucarística. Homilía <i>El cristiano un testimonio de esperanza</i> + Stanislaw Rytko	p.	23
---	----	----

LUNES 28 de abril

PROFUNDIZACIÓN Y ESCUCHA

• Oración de la mañana <i>Misioneros de la alegría y de la vida</i> + Luis Armando Collazuol	p.	29
--	----	----

PONENCIAS

- *Pablo y sus colaboradores en el anuncio del Evangelio*
Romano Penna p. 32
- *Evangelización e inculturación en la era de la globalización*
Juvenal Ilunga Muya p. 42
- *A VEINTE AÑOS DE LA CHRISTIFIDELES LAICI*
¿La Iglesia es más misionera? ¿Los laicos están más concientes de la propia vocación y misión?
Tullio Citrini p. 58
- *La Acción Católica ¿como vive la propia identidad?*
Emilio Inzaurraga p. 66
- *Celebración eucarística. Homilía*
Sobre los pasos de Aquila y Priscilla...
+ Francesco Lambiasi p. 77

MARTES 29 de abril

ACCIÓN CATÓLICA "EN ACCIÓN"

- *Oración de la mañana*
Testigos del Resuscitado hasta los confines de la tierra
+ Atilano Rodríguez Martínez p. 83

PONENCIA

- *Laicos de AC en el mundo por una cultura de amor*
Lourdes Azorín p. 85
- *Celebración eucarística. Homilía*
Dennos de su aceite...
Card. Leonardo Sandri p. 104

PONENCIA

- *La Acción Católica don de la Iglesia*
Las principales coordinadas
Paola Bignardi p. 108
- *Resume operativo de las actividades 2004-2008*
por Maria Grazia Tibaldi p. 114

MIÉRCOLES 30 de abril

PERSPECTIVAS FUTURAS

Elección

Acto público

A 20 AÑOS DE LA CHRISTIFIDELES LAICI

a la luz del Concilio Vaticano II, su actualidad

- *Oración de la mañana - Mons. Piergiuseppe Vacchelli*

- *Presentación del Documento Normativo FIAC*
y propuesta de un reglamento ad experimentum
Giuseppe Gervasio p. 121

- *Grupos de trabajo continentales*
en vista del programa 2008-2011

ACTO PÚBLICO

- *Celebración eucarística. Homilía*
En memoria del siervo de Dios
Eduardo Francisco Pironio a 10 años de su muerte
Card. Salvatore De Giorgi p. 125

MESA REDONDA

1. *El laicado hoy. Las cuestiones cruciales*
Guzmán Carriquiry p. 130
2. *Educación es decir dar forma a la vida*
Luigi Alici p. 144
3. *La actualidad de la Christifideles Laici*
a la luz del Concilio Ecuménico Vaticano II
Beatriz Buzzetti Thomson p. 150
4. *La AC en Rumania. Una Iglesia nuevamente libre*
El descubrimiento de la vocación laical
Oana Tuduce p. 156

- *Oración bizantina - Akathistos con el coro*
del Pontificio Colegio Pío Rumano

SESIÓN DE TRABAJO Y PROGRAMACIÓN (1-3 de mayo)

JUEVES 1 de mayo

- Oración de la mañana
 - Grupos de trabajo - Presentación de los Países p. 162
 - XIII Asamblea nacional de la Acción Católica Italiana
- Celebración en honor de san José Obrero
Participación en la apertura de los trabajos

VIERNES 2 de mayo

- Celebración eucarística. Homilía p. 163
Laicos enamorados de Cristo contemplativos y activos
+ Robert Sarah
- Grupos de trabajo - Presentación de los Países
- Encuentros continentales en vista del programa 2008-2011

SÁBADO 3 de mayo

- Itinerario Paulino
- San Pablo extra muros
- Celebración eucarística. Homilía p. 167
!Aquí estamos, envía nós!...
p. Fabián Esparafita
- Abadía de las Tres Fuentes
- Vigilia de oración - Basílica de san Juan de Letrán
con los participantes en la XIII Asamblea ACI
y en l'encuentro por el 140° aniversario

DOMINGO 4 de mayo

JUNTOS A LA ACCIÓN CATÓLICA ITALIANA

Plaza San Pedro: encuentro con el Santo Padre Benedicto XVI

- Celebración eucarística
Card. Angelo Bagnasco
- *Regina Coeli*
- Discurso del Santo Padre

Países participantes p. 170